

María Esther Gilio

EL CHOLO GONZÁLEZ

un cañero de
Bella Unión

vidas rebeldes

colección dirigida por
María Esther Gilio

TRILCE



El Cholo González

This One



RZCN-GCC-8GD7

vidas rebeldes

colección dirigida por María Esther Gilio

El Cholo González
un cañero de Bella Unión
de MARÍA ESTHER GILIO

Próximos títulos:

Yenia Dumnova
de SERGIO ISRAEL

Chamaco Révori
de MARIO MAZZEO

María Esther Gilio

**El Cholo
González**

un cañero de Bella Unión

Ediciones
TRILCE

Las fotos actuales del Cholo en p. 18 y
con María Elena en p. 128 son de Roberto Lagrega.
Agradecemos a Washington Rodríguez Belletti
las fotos sobre los cañeros, los comienzos de UTAA
y posteriores a la dictadura.

© 2004, Ediciones Trilce

Durazno 1888,
11200 Montevideo, Uruguay.
tel. y fax: (5982) 412 77 22 y 412 76 62
trilce@trilce.com.uy
www.trilce.com.uy

ISBN 9974-32-371-1

*A Julia, Aldo, Bruno y Felipe,
mis cuatro soles*

Encuentro en Bella Unión

PARA VER AL CHOLO, aquel muchacho que en las fotos de las marchas cañeras, siempre aparece en las proximidades de Sendic, hay que llegar al único lugar en que esta humilde república se toca con sus dos desmadradas, excesivas vecinas, es decir, hay que llegar a Bella Unión. Como la decisión de ir la tomé mientras estaba en Buenos Aires, me fue necesario conseguir un mapa de la zona y seguir con el dedo el río Uruguay a fin de ver si había del lado argentino, alguna ciudad frente a Bella Unión. Había. Se llama Monte Caseros.

A Monte Caseros llegué, después de ocho horas de viaje, a las siete y media de una mañana que, por lo fría, gris y ventosa podía corresponder a julio aunque faltaban tres días para el 21 de setiembre de 2003.

“Para cruzar el río hay que esperar la lancha uruguaya que llega a las nueve”, dijo el dueño del bar mientras ponía sobre la mesa el café y las tostadas.

Desde mi mesa junto a la ventana, podía ver al otro lado del río, la costa uruguaya que, verde y plana, se iba borroneando bajo la lluvia fría, pero espesa y fina, que había empezado a caer desde hacía un rato.

A las nueve y media llegó la lancha, previsible en todos sus detalles. Para subir, un tablón que se mecía al ritmo del agua y el peso del cuerpo; para hacer el breve viaje una cabina que lluvia y viento recorrían veloces sin que ninguna de las ventanas, tan minuciosamente cerradas, como carentes de vidrios, se les opusieran.

El río, plateado y quieto, desde el bar, en Monte Caseros, se había vuelto marrón y picado. Quince minutos dura la travesía que lleva a Bella Unión, una ciudad prolija y encalada y en ese momento –ejemplo de contradicción– gris y luminosa, pues la lluvia atravesada por un sol inesperado hasta minutos antes la evaporaba en el aire.

Empecé a caminar hacia el taxi que, a metros de la costa, esperaba pasajeros. Al costado del camino un hombre, con un paraguas abierto, me miraba avanzar. Nos miramos. Rostro curtido y serio donde sonreían

los ojos. Era el Cholo. Me acerqué. Me miró, miró el cielo, cerró el paraguas y me abrazó.

-¿Cómo sabía que era yo?, dijo.

-Te conozco de las fotos en el libro de Rosencof.

-Ahí tenía menos de veinte. Hoy ya cumplí sesenta.

-Sí, pero hay algo que no cambió. No sé qué, algo.

Me dejó en el hotel y a las tres de la tarde vino a buscarme para ir a su casa donde, junto a un grabador empezáramos a repasar su vida.

Melancólica, silenciosa y limpia, Bella Unión parecía una ciudad deshabitada. En diez o doce cuadras apenas nos cruzamos con un perro y dos gitanas. La casa del Cholo y María Elena su mujer, de franciscana modestia, se levanta al fondo de un terreno cuyo frente ocupan las ruinas de lo que un día fue una casa pequeña cuyos restos, cubiertos de yujos, también testimoniaban modestia franciscana.

-¿Qué son estos escombros, Cholo?

-Ya te voy a contar.

En lo que sería el living nos sentamos con el grabador entre ambos. Detrás de la mampara, que separaba la cocina del living, un batir energético y prolongado de lo que presumí café instantáneo, llevaba a pensar en un deseo de perfección en quien manejaba la cuchara. Cesó el enérgico batido y apareció Ana, de nueve o diez años, amiga de Raquel, la hija adoptiva del Cholo y María Elena, quien colocó el café con dos centímetros de espuma marrón dura sobre la mesita mientras buscaba en mis ojos una respuesta a sus esfuerzos.

-Ana, este es el café más deslumbrante que la vida me ha deparado.

Ana dirigió al Cholo su mirada interrogante.

-Quiere decir que ella nunca vio, en su vida, café como este que acabás de prepararle -dijo el Cholo.

Ana se volvió hacia mí y sonrió. Encendí el grabador, el Cholo cerró los ojos por unos segundos y el diálogo empezó.

-Vos, que sos la que manda en este asunto de revolver en mi vida decíme un poco, ¿por dónde empiezo?

-Por esa casa en escombros que acabamos de ver.

-Mmm... Cuando en el año 1962 UTAA¹ hizo aquella enorme huelga para que las empresas cumplieran con las leyes laborales, Almada, uno de nuestros compañeros, cobró una cantidad de pesos por un despido. Con parte de ese dinero él compró este terreno con un ranchito allá adelante. Ahí estubo un tiempo hasta que se fue para Rocha y nos lo donó al Flaco Rodríguez Belletti,² que en esa época estaba acá, y a mí. Las ruinas que viste pertenecen a ese ranchito que en un momento cayó. Entonces yo, con unos cuantos peludos, hicimos este otro ranchito donde estamos ahora.

-Me dijiste que tu mujer, María Elena, quería tirar abajo al rancho pero que tú no quisiste.

-No, yo lo tenía como depósito.

-Pero tú, cuando pasamos al lado de las ruinas, dijiste algo más. Dijiste: "Este rancho tiene historia".

-Ah sí, claro, tiene. En el 68 estuvo Michelini, en el 70 estuvo una periodista francesa famosa...

-Michèle Ray.

-Sí, puede ser. El nombre no lo sé. Sé que estuvo acá con el Flaco. Yo andaba por otros pagos, pero me contaron, que los peludos estaban muy impresionados y la miraban. Cuando salí de la cana, en el 85, me vine derecho a instalarme ahí, pero encontré que el ranchito estaba ocupado por un militar y su familia. Yo llegué, vi eso, me presenté y le dije: "Mire, ese rancho es nuestro. Nosotros nos fuimos de acá porque nos llevaron presos, pero ahora estamos volviendo". Él dijo que bueno, que si era nuestro se iría. Pero a los pocos días supimos que tenía un monte de hijos. Entonces fuimos y le dijimos que se quedara nomás viviendo ahí. Pasaron unos veinte días y el hombre vino a vernos. "A mí no me gusta quedarme con cosa ajena -dijo- así que empecé a hacerme un rancho por otro lado. A este se lo devuelvo. Pero le aviso algo. El capitán va a meter acá otro milico." Unos días después el hombre se fue y enseguida cayeron unos cuantos milicos que empezaron a armar otro rancho. Uno mejor, de material. Vimos que estaban haciendo los cimientos y los dejamos. Unos días después...

-Cuando los cimientos estaban terminados...

-Sí, justamente, nos juntamos varios peludos y nos presentamos. "Este rancho no es de ustedes, así que se van de acá. Se acabó la dictadura, ahora estamos en democracia. Tienen que irse, no dentro de un mes o dos, enseguida. Y si no... en este momento anda por acá un periodista brasileño. Si no se van les hacemos sacar una foto por el periodista brasileño para que todo el mundo vea lo que está haciendo el ejército en Uruguay." "Nosotros somos mandados", dijeron, pero al rato se las pelaron. Entonces traje de apuro a mi hija y la metí dentro del ranchito.

-Tenés una hija grande.

-Sí, una hija y tres nietos que ahora viven en Montevideo -dijo el Cholo acomodando en menos de media hora, por segunda o tercera vez el mate.

-Pero Cholo, vos tomás mate como los porteños, lo revolvés como si fuera polenta. ¡No revuelva más m'hijo!

-Ah, yo siempre fui así, relajado para el mate. Y bueno, con eso del rancho, yo le decía a María Elena: "Si un día tenemos plata vamos a arreglarlo". Pero vos viste, uno nunca tiene plata.

-No pudiste arreglarlo. ¿Por eso lo demoliste?

-Yo no lo demolí. María Elena quería y yo le dije: "María Elena, a ese rancho yo no lo volteo". ¿Vos sabés qué se hace en las estancias con los caballos viejos, caballos que ya no sirven? Al caballo viejo no se lo sacri-

fica. Se lo larga en el campo para que viva su vida y muera cuando quiera. Yo pensaba que con este ranchito las cosas tenían que ser así, había que dejarlo, ahí quieto, para que muriera recién cuando tuviera ganas.

-¡Cholo!, me vas a hacer llorar.

-Te enganchaste con el ranchito.

-Con el ranchito no, con los caballos.

-Y sí... ¿a quién no le gustan los caballos? Si tomás mate lo arreglo y no lo remuevo más.

-Tomo. ¿Qué pasó al final con el ranchito?, ¿quién lo volteó?

-Nadie. Él murió como los caballos. Solo nomás. No había nadie adentro ni nadie pasando por la calle. Yo andaba por ahí, en mandados, cuando él tomó la decisión. Se sintió un estruendo bárbaro y cuando los vecinos salieron -pensando que había sido un choque- vieron que la calle estaba vacía. Miraron para todos lados y descubrieron el polvo que formaba una nube por encima del ranchito ya despatarrado en el suelo -dijo y quedó callado muy ensimismado.

-Quedaste pensando en la muerte del rancho.

-No, no. Estoy recordando a Falucho, Ismael Basini, un compañero de la cárcel que no dejaba que nadie moviera el mate. Él tomaba mate respetando siempre. Aquí la yerba, aquí la bombilla. Si el mate estaba medio tapado había que chupar y chupar hasta que se destapara. Mover la bombilla así era casi un crimen. En eso del mate las costumbres son muchas. Me acuerdo de Juancito Bentín³ -desaparecido en Argentina.

-¿Uruguayo?

-Sí, uruguayo. Él iba y venía a Argentina, hasta que un día no volvió más. Fue en el año 1975.

-¿Por qué te acordaste de él?

-Por lo del mate. Él era encargado de un cantón. Cuando se levantaba encendía el fuego y preparaba el mate. Al rato se levantaba otro peludo, un compañero de Montevideo que estaba clandestino, se sentaba junto al fuego y esperaba que lo convidaran. Pero Juancito no lo convidaba. A los dos días, ya un poco fastidiado, el clande, recién levantado le dijo: "¿Por qué no me das mate? ¿Tenés algún problema conmigo?" Dijo Juancito: "Primero, antes de tomar mate hay que lavarse la cara, la boca y peinarse". Sólo esas palabras dijo Juancito y bastaron. Al otro día, el compañero, bien higienizado y peinado se sentó al lado del fuego y recibió su mate.

-Así que Juancito desapareció...

-En una de esas vueltas, entre una y otra orilla lo levantaron y nunca más lo vimos. Eran épocas de desaparecer.

Por un rato ambos quedamos en silencio.

-Y qué viene ahora -dijo el Cholo finalmente.

-Ahora puede venir tu infancia. Para eso tenés que ir hacia atrás. Bien atrás. De pronto pensás que eso que recordás es el primer recuerdo de tu vida. Pero si seguís hurgando hay otro que es más viejo. Y capaz que otro y otro.

-Los primeros recuerdos que tengo son de cuando empecé a reconocer las cosas. Ahí tendría unos cinco o seis años.

-Tenés que tener recuerdos más viejos. De ti con tu madre, por ejemplo.

-Los que tengo son ya de más tarde.

-¿Tú naciste aquí, en Bella Unión?

-No, yo era muy gurí cuando me trajeron para la arrocería. Yo no nací aquí, nací en Rivera.

-¿Tus padres eran de Rivera?

-Madre de Tacuarembó y padre de Rivera. Cuando se casaron, vivieron un tiempo en Tranqueras. Ahí nació el primer hijo, que murió de neumonía y después nació yo que podía haber muerto de neumonía, pero me salvé. Cuando tenía dos años mis padres se vinieron a una plantación de arroz a 50 kilómetros de acá, como yendo para Montevideo, en las márgenes del río Uruguay. La empresa se llamaba Cabú y mi padre vino de capataz.

-¿Qué recordás de esa época?

-Si lo pienso, me veo con mi vieja haciendo mandados a la cantina, que estaba en el pueblito de la arrocería, a unos cinco o seis kilómetros de donde vivíamos. De lo que me acuerdo bien es de las veces que siendo ya más grande, me tuve que pasar medio día subido arriba de un árbol con los toros esperándome abajo para agarrarme.

-¿Cómo que querían agarrarte?

-Y sí, el camino era apenas una senda que atravesaba el campo, donde pastaban los toros. Toros de verdad que lo corrían a uno y si podían lo corneaban, lo tiraban y lo pisoteaban. Y si estaban alzados peor. En esa zona hoy crían cebú, que también son bravísimos. A esos lugares hay que ir a caballo. Al hombre a caballo lo respetan. Pero con el hombre a pie se ensañan. Y bueno, de lo que más me acuerdo de esos tiempos es de cómo lloraba yo porque no quería ir a la cantina.

-¿Cómo era el lugar donde vivían?

-Nosotros vivíamos en medio de un monte de paraísos. Después de una noche de tormenta me gustaba salir al día siguiente a recoger pirinchos.

-¿Muertos?

-Muchos muertos y otros heridos.

-Contanos de tus hermanos.

-Tengo una hermana que me seguía a mí, la Chela. Después viene el Pardo, que está en Montevideo, el Nene que vive en Constitución y la Nena, en Montevideo. Además de estos hermanos, de padre y madre,

tengo dos de madre. Una que falleció el mismo año en que falleció mi madre, hace cuatro años, y otro que vive en Salto.

-¿Tu padre murió?

-Sí, él, desde los sesenta y algo de años, descansa. Y digo descansa, porque era hombre muy trabajador. Él no paraba nunca. De ahí, de la zona arrocera, nos trasladamos a Constitución, cerca de las tierras de ANCAP. Ahí mi padre alquiló un terreno grande, con una casa, y plantó. Muy de la tierra era el viejo. Eso es algo que yo también traigo en la sangre. A mí me gusta mucho la tierra. A la tierra la quiero. En mi casa, desde que tengo memoria, siempre se plantó. Un pedazo grande, un pedazo chico. Siempre se plantó.

-*Querés decir que vos nunca pasaste hambre.*

-Nunca. En mi casa siempre hubo, por lo menos, boniato, leche, bastante a menudo, carne y galletas. Bolsas de galletas de campaña... Me parece verlas todavía, en un rincón de la cocina paraditas. En esa época del terreno grande no faltaba nada. Plantábamos, cuidábamos y mi madre y nosotros quedábamos responsables de todo cuando mi padre se iba a Paysandú y a Río Negro, a las trillas de trigo y de lino. Ahí en esas trillas él pasaba tres y cuatro meses.

-*Contanos algo más personal de tu padre. Algo que nos permita acercarnos más, conocerlo mejor.*

-Hay un cuento que puede ser para eso. Luis Batlle estaba haciendo su campaña para ser presidente y un día alguien vino a ver a mi padre, y a ofrecerle -no cualquier cosa-, un puesto en ANCAP.

-*Algo seguro y bien pago.*

-Eso mismo. Pero mi viejo, en lugar de agarrar, contestó: "Si sale presidente don Luis Batlle agarro, si no sale, ese puesto no me interesa".

-*Y por qué sería que dio esa respuesta.*

-Yo no lo sé. No podría decirlo. De gurí me quedó eso en la mente. Así, sencillito, como te lo digo.

-*¿Y por qué será que lo recordás tan claramente después de casi cincuenta años?*

-Bueno, ahí sí puedo contestar. Porque me impresionó como algo muy grande, algo superior.

-*Superior...*

-Sí, como algo que no cualquiera hubiera hecho. Yo escuchaba hablar a mis padres de ese asunto de ANCAP y entendí, de alguna manera entendí, que eso que él estaba haciendo no era una cosa que hiciera cualquiera. Entendí que era algo especial. Algo que tenía que ver con la calidad de una persona. Eso fue lo que sentí. Por eso dije "superior". Porque yo siento que se trata de algo muy noble que diferenciaba a mi padre de otras personas.

-*Tal vez, quien le ofrecía el puesto en ANCAP lo hacía a cambio de que él votara por un candidato que no era el suyo.*

-Capaz. ¡Mirá lo que se te ocurrió! Había que ser periodista *-dice moviendo la cabeza.*

-*Para inventar mentiras...*

-Yo de eso no hablé. Capaz que fue así nomás como decís. La cosa es que él rechazó aquello que siempre había querido: efectividad. Era un hombre así, con ideas firmes y sin miedo al trabajo. Hacía lo que venía. Cortar caña si cuadraba. Y en el corte de caña, yo con él, muchas veces.

-*¿En El Espinillar?*

-Sí.

-*¿Y cómo era su relación contigo?*

-Ah, eso... mi viejo era duro, muy duro. De esos viejos que... había hecho primer año de escuela nomás. Escribía mal, poco, pero sacaba cuentas. Muy bien sacaba cuentas. Y era muy exigente. Muy exigente.

-*¿En qué cosas?*

-En el trabajo. Él se iba a trabajar fuera de casa y me decía: "Tenés que hacer tantos metros de cantero. Jugá todo lo que vos quieras, pero cuando yo venga esos canteros tienen que tener la tierra dada vuelta".

-*¿Y vos tenías...?*

-Doce, trece. A los quince no aguanté más. En ese momento yo iba todavía a la escuela.

-*¿Por qué?*

-Yo empecé la escuela ya muy grande porque en Cabú no había escuela. La que me enseñaba era mi madre. Ella sabía escribir bien.

-*¿Y cómo era tu padre con tu madre, también muy exigente?*

-Sí, también. Se enojaba mucho con la vieja. Y después pasó algo malo. Empezó a tomar. Se mamaba. Pero, a pesar de esto, en lo que nunca cambió fue en su responsabilidad en el trabajo. Era un laburante sin fallas. El laburo y la palabra eran las dos cosas que no se movieron jamás. La palabra, sagrada. Nunca hizo un negocio que precisara de firma para ser cumplido. La palabra era suficiente. Escuchá *-dice y tararea unos compases-*. Mirá aquí tenemos un bellaunionense que hizo una canción donde habla de todas las cosas que tienen que volver a nuestras vidas. Cosas buenas que hemos olvidado. Él se duele de que hayan quedado en el olvido costumbres tan sanas como la honestidad, la palabra dada, la fidelidad al amigo. Dice que esas cosas tendrían que volver a nuestras vidas. *¿Qué te parece a vos?*

-*Estoy de acuerdo. Pero decime una cosa ¿por qué a los 15 años estabas todavía en la escuela?*

-Estaba en tercer año. Pero lo peor era que tenía una maestra muy mala. Tuve una maestra mala y una buena. Y ocurría que yo hablaba totalmente en brasilero. Decía bolacha, a las galletas. Y al perro, cachorro. Me ponían a cantar una canción que decía "El cachorro del indio" y yo decía "Un cachorro do indio". Ella se ponía furiosa "brasilero bruto" me decía y me sacaba del coro. Y si me ponía a leer, toda la clase se reía.

-Pero escuchame Cholo, ¿no hablaban así, abrasilero, la mayoría de los niños?

-No. La escuela era en Salto. En Salto no hablan abrasilero.

-Claro.

-Yo, entonces, me escapaba, iba y hablaba con la directora que era buenísima.

-¿Qué le decías?

-Le decía: "Mire señorita, yo con esta maestra no quiero leer nada. Lo que yo quiero es arreglar los jardines de la escuela". "Ay González, me decía ella, eso no puede ser, usted tiene que aprender." Pero al final me dejaba. Y yo tenía los jardines que eran una preciosidad.

-¿Y qué pasó con la maestra buena?

-Esa maestra me enseñó pila. Pero cuando me tocaba pasar a cuarto me fui de la escuela.

-¿Cómo que te fuiste? ¿Por qué?

-Porque quería trabajar. Pero mi viejo no quería, quería que siguiera estudiando. Y yo: "No, soy muy grande para estar en la escuela".

-Ahí tenía razón tu viejo... y vos también. Sería difícil tener compañeros de nueve años.

-Sí, la cosa fue que yo convencí a mi vieja, y después, mi vieja lo convenció a él.

-Ahí empezaste a buscar trabajo.

-Sí, pero si vieras lo que hice... si mi viejo hoy viviera, aunque ya han pasado muchos años, igual seguiría sin perdonarme. En Constitución había una mujer del partido blanco, que trabajaba en la Caja de Jubilaciones. Esta mujer, muy metida en política, daba tarjetas para entrar a trabajar en El Espinillar. Ahí yo ¿qué hice? Me fui a verla y le pedí una tarjeta. Rita Peralta se llamaba. Así, cuando empezaron a fichar a los que serían tomados yo me presenté con la tarjeta y me ficharon. Cuando le dije a mi viejo casi me mata.

-Él era colorado.

-Coloradísimo. Entonces ¿qué hizo? Se las arregló para que me pusieran bajo las órdenes de un capataz de esos bien corsarios. El tipo agarraba y me mandaba hacer las tareas más difíciles, en las cañadas, donde estás metido en el agua y a un dos por tres sentís que te vas a ahogar. Porque yo no sabía nadar. Era horrible, yo terminaba llorando. Al capataz, de apellido De Souza mi padre le había pedido que me verdugueara. "No quiere ir a la escuela, quiere trabajar, que sepa lo que es", sé que le dijo. Y bueno, ahí estaba yo, hecho un loco. Me acuerdo que al segundo día quebré una pala, de malo que estaba.

-Explicá un poco.

-No se puede perder el agua. Si la perdés podés ganar una sanción. El agua llega y tenés que orientarla, de tal manera que quede dentro del tablón de cañas. Y agregale a eso las horas de trabajo: son doce. De siete de la mañana a siete de la tarde.

-¿Y ganabas?

-Ocho pesos noventa y siete las doce horas.

-En 1957. ¿a cuánto equivaldría de hoy?

-Mirá, yo me acuerdo que un completo de tabaco...

-¿Tabaco, hojillas y fósforos?

-Eso. Un completo de JM costaba cincuenta y un centésimos. Bueno, aquella dificultad la fui dominando. En muchas cosas mejoré. Primero, cuando me transformé, a partir de 1964, en un tipo que hablaba en los actos. Y, ya más tarde, cuando obedeciendo a Raúl Sendic aprendí a leer bien en la cárcel. Te cuento que al comienzo, cuando tenía que hablar, yo no anotaba nada. Se resolvía que en tal momento, en tal acto, había que hablar sobre la tierra. Y bueno... yo ordenaba todo en mi cabeza y hablaba. Así nomás, sin anotar. Más tarde, cuando mejoré la lectura y la escritura, empecé a anotar algunas cosas.

-Volviendo a tu trabajo en la caña.

-A los pocos días fui y le dije a mi viejo que no aguantaba más, que iba a abandonar, que quería volver a la escuela.

-¿Y él?

-Agarró, me sentó ahí, en frente, y me dijo: "Ahora no hay más echada para atrás. Usted eligió lo que eligió, contrariándome, ahora va a hacerse hombre trabajando. No quiso estudiar, que es gratis, y era lo que yo quería, ahora ya está". Y bueno, no me dejó abandonar.

-Aprendiste.

-Claro, aprendí.

-¿Era un trabajo tan difícil?

-Difícil para mí que no sabía nada. Y que recién empezaba. Y lo peor, que todo eso no era por casualidad. Sino a propósito.

-Eso no lo hacía más difícil.

-Ah... no sé. Los sentimientos también cuentan, y pensar que estaba ahí porque mi padre quería castigarme, me enojaba.

-Es verdad. Eso puede hacer más grave lo grave.

-¿Viste? Más tarde, cuando vino la zafra de caña, mi viejo me llevó a trabajar con él.

-Él también estaba en El Espinillar.

-Claro, y en ese momento era capataz en el corte de la caña. Me llevó, entonces, a trabajar en su sección -dijo, y quedó pensativo.

-¿Qué pasa? Te fuiste lejos.

-Sí será lejos. A los quince. Me parece ver a mi padre buscando la peor caña para mí.

-No te entiendo.

-¿Sabés lo que hacía este viejo? Las mejores cañas, las más paradi-
tas, las más fáciles para cortar, se las daba a los otros. A mí me daba las peores. Todas enredadas. Las luchas peores siempre eran para mí.

-¿A qué llamas luchas?

-Se le llama luchas a los cinco surcos, o diez surcos o quince surcos de caña.

-¿Y vos?

-Y yo qué. Me mataba trabajando.

-¿Era trabajo a destajo?

-Claro, a destajo. Él me daba lo peor, pero después venía a ayudarme.

-Pobre tu viejo.

-¿Pobre por qué?

-*No sería fácil para él ese balanceo entre el amor y la necesidad de educarte.*

-Sí, no sé... Todos se reían de mí. "Dejá a tu viejo, decían. Dejá quieto a tu viejo. No ganás nada con tu viejo."

-¿Y tú?

-Yo, al año siguiente cuando llegó el momento en que había que ficharse de vuelta, agarré y le dije: "No, papá, con vos ni un día más. Ahora voy a trabajar con otro por ahí".

-*Le habrá dolido.*

-No pensé en eso. Agarré y me fui nomás. Y no creo que le doliera porque se reía. A lo que yo le dije eso él se reía. Se reía porque sabía cómo me había judiado.

-*Conseguiste otro trabajo.*

-Sí, ahí ya era ducho trabajador. Enseguida conseguí otro trabajo.

-*Tu padre tenía algo que ver con eso de ser ducho.*

-Ah sí, ahora lo veo. Lo que no sé...

-¿*Qué no sabés?*

-Si necesitaba ser tan duro para conseguir ese resultado.

-*Andá a saber. ¿Nunca hablaron sobre ese asunto?*

-Sí, hablamos. Él dijo que me quería sacar bueno. ¡Cómo sacar bueno!, le dije yo. Lo que vos querías era matarme. Me hacías vivir en la máquina, me tenías de esclavo.

-¿Y él?

-Él dijo, ya sin reírse: "Te saqué bueno". Yo no sé qué contesté, sé que él se levantó y se fue. Después de eso vino la calma por un tiempo, hasta que, cuando llegó Raúl y se empezó a formar el sindicato volvimos a tener otra agarrada.

-*Contame sobre la llegada de Raúl Sendic.*

Primeros tiempos

-Raúl llega... todos éramos cortadores de caña.

-¿Qué edad tendría en ese momento Sendic?, ¿cuarenta?

-No, menos. Yo tenía diecinueve y él treinta o treinta y pico. Primero llegan dos tipos ahí, bien gauchos, que se metieron a cortar caña en El Espinillar. Eran Jorgelino Dutra, esquilador y remolachero, que había trabajado en la zafra de remolacha de Paysandú, y el otro era Severiano Peralta, también esquilador y remolachero. Los dos venían de fundar el sindicato SUDOR, en Paysandú.

-Eran remolacheros, ¿sabían cortar caña?

-No sabían no, nunca habían cortado caña, pero la gente cuando sabe hacer otros trabajos, se defiende.

-Llegaron ¿y?

-Empezaron a hablar con los trabajadores. A explicar las cosas que El Espinillar tenía que pagar y no pagaba.

-El Espinillar pertenecía a un ente autónomo. Es raro que no pagaran.

-Es, pero... Antes de empezar yo a trabajar por mi cuenta, tenían contratistas.

-¿Eso qué significa?

-El contratista se presentaba y ofrecía sus servicios. Si El Espinillar se ponía de acuerdo con él, se le adjudicaba tal cantidad de caña y él traía la gente para hacer el trabajo, la cantina, la carnicería. Todo. Él se encargaba de todo y el trabajo se pagaba con bonos.

-Quiere decir que sólo se podía comprar allí.

-Sí, allí había de todo. Ropa, frazadas. Todo. Pero ¿sabés a qué precio? Al que ponían ellos. Después ANCAP eliminó todo eso. Uno agarra la plata y compraba donde quería.

-Podías comprar lo que querías.

-No, nunca "lo que querías" porque siempre era mucho menos.

-De cualquier modo la situación de los trabajadores mejoró.

-Un poco mejoró, pero los trabajadores siguieron en sus ranchos de paja, en las aripucas tiradas entre los cañaverales.

-Seguramente había muchos brasileros.

-Brasileros, paraguayos, argentinos. Había de todo. Era fácil agarrar trabajo. Además ni pedían documentos. Yo empecé a trabajar a los quince y no tenía cédula.

-¿Cómo eran por dentro esos ranchos?

-Y... ¿qué te parece? Un fogón, algunos cajones para sentarse.

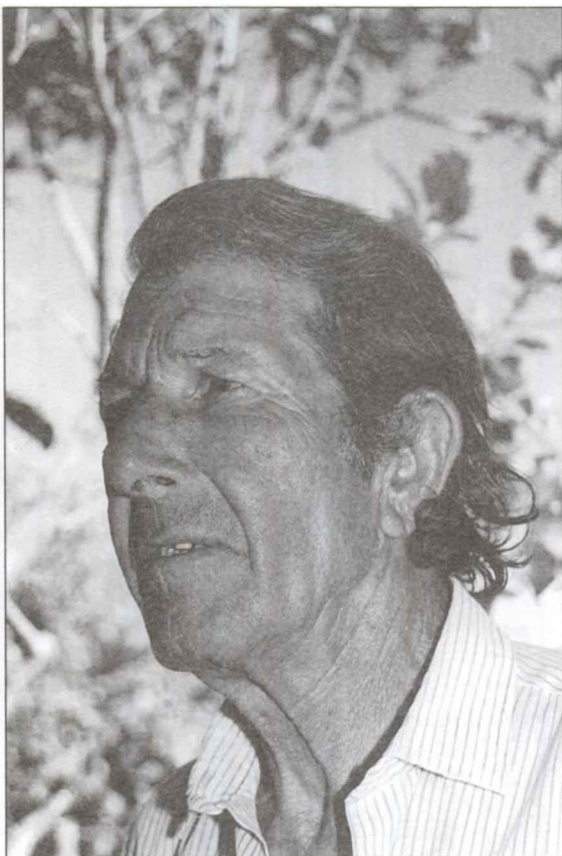
-¿Y la cama?

-Una bolsa con gramilla y paja. Eso no estaba mal, las camas quedaban altas.

-Es curioso, estamos hablando de ANCAP y ¿vos te acordás de lo que está pasando con ANCAP hoy? Es como si fuera otra cosa. En este mo-



El Cholo González hoy
en Bella Unión



En 1986 Nelson Santana, el Cholo, Daduyo Bandera (hijo de Bandera Lima), Mario Sánchez y Washington Rodríguez Belletti de UTAA en un Congreso del PIT-CNT.

mento todos los partidos agarrándose a las trompadas para decidir su destino y nosotros hablando de hace cuarenta años.

-Yo digo una cosa, si alguien compra ANCAP es porque puede dar ganancia.

-Eso es verdad, pero ¿puede dar ganancias tal como está o hay que invertir esas cantidades, para nosotros, difíciles de imaginar?

-Eso no sé, pero ¿vos sabés el Pórtland que se venderá cuando se haga el puente Buenos Aires-Colonia? ¿Te has puesto a pensar?

-En eso no.

-Pensalo, ahí te lo dejo -dijo y salió al terreno a dar vuelta el mate.

Buscó una planta y sin mirar mucho al mate que tenía en la mano tiró parte de la yerba mientras me conminaba a pensar con la mirada. Cuando volvió dijo:

-¿Viste el clavo que dejó ANCAP con el negocio de Buenos Aires? -Y después de tomar dos mates, con aire pensativo-: Lo que quieren es que cuando gane el Frente no tenga plata ni para caramelos. Lo que uno tiene que pensar es que los capitales no vienen acá para perder. En Bella Unión tenemos un banco. Como las cosas no le andan, se va. Agarra y se va. Es muy triste lo que pasa en Bella Unión. La falta de trabajo. Cuando yo estaba allá...

-¿Qué es "allá"?

-Vos sabés, preso, allá, me dijeron: "Cuando vuelvas no la vas a conocer más a Bella Unión. Hay gente que junta basura". Llegué a Bella Unión con el Flaco Belletti, con Mario Dufour y lo primero que hice fue irme al basurero. Y ahí pude ver que era verdad lo que yo me había negado a creer. Encontré veinte familias que vivían de la basura. Y después encontré los comedores a donde iba la gente porque no tenía nada para cocinar en su casa. ¿Sabés de algo de lo que yo me quejo?

-Te quejás de muchas cosas.

-Sí, pero de esto me quejo sin acusar a los políticos. Me quejo de que no se plante. En este país tirás ahí, en cualquier lado, tirás, sin mirar, unas semillas y prenden. Es así. Las vacas las tirás en medio del campo y, cuando las necesitás, ahí están los pobres bichos esperando que uno las ordeñe o se las coma. Las vacas son así -dijo el Cholo y volvió a levantarse. Raquelita, lo llamaba desde el cuarto. Escuché desde lejos el diálogo entre ambos en el cual sólo pude entender bien lo que decía el Cholo. Las palabras de Raquelita, hoy de dieciséis años y con cierta dificultad en el habla, a partir de su enfermedad, eran difíciles de entender. El diálogo, que se extendió por algunos minutos, terminó con el Cholo en el suelo buscando unos lápices de colores que se le cayeron a Raquelita, quien, en la cama de sus padres, dibujaba. Me acerqué y traté de entablar un diálogo con ella, pero me miró con indiferencia volviéndose hacia

su dibujo y luego, con una sonrisa, hacia el Cholo, que estaba acercándole los lápices.

Volvimos a sentarnos junto al grabador.

-Ella no camina -le digo.

-Sí, claro, no camina.

-Ni hay posibilidades de que algún día...

-Es imposible.

-Además, según creo tiene muchos problemas para respirar.

-Muchos -dice el Cholo y queda mirándome. Vos estás pensando cómo adoptamos una niña que presentaba tantos problemas. Te cuento. María Elena, mi mujer, era la médica de Raquelita. Un día va a verla, a la casa, y la madre la había metido en el INAME. Pensó que una niña como Raquelita no podría sobrevivir en el INAME. Sin perder un minuto fue al INAME y comenzó ya los trámites para adoptarla. Cuando, después de ver a sus enfermos, volvió a su casa, se cruzó con un policía.

-¿Un policía?

-Sí, un policía que le comunicó que su solicitud había sido aceptada.

-No se conoce un proceso de adopción más rápido en la vida del INAME.

-Sí, eso decía María Elena. Más rápido que comprar una licuadora a plazos.

-Se la sacaban de arriba. En el INAME sobreviven los fuertes. Si hubiera quedado allá seguramente ya no vivía.

-Claro. Ahora los problemas con Raquelita no acabaron ahí. Los padres de María Elena no aceptaban la adopción.

-¿María Elena vivía con sus padres?

-No, pero igual se disgustaron mucho. Sobre todo la madre.

-Es previsible. Debe pensar que su hija, en lugar de elegir la alegría, había elegido el sufrimiento. Hay que ser capaz de ver la alegría profunda que hay en ese acto tan duro. No todos son capaces de ver esto.

-Cuando María Elena fue a la casa de la madre y le comunicó lo que había hecho, tanto ella como unas amigas que estaban allí con ella buscaron la manera de convencerla de que diera marcha atrás. María Elena les dijo que ellas pensaban que hay que adoptar a los niños sanos, gorditos y de ojos azules, sin pensar que no son estos quienes más necesitan ser adoptados.

Adolescente rebelde

-Cholo, nos estamos metiendo en tu vida actual y sé poco de tu adolescencia. Amores...

-Y enfermedades, porque yo tuve tuberculosis. En un momento me la agarré. Sí, sí, no era época de tuberculosis pero yo me la agarré igual. Me internaron en Salto, en el Asilo Amorín. Estuve unos meses. El viejo venía todas las semanas a verme. Hasta que, un día, jugando a las cartas, me agarro a las piñas con un compañero. Sin apelación nos echaron a los dos. Me fui para las casas.

-¿Qué rapidez. Me gustaría conocer algún detalle de esa pelea.

-Yo le tiré un vaso por la cabeza y él me pegó una piña que me dejó negro un ojo.

-Es decir que la cosa empezó con el vaso que voló a la cabeza del otro.

-No, la cosa empezó con la trampa que él me hizo. Después viene el vaso, después la piña y, finalmente, las autoridades del hospital, que nos echan. Yo salí de ahí y me fui a la casa de unas muchachas que venían al hospital a ver a un enfermo y nos habíamos hecho amigos. Esa noche fuimos a un baile. Pasamos la noche bailando. Yo, con lentes de sol, para que no me vieran el ojo negro. Al otro día me fui a Constitución.

-¿No falta nada, de esa noche?

-Mmm... hubo sí, un poco de...

-Romance.

-Sí, pero muy del momento y sin consecuencias. Al día siguiente me fui a Constitución y me aparecí en las casas. El viejo me ve y dice: "¡Te dieron de alta!". "No, dije yo, qué me van a dar de alta. Me echaron." "Cómo que te echaron." "Sí, me peleé con un compañero y me echaron." Mi Dios, ¡qué rabieta se agarró el viejo! Pero con rabieta y todo, hizo los trámites y a los cinco días estaba entrando al Saint Bois en Montevideo.

-No sé por qué te quejás de tu viejo.

-Yo no me quejo.

-Siempre que hablamos de él, lo primero que surge es lo duro que era. Eso me ha llevado a pensar que tenías cierto rencor.

-No, no. Cómo uno tiene que ser claro ¿no?

-Sí, así es.

-Él era duro pero yo le agradezco toda esa dureza. Gran parte de lo que soy se lo debo a él.

-Está bien, se aclaró algo importante. Entonces a los seis días estabas entrando al Saint Bois.

-Cinco días. Me anotan, me muestran mi cama y al rato nos cruzamos con un compañero de ANCAP que estaba internado. Allí mi viejo se prende del hombre y le hace mil recomendaciones, que sí me pasaba esto, que sí aquello. Mi viejo era así, cuidadoso con todo.

-¿Qué tal era el Saint Bois?

-El Saint Bois era lindo, con jardines y mucha gente del interior, gente solidaria. Me sentí a gusto. Teníamos libertad, salíamos al patio siempre que queríamos. Y sin libertad salíamos igual. De noche nos íbamos a Lezica.

-¿A hacer qué?

-Dar unas vueltas, a tomar una cervecita *-dice y queda pensando.*

-*Te quedaste pensando.*

-Sí, pensando en algo feo. En un carrito largo y Flaco con cuatro rueditas, todo cerrado y chato, con una puerta atrás. ¿Sabés para qué era? Las ruedas hacían chhri, chhri, chhri. Anunciaban que venían a levantar a alguno. Cuando oíamos que eso andaba entre los pabellones ya el alma se nos encogía.

-*No tanto como para dejar de salir de noche.*

-Ah sí, hasta ahí no daba.

-*Tenías dieciocho años. A los dieciocho la muerte no lo alcanza a uno.*

-Eso es verdad. Sin embargo pensé en la muerte cuando me tocó presenciar la del que estaba al lado de mi cama.

-¿Era amigo tuyo?

-No, no era. Y ni siquiera era muy querido porque no recuerdo qué maldad le había hecho a la mujer y a los hijos. Pero igual fue feo. Recuerdo a un compañero que lo miró y dijo: "Bueno ta, terminó el desgraciado". Vinieron los enfermeros y empezaron a tapar todos los agujeros con algodón mojado en éter.

-¿Qué agujeros?

-Los del ser humano. Después lo cubrieron con una sábana, le pusieron un número y ¡pum!, al carrito.

-*No me contaste cómo era el Amorín. Las diferencias con el Saint Bois.*

-El Amorín era un relaxo. Los enfermos se iban de alta y volvían a vender tabaco. Los berretines no nacieron con los tupamaros, nacieron en Salto para esconder tabaco. Se inventaban mil escondites a donde la inspección no llegaba.

-*Tú fumabas.*

-Yo fumaba. En los dos hospitales los enfermos fumaban. Estando en el Saint Bois una nurse me agarró fumando. "Así como vino se va González", dijo. Así nomás y sin vuelta.

-*Ese sí que habrá sido un golpe definitivo para tu padre.*

-Sí, habría sido. Pero no fue porque yo hice lo que hice.

-¿Qué hiciste?

-Hablé con un enfermero y lo convencí de falsificar la firma del médico. Me hizo un certificado donde me daban el alta.

-¡Cholo!

-Sí, ¡Cholo! ¡Cholo! No te lo imaginabas. Yo siempre tuve cara de inocente. La cosa fue que después, ahí en Salto, la policía andaba siguiéndome los pasos.

-¿Por qué te seguían?

-No me seguían a mí, seguían a la enfermedad. Hasta en Bella Unión la policía me andaba atrás. Un día, cansado, fui y me presenté al comisario. "Mire comisario, le dije, cuando yo tenía diecinueve años y estaba tuberculoso me echaron de Salto. Tuve que elegir entre morirme aquí o irme a Montevideo. Me fui. ¿Y ahora voy a tener que andar presentándome a cada rato? Dígales que cuando ellos me largaron no pensaron en que podía contagiar, morirme. No pensaron. Ahora yo los largo a ellos. Tengo al doctor Elena que me controla."

-¿Qué dijo el comisario?

-Me miró, movió la cabeza y no dijo nada. No sé qué pensó. Yo dije: "Buenas tardes" y me fui.

-Te curaste solo, sin miedo ni control.

-Control tenía el mío propio. Comía bien, no trasnochaba, no tomaba alcohol.

-¿Timba?

-La timba no molesta a la tuberculosis.

-Es verdad. Pero quería saber cómo seguía aquel timbero que habían echado del Hospital Amorín.

-A mí me gustaba la timba, me gustaba timbear. Pero en cuanto empecé a militar, también la dejé. La militancia te saca todo eso y te señala un camino. Yo estoy muy marcado por lo gremial. Lo gremial aportó mucho en mi vida. Timba, boliche, todo eso quedó atrás. Me gusta la militancia, el trabajo social. Y me gusta la pesca. Esas son las cosas que me gustan. Después de haber conocido a Raúl y al sindicato, la militancia me ganó. Lo que yo hice a partir de Raúl fue trabajar, para ganarme la vida, y militar.

Cañero

-De esas dos cosas tenemos que hablar. De ganarte la vida y de militar. Empecemos con lo que hacés para ganarte la vida. Me parece que tu trabajo te gusta.

-Ah sí, claro que me gusta.

-Contame todo lo que recuerdes sobre el corte de caña.

-Te cuento. Para empezar tenemos los tablones.

-¿A qué se llama tablones?

-Se llaman tablones al conjunto de cien, doscientos o trescientos surcos. Al obrero le entregan, para trabajar, de a cinco, diez o quince surcos.

-A eso se le llama "lucha".

-Sí, la lucha es el conjunto de surcos que te da el capataz para que vos hagás en esa jornada. Ahí tenés que cortar, despuntar y monear.

-¿Qué es monear?

-Es hacer monos. O sea montones de caña lista para ser llevada. Esto quiere decir que tenés que hombrrear los montones y sacarlos para las cabeceras. Allí, hoy, las máquinas cargan en los camiones. Antes, hace unos años se cargaba a mano.

-Resumiendo se trata de cortar, despuntar y sacar. ¿Por qué le pusieron "lucha" a esas parcelas de caña que vas a cortar?

-¿Y qué cosa son? Pura lucha. El trabajador se enfrenta a ese montón de cañas en general enredadas y trata de andar rápido a ver si la próxima es mejor, menos entreverada, más fácil.

-El capataz tratará de premiar al más veloz dándole una lucha más fácil.

-Ahí va. Quieren terminar con esta para agarrar otra y le dan rápido. Es una verdadera pelea.

-Con los otros y con la caña.

-Ah, sí, es un trabajo muy duro. La columna queda destrozada después de años en ese trabajo.

-¿A ti te pasó?

-Ah sí, la columna se hace polvo. Imaginá los movimientos que hace el cortador y verás que es imposible que la columna quede indiferente a semejante zangoloteo. No es un trabajo fácil, ¡qué va a ser! Por allá se te escapa una caña enredada y te da en un ojo o te da en la oreja. Si es invierno y te da un cañazo helado en la oreja largás el alma y la peor colección de tus malas palabras. Hasta lo más escondido del cuerpo te duele.

-¿Y las manos? ¿Qué pasa con las manos?

-Ah... las manos. Después de ocho horas quedan agarrotadas. Es menos cuando estás moviendo las cañas ya cortadas. Pero mientras usás el machete o la cortadora la mano está siempre cerrada.

-Machete y cortadora son las dos herramientas que usás.

-Además de esas herramientas está el peón. El peón es un palo que te permite levantar una brazada mucho más grande que la que levantás usando sólo el brazo. Con el peón de palo podés levantar sesenta o setenta quilos.

-Pero si vos no pesás más de sesenta.

-Apenas más de cincuenta. ¿Y las hormigas?

-Ah, si tomás de ejemplo a las hormigas...

-No, no me creas, a mí nunca me gustó agotarme. Yo no era de los que levantaban setenta, yo levantaba cuarenta, cincuenta. Hay que llegar, poner el peón, levantar y salir. Eso me lo enseñó mi padre. Poquito por ligero. Al final cargás más.

-Él sabía bien.

-Claro, pasó la vida cortando. Decía, es mejor que andar forcejeando para levantar un montón grande... y de pronto dejarlo caer, luego que lo levantaste.

-*Siempre que se habla de trabajo tu padre aparece por ahí. En las cercanías.*

-*Él sabía de eso. Era de lo que más sabía. Pobre viejo no sabía leer ni escribir. Pero cómo se defendía.*

-*Tú cortaste caña en Cuba. ¿Encontraste diferencias?*

-*En Cuba no queman la caña. Aquí sí.*

-*En el nordeste brasileño también. Fui en ómnibus de Recife a Bahía en la época de la quema. Esa imagen de la caña incendiándose en la noche a los costados de la carretera no se borrará nunca más de mi memoria.*

-*En general la quema la hacen de noche.*

-*Sí, mi recuerdo es de las llamas en medio de la noche. ¿Cuál es la diferencia, en los hechos, de un sistema y otro?*

-*Allá en Cuba cortan la caña con las hojas. Y otra cosa que hacen es que van cortando en redondo. No cortan, primero un surco y después cortan otro. Van dando la vuelta. Otra diferencia es que ellos a medida que cortan van despuntando. Nosotros no, cortamos, hacemos los monos y recién después despuntamos. Aquí hay gente que corta toda la lucha. Hay buenos cortadores que cortan todo, los cinco surcos, los quinientos o seiscientos metros de caña, después despuntan todo y después van, a las cuatro de la mañana y sacan todo. Otra diferencia; ellos cortan con mocha. La mocha es un cuchillo que partiendo del cabo, va de menor a mayor. Nosotros, en cambio, usamos una especie de hacha curvada.*

-*¿Cuál de los dos instrumentos te parece mejor?*

-*El nuestro, pero debe ser porque estoy más acostumbrado.*

-*Es raro que allá no quemen. Da la impresión de que la quema facilita el trabajo posterior.*

-*Facilita, es verdad, pero también hace daño. Cuando se corta la caña quemada se desprende un polvillo que no sólo deja negra la ropa y la piel. Negras y pegoteadas, porque ese polvo larga una melaza. Algo parecido a una melaza.*

-*Que se respira...*

-*Uno se saca los pantalones y puede pararlos porque ni se les ocurre caerse. Quedan paraditos nomás -dice y empieza a toser largo.*

-*Te dio tos el recuerdo.*

-*No, no. No sé. No. Me vino tos nomás. Estoy hablando mucho.*

-*Descansemos. Hablemos de flores y peces.*

-*Pescar sí que me gusta. Pero no puedo decir "soy pescador". Soy un peludo a quien le gusta pescar. Aunque pienso en el río y me quedo con la boca abierta recordando aquellos amaneceres del verano. Y los mediodías y los atardeceres, cuando los pájaros están por ennidarse y se despiden cantando.*

Por un rato nadie habló. Sólo se escucharon los pequeños sonidos que corresponden a dos personas que toman mate.

-Yo en mi época era más cargador que cortador -*dijo el Cholo finalmente*-. A mí me gustaba el trabajo en equipo. No me gustaba esa competencia que hay entre los cortadores. Era como arrancarse los ojos entre peludos. No. No me gustaba.

-*No entiendo bien la competencia. A cada uno le pagaban según lo que había hecho y en eso no había comparación con el de al lado.*

-Sí, así es, pero está el orgullo. Esa cosa fea que es el orgullo.

-*¿Por qué sentís el orgullo como algo tan feo?*

-*¿Vos no?*

-*Sí, yo también.*

-El orgullo separa. Te deja solo, paradito arriba de tu propia mierda. Y aunque no quieras cuando estás ahí cortando se te mete en el cuerpo, se te cuela adentro. Ah no, yo no. El trabajo de cargador es diferente.

-*Contanos.*

-La cargada de caña es otra cosa. Éramos cuatro o cinco y teníamos que compartir.

-*¿Cómo compartían?*

-En los camiones que se llevan la caña se ponen unos tablones de cinco metros que llevan, cada veinticinco centímetros, unos tacos atravesados.

-*Para que el cargador no se deslice para atrás.*

-Ahí va. Eso es para los pies. Vos llegás al lado del camión, subís y ponés la carga que traés en el lugar que ya tenés asignado. Que puede ser esta punta, la otra o el medio. Una vez arriba, con el fardo, hay que trabar. Es un trabajo de mucha colaboración porque si eso no queda bien se desarma todo. Es un trabajo donde la colaboración es imprescindible y surge sola. A mí por eso me gustaba, porque eso funciona a partir del equipo. Se cambian palabras mientras se trabaja, se cuenta algo.

-*¿Qué, por ejemplo? Hablás de algún amigo con quien te encontraste o de una pelea que viste, o de fútbol.*

-Cosas en general sin importancia, pero que te mantienen comunicado con el otro.

-*¿Y qué pasa en el corte?*

-En el corte estás vos solo con la caña. Dale y dale y dale. El trabajo de cargar también es un trabajo bruto, pero más llevadero.

-*Y sin competencia.*

-Había, pero de otra manera. La competencia se daba entre los equipos. A ver cuál cargaba más. A veces en esta chacra atracaba un camión a las dos de la mañana y en la chacra de al lado atracaba otro. Entonces era ver quién pegaba el primer grito.

-*El grito que avisaba que habían terminado.*

-Claro. Los otros nos oían y sabían que nosotros habíamos ganado.

-*Te pone contento recordar eso.*

-Era un trabajo lindo. Llegaba la zafra y a todos nos gustaba. Bueno, yo salí de la cárcel el... ¿Cuándo fue la amnistía?

-En marzo del 85.

-Y el 7 de mayo ya estaba cortando caña. Cuando estábamos adentro hablábamos de lo que haríamos al salir. Yo siempre decía: "Yo soy un peludo y me voy a Bella Unión".

-A cortar caña.

-Sí, a eso mismo.

Yaras y cruceras

-Cholo, me hablaste del corte de caña pero no de las víboras que deben estar en las cañas. ¿Nunca te picó una víbora?

-No, nunca me picó, pero algunas veces anduve cerca de que me picaran. Me acuerdo, ahora, de una tardecita en que estaba trabajando en unas tierras del Instituto de Colonización, en la que llaman Colonia España. Estaba cargando caña en las tierras de un patrón que tenía dos camionetas chiquitas. Ya era casi noche, pero yo quería meter un viaje más y había una caña medio peluda.

-Peluda cómo.

-Nosotros llamamos peluda a la caña que no se quemó bien. Se ve que esa parte estaba húmeda y no se había quemado. Yo la vi así, peluda, y dije a los compañeros: "Esta caña peluda debe tener alguna yara".

-Nada menos.

-Y... es lo que hay. Yo dije que alguna de esas bichas podía estar ahí, pero seguimos cargando a toda velocidad. A mí me tocaba en la distribución que hacíamos, tirar en el medio. Y en el momento en que vengo subiendo con un brazado de caña, del brazado que acababa de dejar el compañero asoma la cabecita de una.

-¿Y vos?

-Yo nada. La mató el compañero que estaba arriba del camión de un cañazo. Y sí, víboras había, pero no era tan fácil que atacaran. Me acuerdo del Tuco Paz, un compañero de El Espinillar de aquellos años, 64, 65, está cargando caña y lo pica una yara. Lo llevan a la enfermería de ANCAP, le van a dar el suero y el tubo está roto. Agarran otro y está congelado. Inmediatamente lo cargan y lo llevan a Salto y bueno...

-Se murió.

-No, lo salvaron. Pero perdió la vista. No enseguida, al año, más o menos perdió una vista y un año más tarde la otra. Quedó ciego. Parece que el veneno queda siempre ahí adentro del cuerpo. Y cuando hay mal tiempo lo sentís.

-¿Cuál es el largo de una víbora de éstas?

-Metro, metro y pico. Pero las más bravas son las chicas, porque son las más jóvenes y el veneno está con todo su poder. Me acuerdo de un brasilerito que estaba cortando, sintió un picotón y no le hizo caso, sintió un segundo picotón y siguió sin hacer caso. Cuando vino el terce-

ro, como le dolió, se dio vuelta y vio a la víbora. Pero, en lugar de matarla, disparó. Y no se puede disparar. Cuando el bicho pica hay que quedarse quieto, hacer un torniquete más arriba de la picadura y un corte en donde está la picadura para que salga la sangre. Correr es lo peor. Porque la sangre se calienta y corre más rápido. Más rápido corre más rápido llega el veneno al corazón. Al brasilerito lo trajeron en avioneta a Montevideo pero no pudieron hacer nada.

-Murió.

-Sí, tenía 21 años. Esa es zona de muchas víboras. En la costa del Cuareim, hay. En la del Itacumbú, hay. Muchas veces vas cortando y no las ves porque ellas están arrolladitas, felices -deben estar felices- y calentitas bajo las cenizas que quedan cuando la caña se quema. Uno ve, a veces, las cenizas, las siente todavía tibias y se pregunta, ¿qué hay allá abajo? La mayoría de las veces no hay nada. Pero a veces hay. También, puede ocurrir que cuando cortás abajo, al levantar te enterás de que, junto con la caña, cortaste una. Muchas veces, aunque ya muerta, la ves como se sigue revolviendo. Lo más bravo es cuando vas a sacar la caña para afuera, porque ellas se ganan abajo. Eso es lo más peligroso porque, en general, la gente hace los montones y deja para sacar al otro día. Y en esas horas la bicha se gana ahí abajo porque se siente bien ahí. Hoy hay más que en mi época.

-¿Por qué más?

-Porque, cuando yo trabajaba, había once mil hectáreas de caña que se quemaban. Y ahí morían muchas. Hoy son tres mil las hectáreas que se queman y como en esa zona hay víboras por todas partes, no sólo en la caña, es mucho menor la cantidad que muere quemada. No es difícil ver alguna atravesando un camino. En general yazarás, cruceras más difícil.

-¿Coral?

-No, coral no, la coral es de zona de piedra. En Minas debe haber.

-Me imagino que yazarás y cruceras tienen comportamientos similares.

-No tan similares. La yara para saltar y picarte empieza por enroscarse. Y cuando salta, salta para atrás.

-Entonces, quiere decir que cuando me ve se pone de espaldas.

-En cuanto la sorprendiste ella se enroscó para lo que se llama "pegar el bote" y saltar hacia atrás. Otra cosa típica de la yara es que no despega nunca la cola del suelo.

-Si tiene un metro no pica a más de un metro.

-No, ahora lo que es verdad es que la bicha le tiene miedo al hombre y si puede dispara. Y otra cosa si te enfrentás con ella y quedás quieto manteniendo la mirada ella termina por irse. En cuanto a la crucera es más peligrosa porque se despega del suelo y salta, si tiene un metro puede picar a quien esté a metro y medio. Yo, crucera tirando el bote nunca vi. Vi enroscada para tirarlo.

-¿Y esa vez qué pasó?

-La maté ahí nomás, antes de que tirara el bote. Con un palo la maté.

-*Se dice que el río Uruguay trae víboras cuando crece.*

-Cualquier clase de bicho trae, porque a veces vienen árboles enteros. Puede traer esas grandes...

-*Las que en Brasil llaman gíboias.*

-Esas te pueden dar vuelta la chalana y, si te agarran, romperte los huesos.

Morir en la capital

-*Cholo, esta noche vuelvo a Montevideo. Hemos trabajado dos días.*

-¿Quiere decir que ya está?

-¡Cholo!, recién empezamos.

-¿Cuándo vuelvas va a ser otra vez por el río?

-*Me gusta llegar a Bella Unión por el río, pero yo vivo en Montevideo, tú sabés. Trataré de entrevistarte allá, cuando vayas. Vas a menudo.*

-Sí, vamos a menudo por la salud de Raquelita. A ti te gusta venir por el río, ¿por qué?

-*No sé bien. Me gusta eso de ir acercándome a la ciudad desde el agua. Tal vez llegar a través del río me hace sentir que, en lugar de estar comenzando un trabajo, estoy comenzando un juego. Hay una pregunta que quiero hacerte. ¿Por qué cada vez que Raquelita presenta problemas de salud María Elena y tú tienen que recorrer 500 quilómetros para hacerla atender? ¿No estarán exagerando?*

-Sólo viviendo en el interior uno se da cuenta de que, para cualquier cosa que esté fuera de lo que se hace todos los días hay que bajar a la capital. ¿Querés estudiar? Tenés que irte a la capital. ¿Querés curarte de algo que no sea gripe o dolor de barriga? Pues tenés que irte a la capital. Te cuento lo que le pasó a una amiga de Bella Unión. Queda embarazada y paga una buena suma para hacerse una ecografía. Le dicen que el niño, o niña, tiene una sola pierna y le preguntan si quiere sacarlo. Ella dice que no, que igual lo tendrá. Nace entonces un varón, el cual tiene sus dos piernas. ¿Vos no conocés una canción que se llama "Morir en la capital"? Ahí se describe esto que te digo. Nada de lo que importa de verdad...

-*Enamorarte y tener hijos, sí.*

-Sí, eso sí. Pero de las otras cosas que importan, nada se hace fuera de la capital.

La familia quebrada

-*Contame algo más de tu familia.*

-En un momento mi familia se quebró.

-*¿Por qué?*

-Porque acabó la relación entre mis padres.

-*¿Por qué acabó la relación entre tus padres?*

-Porque mi madre se acercó a otro hombre.

-*Y él supo.*

-Tenía que saber, porque una noche él llegó de un baile y encontró a mi madre con el otro. Ahí yo, que estaba durmiendo, me desperté. Fui hacia donde oía la disputa y los aparté. Charlé con la vieja, charlé con él.

-*¿Tranquilo?*

-Tranquilo sí. Hablé con uno y con otro. Si yo también gritaba... Los separé.

-*Sin condena para tu madre.*

-No, no, no, no. Ni en ese momento ni nunca condené a mi madre.

-*¿No te quedó adentro ningún rencor por eso?*

-Nunca tuve rencor contra mi madre. Ni contra mi padre. No, eso no me ocurrió.

-*Aceptabas las cosas tal como eran.*

-Claro, porque mi padre era bastante egoísta, bastante bruto en algunos aspectos. Muy drástico en muchas cosas. Mi padre se iba y jamás llevaba a mi madre. Él salía por ahí a divertirse y ella siempre quedaba en las casas. Bueno, él sólo tenía primer año de escuela.

-*Te parece que eso podía influir en su conducta.*

-Él no sabía leer, apenas sabía firmar y de cuentas. De cuentas sí, sabía todo.

-*¿Y qué pasó después?*

-Después que los aparté llevé a mi padre para una pensión y mi madre quedó con nosotros. En ese momento había un hermanito de tres, cuatro meses, que se llama Julio. Yo le puse Julio.

-*¿Por qué Julio?*

-Porque ese día en que él nació había un cuadrangular de fútbol en Constitución. Yo quería ir a la final, y mi madre me dijo: "Te dejo ir a mirar el partido siempre y cuando, antes, me vayas a buscar la partera, porque esta noche me enfermo. Y así fue, esa noche nació ese hermanito, que ahora vive en Salto. Él nació y mi madre me dijo: "Este es tuyo".

-*¿Qué significaba eso?*

-Allá se acostumbra dar, para el hermano mayor, alguno de los hermanos chicos.

Mirá lo que me estás contando. Tú, que precisabas el permiso de tu madre para irte al fútbol, fuiste quien, tres o cuatro meses después, pu-

siste calma y racionalidad en una situación difícil para cualquier adulto.
¿Qué edad tenías?

-Dieciséis años.

-*¿Cómo ves a los jóvenes de hoy, tan diferentes, en su mayoría, a lo que eras tú hace cuarenta y pico de años. Es difícil de imaginar a un joven de hoy, pienso en los hijos de mis hijas y en los hijos y nietos de mis amigas y no encuentro ningún punto de comparación con este Cholo de dieciséis años mediando entre sus padres.*

-Yo creo que esto tiene que ver con el exceso de tecnología que deslumbra a los jóvenes de hoy y les hace perder de vista los verdaderos objetivos. Son cosas que encandilan a los gurises y cada vez ambicionan más y más. Yo me acuerdo que de guri jugaba con cabezas de vaca y palos de escoba. Jugaba al tropero, al domador. Eso era en el campo, en la ciudad los juguetes serían otros, pero iguales de sencillos. Con esos juguetes ensayábamos lo que seríamos más tarde. Hoy esa avalancha de cosas matan la imaginación y joden al guri que no puede tenerlas. Antes había más contacto con la realidad.

-*Habíamos quedado en que llevaste a tu padre a una pensión.*

-Sí. Después volví a hablar con él y le planteé, le pregunté qué quería hacer. A mí me parecía que no podían seguir viviendo juntos.

-*Él te escuchaba.*

-Sí, muy bien me escuchaba. "¿Tú qué decís?", preguntó. Yo creo que mamá debe seguir en las casas y tú aquí, en la pensión. Primero dijo que sí, pero días después decidió otra cosa. "Mirá, me dijo, yo voy a separar un pedazo de la casa para mí y en el otro pedazo puede vivir tu madre con los hijos."

-*¡Qué locura! ¿Tú qué dijiste?*

-Algo habré dicho. No me acuerdo. Lo que sé es que, a partir de ahí yo empecé a chupar y a timbear.

-*¿Vos?*

-Sí, yo mismo.

-*¿Qué te pasó?*

-No sé. Seguí trabajando. Eso siempre, pero de noche muy a menudo salía por ahí y, al volver, encontraba a mi madre esperándome.

-*¿Por qué te esperaba?*

-Para quejarse de él, porque cuando yo no estaba en la casa él le golpeaba la puerta. Ella no le abría, pero terminaba abriendo para evitar el escándalo. Y ahí, en cuanto abría él le pegaba. Eso, hasta que un día le dije: "Mamá, si ese amante que tenés está dispuesto a llevarte será mejor que te vayas con él".

-*¿Eso le dijiste? ¿Y ella?*

-Ella me dijo que había estado pensando eso pero que primero había querido charlar conmigo: "Me llevo el más chico, dijo. El más chico todavía precisa mucho a la madre, lo tengo que llevar conmigo".

-*Tenés una cabeza muy serena ¿no Cholo?*

- Sí.
- No era fácil tomar esa decisión.*
- No sé. Ese día yo me fui a trabajar, sabiendo que llegaba de tarde y no encontraba a mi madre.
- ¿Cuántos hermanos eran?*
- Uno de cinco, después una hermana de siete u ocho, después el Pardo, después una hermana de catorce y después yo, el último en medio de esa guriada.
- Con el chiquito eran seis. Llegaste, entonces, de tarde.*
- Sí, cuando llegué, mi madre ya no estaba. Un rato después llegó mi padre de su trabajo en El Espinillar. "¿Dónde está tu madre? Preguntó. "Mirá, mamá se fue", dije yo. "Y para dónde se fue." "No sé."
- Pero vos sabías.*
- Sí, claro, yo sabía. "¿Vos no sabés?", insistió él. Y yo: "Se habrá ido con el otro hombre". Él insistía para saber a dónde y yo negaba saber. "Yo no sé nada", decía. A la semana me fui a verla. Ella se sentía querida por aquel hombre. No me lo dijo, pero yo sentí eso.
- ¿Cómo se arreglaron ustedes sin la madre?*
- La vida de mi casa sin madre se volvió complicada. Decidimos que yo dejara de trabajar y me dedicara a las cosas de la casa. Yo cocinaba, trabajaba en la quinta. Durante un año y unos meses me ocupé de atender al grupo familiar. Hasta que, pasado ese tiempo, hablé con el viejo de buscar otra solución. Él, entonces, inventó una. De mañana temprano agarraba a los gurises y los llevaba a una pensión, de noche pasaba a buscarlos, y los llevaba a dormir a la casa. Un tiempo después de esto es que yo me enamoro y después me caso.
- Ahí el más chico de los que habían quedado tendría...*
- Ya era grande. Tendría unos siete años. La hermana que me seguía también estaba grande, así que ella se ocupó de la casa. Un tiempo después, se casó, fue a vivir a la casa y siguió ocupándose. Poco después mi viejo se enfermó de un cáncer al estómago que lo peló en un año. Durante ese año yo iba seguido a Constitución para verlo, porque yo ya vivía en Bella Unión.
- ¿Esa hermana dónde está ahora?*
- Bien no sé. Cuando allá cerró ANCAP ellos bajaron a Montevideo. No sé si habrá vuelto al norte. No creo. Hace mucho que no la veo.
- Me dijiste que habías empezado a tomar y jugar. ¿Cuándo paraste?*
- Paré cuando me casé. A la Chela no le gustaba que tomara ni que timbeara. Además yo entendí lo bobo que era trabajar y perder la plata en la timba. En cuanto al boliche, me gustaba, pero yo no era de los que viven borrachos. Yo me empedaba un día, pero sí al otro día había que levantarse a las seis de la mañana, yo me levantaba y salía a trabajar. Nunca fui un alcohólico severo.
- A tu padre también le gustaba tomar pero me dijiste que tenía cierto control.*

-Cuando mi vieja se fue él exageró con la bebida.

-*Tú eras el hermano mayor. Seguramente el que tenía más relación con tu padre, ¿o no?*

-Eso era así. Eso puede verse en que era a mí que él encomendaba las tareas. Ya fuera en la huerta o en la casa. Terminábamos de comer y él decía: "Tu madre cocinó, ahora vos lavás".

-*Qué moderno tu viejo. Nada machista.*

-En eso no. Pero era machista para otras cosas.

-*¿Cuáles?*

-Y... para salir solo y no sacarla a la vieja. A la vieja la tenía siempre encerrada. Siempre en la casa nomás, mientras él se iba por ahí. A las carreras, a los boliches.

-*¿Sería celoso?*

-Ah, celoso era también.

-*¿Era linda tu madre?*

-Muy linda era. Paisana muy tranquila y con mucha paciencia. Cuando murió este hombre con el que vivía, yo estuve una semana en Salto con la vieja y con mi media hermana.

-*Hija de tu madre y no de tu padre.*

-Hija de mi madre, sí. Charlamos mucho los tres. Fue una gran suerte, porque poco tiempo después murió mi hermana. Tenía lupus, se le habían paralizado los riñones y le hacían diálisis. Un día me pongo a pensar y digo: me voy a pasar el fin de año con mi vieja. Cada dos, tres años, me venía eso de ir a pasar el fin de año con ella. Esa vez estaban mis dos medios hermanos allá, Julio y Cata. El 5 de enero, después de esos días con ellos, en Salto, me volví a Bella Unión.

-*A veces creí entender que Julio también era hijo de tu padre. ¿Por qué decís medio hermano?*

-Porque pienso que era hijo del otro. Bueno. Al día siguiente, el 6, yo salía del boliche donde había hecho unas compras, cuando una gurisa del barrio me alcanzó corriendo. "Cholo -me dijo-, manda decir Julio que la Cata murió." Un amigo que estaba en casa salió a buscar un compañero con auto que me llevó hasta Salto.

-*¿Tu madre?*

-Mi madre parecía que en un día había adelgazado muchos quilos. Silenciosa, muy silenciosa, aunque no lloraba. Un tiempo después, cuando me arreglé con María Elena, me fui a Salto a presentársela a la vieja. ¿Qué creés que dijo la vieja?

-No sé.

-Pero m'hijo, usted siempre trayéndome una nuera distinta.

María Elena desde la otra punta de la mesa ríe en silencio.

"Era así mi suegra, ingenua y muy cariñosa", dice. En un momento en que el Cholo salió a comprar unas cosas me miró las piernas y dijo: "Pero m'hija, estas piernas están hinchadas", me hizo recostar en su cama, me subió las piernas y dijo: "Así se queda hasta que se deshinchén".

-Yo había salido y cuando volví me encontré con esa escena. María Elena acostada en la cama de la vieja, tapada hasta el cuello y la vieja al lado cebándole mate.

-¿Qué dijiste tú cuando ella te dijo que a cada rato le traías una nuera nueva?

-Le dije que ésta era la última.

-¿Tú sabías que era la última?

-Y... uno sabe.

-O cree que sabe.

-Sí, es verdad, porque cuando le llevé a las otras no mentía. Me equivocaba nomás. Esta vez no me equivoqué. (Todo esto lo dice sin mirar a María Elena que lo mira y sonríe.) Unos meses más tarde nos íbamos con María Elena de Montevideo a Artigas. Era el 26 de agosto, mamá cumplía años. Yo le digo a María Elena: "Vamos a llegar a la casa de la vieja". Pero no pasamos, decidimos que mejor era pasar a la vuelta. Cuando llegamos a Artigas me dicen que habían andado rastreándose porque la vieja tenía neumonía y estaba internada. Esa noche a las tres de la mañana nos golpean a la puerta. La vieja había muerto. Me quise tirar de la cama pero no podía, ahí quedé, un rato largo, sin fuerza para moverme. Había estado a un paso de verla. María Elena se levantó. Yo no podía levantarme. Decía: "Esperá que aclare" y ahí quedaba. María Elena salió a buscar algo que nos llevara. El mismo compañero de la vez anterior fue quien finalmente nos llevó. Y... lo de mi madre me golpeó bastante. Era una paisana muy compañera. Cuando salí de la cárcel le llevé un cuadrito.

-¿Un cuadrito con qué imagen?

-No, no, no era un paisaje, ni un dibujo. Andando en la calle lo vi y lo compré. Era un cuadrito con palabras: "Gracias por aceptarme como soy".

-Que valioso eso.

-¿Qué cosa?

-Que te aceptara como eras. ¿Y tú a ella?

-Yo nunca le reproché nada.

-Eso me sorprendió. Eso habla mucho de vos.

-Hubo hermanos que quedaron muy resentidos con ella, que nunca la perdonaron. Quedaron muy doloridos de que ella se hubiera ido de casa cuando todavía eran chicos.

-¿Qué decían.

-Decir, no decían, pero no iban a verla, no la visitaban. Yo, enseguida que se fue fui a visitarla a la pensión donde vivía con el hombre.

-¿Qué edad tendría ella allí? ¿Treinta, treinta y cinco?

-No, tendría más. Cuarenta.

-Con todo, después que se fue tuvo una hija. ¿Le reprochás a tu padre que la tenía ahí encerrada siempre metida en la casa?

-Sí, a mí no me gustaba eso. Además, se daban otros problemas. El

viejo era tan bruto con ella. Él no le recriminaba que hubiera dejado a los hijos, porque no los había dejado tirados. Lo que no aceptaba era que se hubiera ido con otro tipo.

-Bueno, ahí juegan otras cosas. Dijiste que era celoso.

-Sí, era. Pero además yo creo que ella se fue porque no podía vivir apenas separada por unas paredes. Esperando que el viejo la cagara a palos. Había que ponerle fin. El día que el viejo no iba a trabajar yo volvía con miedo porque sabía con qué me iba a encontrar. Era un infierno. Un día le dije a la vieja: "Dígame, ¿ese hombre la quiere?" "Sí, hijo, me quiere." "¿La quiere como para que usted se vaya a vivir con él?" "Sí m'hijo", dijo ella. "Entonces, mejor te vas." Todo esto ya te lo conté.

-No importa. Lo contaste -yo diría- que desde más lejos.

-Puede ser. La cosa es que los otros hijos sintieron el abandono.

-Los hijos no aceptan. Les cuesta mucho aceptar.

-Creo que algo de eso le pasa a mi hija. Creo. Ya vas a ver si es así cuando hables con ella. Sufren mucho el abandono.

-Si lo vemos desde afuera, sin analizar nada, es como que se desquitaran abandonando a quien los abandonó. Castigando a quien los castigó.

-¿Te parece?

Llantos por una ruptura

La Nena

-*Cuando te llamé para verte a fin de que me contaras sobre la infancia del Cholo, dijiste "No quiero recordar mi infancia". ¿Por qué no querías volver a ese pasado?*

-Fue muy triste, muy triste.

-*¿Por qué tan triste?*

-*¿Usted sabe lo de mamá?*

-*Sí, sé. Te dolió mucho.*

-*Sí, me dolió mucho. Pero no sólo a mí, a todos. Todos nos quedamos...*

-*También el Cholo, claro.*

-*Sí, él también, pero él no se apartó, siguió viéndola. No se apartó. Escondido de papá iba muy seguido a verla. Yo no. Pero no porque no me doliera. El día que ella se fue yo me quedé en el baño, llorando.*

-*¿Cómo se fue? ¿El hombre la vino a buscar?*

-*No, no, ella salió sola. No sé, alguien que no era el hombre vino en un camión a buscarla. No sé si la llevaría hasta el ómnibus o la llevaría a Belén. Con ella se llevó a Julio, el más chico.*

-*Ella saliendo y tu encerrada en el baño, llorando.*

-*Todos. Todos lloraban. Yo creo que todos los González estamos rayados por eso. El más chico también.*

-*¿El que se llevó?*

-*No, el más chico de los que quedaron. El que ella se llevó no. Según ella dijo a mi padre ése no era hijo suyo, sino del otro. Pero...*

-*Sí.*

-*Yo creo que ella ahí mintió, dijo que era hijo del otro para llevarlo. De cualquier modo él lleva el apellido González.*

-*Al nacer dentro del matrimonio es González. En ese tiempo eso no se discutía.*

-*Pero para mí que es hijo de papá también. Él es bien González, es otro más de nosotros. Claro que si ella no quería que papá se lo recla-*

mara, tenía que mentir. Y bueno, en cuanto al viejo, el Cholo te habrá contado. Era un viejo bruto.

-*Para el Cholo era duro, pero buena persona.*

-Sí, sí, no era mala persona, en el fondo no era... pero muy bruto. Aunque después, los más chicos lo domamos.

-*¿Y cómo lo domaron?*

-En la mesa uno no se podía reír. Por cualquier cosa nos ponía en penitencia. La penitencia era juntar piedras.

-*¿Para hacer qué?*

-Nuestra casa estaba sobre una... no sé, una vereda alta así, con escalones. Ese lugar lo llenábamos con las piedras. Al final, al pasar el tiempo, a papá lo fuimos domando. Nos reíamos en la mesa y él no decía nada. Los dos más chicos empezamos a tutearlo y él fue permitiendo porque estaba amansado.

-*El hecho de haber perdido la mujer tal vez lo ablandó.*

-Sí, yo pienso eso. Quedó golpeado, achicado.

-*El Cholo cocinaba cuando se fue tu madre.*

-Vos sabés que yo de eso no me acuerdo. Sí, cocinaría, porque era el mayor, pero no me acuerdo. Yo de la vida del Cholo sé otras cosas. ¿Tú viste esos barriles de agua que tenían dos aros de hierro? El viejo, que con el Cholo era muy hereje, lo hacía ir con esos barriles hasta el surtidor de agua, llenarlos y traerlos para regar los árboles. Era bravísimo eso que tenía que hacer. Y en cuantito se demoraba -porque se ponía a jugar a la bolita- allá salía el viejo a buscarlo. Según mamá el viejo era muy bruto con el Cholo. Podía tirarle con un ladrillo, con lo que fuera.

Otra cosa que recuerdo del Cholo es cuando el viejo era capataz y lo llevó a cortar caña. Me acuerdo de ver al Cholo que a la vuelta del trabajo se bajaba del camión en la esquina. Me acuerdo de verlo llegar malazo con los otros peludos que venían en el camión. Nosotros mirábamos y veíamos al Cholo peleando.

-*¿Y por qué sería?*

-A mi padre le decían Bicudo, que es un pescado brasileiro. Y al Cholo le decían "el hijo del Bicudo", entonces él se ofendía y ya. Ahí papá le decía: "Cholo, eso tenés que aguantar, va a pasar, recién entraste". Pero él se enojaba, se enojaba por eso y porque a él empezaron a llamarlo Carpincho -*queda un momento en silencio y luego suelta una carcajada*- El Cholo me va a matar -*dice*. Ah, me va a matar.

-*No, Nena, se va a reír como te estás riendo tú. Además mi impresión es que le cuesta enojarse. Salvo por cosas políticas, ahí sí.*

-Sí, es verdad. El Cholo no es de embravecerse. No se embraveció ni cuando el viejo le negaba la firma para que se casara con la Chela, la precisaba porque era menor de edad

-*¿Por qué no quería?*

-Porque la Chela era Fontora y Fontora era el apellido del enano de mi madre.

-¿Qué enano?

-El enano que él odiaba, el que se le había llevado a la mujer, a mi madre. Pero eso fue puro engaño nomás, porque la Chela era Fontora pero no tenía ningún parentesco con el compañero de mi madre.

-¿Y él lo supo en algún momento? ¿Supo que no tenía nada que ver?

-¿Antes de fallecer? No sé. Él nunca averiguó. A lo último dio la firma para que la Chela y el Cholo se casaran, pero él no fue ni dejó ir a ninguno de nosotros al casamiento. El Cholo después de casarse se fue a vivir a Bella Unión y en las navidades venía a visitarnos. Cuando el viejo falleció me llevó con él una temporada para que allá me viera un médico, porque yo tenía un problema de oídos. Pasé como dos meses allá y no quería volver. Hasta que el Pardo, que quedó a cargo de la casa después que papá falleció, me fue a buscar y me trajo para la casa.

-¿Por qué querías quedarte en Bella Unión?

-No sé... Con Chela y Cholo era otra vida. Me llevaban a bailar.

-*Volvamos de nuevo al Cholo niño, a cuando se hizo cargo de ustedes.*

-Yo no me acuerdo del Cholo en las tareas de la casa. Me acuerdo de Cholo en la quinta y me acuerdo de cuando lo encontraba en la vereda llorando. Yo le preguntaba: "¿Por qué llorás Cholo?" Y él me decía: "Extraño a mamá. Necesitaría unos pesos para ir a verla y no tengo". A mí se me partía el alma y entonces cruzaba hasta la casa de una vecina, muy buena, que había enfrente y le decía que el Cholo estaba llorando. Entonces ella iba y me daba para que él fuera a Belén. Ahí el Cholo desaparecía. Cuando el viejo llegaba preguntaba. "No sé, -decíamos nosotros- salió." Sabíamos que estaba en Belén, con mamá, pero de eso no hablábamos.

-*Él tenía mucho diálogo con tu madre. Esa es mi impresión.*

-Sí, es así. Con los dos tenía diálogo el Cholo. Aunque con el viejo también peleaba. Cuando mamá se fue el viejo quiso que él atendiera el almacén que ella había atendido mientras vivía con nosotros. Pero el Cholo no aceptó. Él quería ir a ver a mamá, ser libre. No quería quedar ahí encerrado con el negocio. Le gustaba la joda. El viejo terminó cerrando el almacén y vendiendo todo. Como mi hermana Chela, que era la mayor, todavía era chica, él tomó una muchacha para que nos cuidara a nosotros. Pero eso no resultó porque eran gurias que no tenían autoridad. Entonces hizo un arreglo en una pensión donde nos daban de comer y teníamos un cuarto. Ahí fuimos la Chela, la Nena, yo y el Nene, que era el menor. El Pardo quedó en la casa con el viejo y haciendo quinta. El Cholo trabajaba en la caña, iba de noche a la pensión a comer y después se iba a dormir a la casa. Ya cuando mi hermana fue un poco más grande y papá pensó que ella podía ser más responsable, volvimos a casa. A casa y a los trabajos de la quinta porque papá le marcaba a cada uno lo que tenía que hacer durante el día. Carpir el cantero, dar de comer a los chanchos. Nada de jugar, había que trabajar. Me acuerdo de una vez que el viejo había comprado un juego de

muebles. Descargaron el juego y yo sin querer rompí el vidrio de la cómoda. La Chela lloraba y cuando el viejo llegó quería matarme, me corrí por todo el campo pero no me agarró. Yo me escondí hasta la noche en que volví, mansita y él me mandó a ponerle toallas y ropa en el baño para bañarse. Yo fui y él atrás mío. Como el baño era chiquito allí podía agarrarme pero yo me metí debajo de la pileta y él al querer pegarme se lastimó la mano. Esa fue la última vez que él me quiso pegar. Allí paró, nunca más. El viejo cuando mamá se fue se vio sobrepasado, no sabía hacernos obedecer sin pegar. Y además estaba mal ese pobre viejo.

-*Tan viejo no era.*

-Y tendría cuarenta.

-*Tu madre sí nunca les pegaba.*

-Una sola vez me pegó.

-*Qué habrás hecho.*

-Yo llegaba a la escuela y al rato me escapaba.

-*¿Por qué te escapabas?*

-Yo no sé, pero pienso que me venía la corazonada de que mamá se iba. Yo llegaba a la escuela y me venía una inquietud, una inquietud que terminaba escapándome y volviendo a casa. Eso lo hice varias veces hasta que mamá un día me agarró y me llevó de vuelta después de darme unas buenas palmadas. Que yo me acuerde esa fue la única vez que me pegó.

-*Hace un rato dijiste que la ida de tu madre los dejó a todos chiflados.*

¿Por qué pensás eso?

-Por muchas cosas. Mi marido, por ejemplo, dice que cuando él me conoció creyó que yo tenía quince años.

-*¿Y cuántos tenías?*

-Tenía cinco más. Tenía veinte, pero jugaba a las bolitas como si fuera una nena. Él venía a verme y yo seguía jugando como si tal cosa. Él me miraba, ahí con mis amigas, jugando, se daba vuelta y se iba.

-*¿Y tú?*

-Yo nada. Decía: "Ya va a volver".

-*Y volvía.*

-Sí, claro. Tal vez porque sabía que volvía, yo decía eso. Yo lo quería pero era infantil. Unos años después nos casamos.

-*Te parece que esa conducta tuya revela cierta rayadura.*

-Sí, esa palabra está bien, no somos locos, pero todos somos un poco rayados. A partir del alejamiento de mamá quedamos así, un poco rayados.

El Pardo

-El Cholo es un desbolado -dice el Pardo con una tal expresión de arrobo que me pregunto sin expresarlo en voz alta qué querrá decir.

-¿Desbolado? ¿Sí? ¿En qué sentido?

-Pero usted no vio cómo él anda para todos lados. Siempre dando vuelta con las cosas de él.

-Sí, lo veo dando vueltas... pero ¿cuáles son las cosas de él?

-Y la política esa, siempre en Bella Unión, siempre en la lucha. Que consigue una policlínica, que consigue esto o lo otro. Cosas para la gente.

-Es desbolado, sí, tiene razón Pardo.

-Desbolado y productivo.

-¿Qué lugar ocupa usted después del Cholo?

-Yo soy menor. Está el Cholo, la Chela, Hipólito, al que llaman el Pardo, que vengo a ser yo, la Nena, el Nene, y Julio, que fue el que se llevó la vieja cuando nos dejó.

-Pardo, ¿se anima a contarme cosas que recuerde de la infancia?

-La infancia en ese tiempo no era pavada. Nuestro padre era muy ríguoso, cosa que nos sirvió de mucho. La vida era escuela y trabajar. Esa era la infancia.

-Jugar no.

-Jugar no, trabajar. Nos hacía juntar piedras, y como había rosetas, nos pinchábamos todos los dedos. Pero de eso ni se hablaba. A veces, me mandaba dar vuelta un cantero y estaba tan duro que no podía, entonces le pedía a algún vecino que venía y me ayudaba. Guri sinvergüenza ¿no? Ahí, en cuantito el cantero quedaba dado vuelta, yo, y también el Cholo, nos escapábamos a jugar a la pelota. Como estábamos sin madre...

-¿Qué pasaba por estar sin madre?

-Tantas cosas. Muchas malas, alguna buena. Y bueno, el Cholo ayudaba mucho. Él con quince años ya andaba como ayudante de algún peludo cortando caña. Pero después de la vieja él quedó en la casa a cargo de nosotros hasta que otra vez, más tarde, entró en la caña.

-Más o menos al año de hacerse cargo de la casa.

-Año y pico.

Y bueno, si quiere que le cuente del Cholo, le cuento que el más judiado de todos nosotros fue él.

-Con él era bravo su padre.

-Sí, a mi padre no le gustaba que timbeara y al Cholo le gustaba la timba. Se escapaba a timbear y después siempre alguno le contaba al viejo. Y ahí... Ahí el viejo le pegaba.

-¿Qué edad tenía el Cholo?

-Diecisiete, dieciocho.

-Así que el viejo le daba... ¿Y el Cholo?

-El Cholo nada. No le levantaba la mano. El Cholo manso. Sabría que el viejo tenía razón. Un día se fue. Usted vio las idas de él. El cortaba caña en El Espinillar y supo ver.

-¿Qué supo ver?

-Cómo eran las cosas. Quería las cosas mejores, las cosas como debían ser. No para él, para todos. Él vio cómo los explotaban. Y mi padre era capataz ahí, y entonces...

-Chocaban.

-Chocaban. Se fue. Se fue para Bella Unión. Después se casó con la Chela. Mi padre nunca quiso ese casamiento.

-¿Por qué sería?

-No sé. No sé por qué. Nunca quiso. Nunca, nunca. El Cholo se casó y nosotros ni fuimos. Yo lloré mucho por el Cholo.

-Lo quería.

-Y sí, él era el mayor ¿no? Cuando él salía de noche no me quería llevar. Pero al final yo lo convenía y me llevaba.

-¿Y usted cuántos años tenía?

-Tenía diez, once. Nos escapábamos los dos.

-¿Y su padre?

-Él durmiendo. Nosotros teníamos pieza aparte con una banderola. Por ahí nos escapábamos. Había veces que yo me quedaba y si el viejo preguntaba yo decía: "Está durmiendo".

-¿Qué hacían cuando se escapaban?

-Cosas de muchachos. Había un vecino como a la media cuadra que hacía tortas fritas o liebre, porque siempre andaba cazando, y bueno, comíamos, nos reíamos.

-Cuando él se fue todo eso se acabó. Es ahí que usted lloraba.

-Todos llorábamos. Era una lloradera. El viejo también lloraba. Aunque era colorado y todo. Pero, igual lloraba. Aunque no coincidía en la política, lloraba.

-Discutía mucho con el Cholo.

-Sí, le decía al Cholo: "Vos nunca vas a llegar. Te va a pasar lo mismo que le pasó a Artigas. Mirá cómo lo traicionaron. Vos querés hacer lo que hizo Artigas pero no vas a poder. Porque el pueblo te traiciona".

-¿Y el Cholo?

-El Cholo: "A mí nadie me saca esas ideas. No me molestes, dejame tranquilo que yo sé".

A veces estábamos en el festejo de fin de año y el Cholo preso. Pasaba un avión y el viejo decía "Ahí lo llevan al Cholo preso a Montevideo".

-¿Y era así?

-Y... alguna vez sería porque, a veces, lo agarraban en Bella Unión y después aparecía en Montevideo. Había un vecino... pah, qué bronca le tomé. Estábamos todos bien de bien y él venía y le decía al viejo: "Mirá

que el Cholo está preso". ¡No se dice eso! Esa es cosa que no se dice. El viejo se ponía mal. Nos arruinaba con aquellas noticias.

-¿Y él por qué sabía?

-Él... no sé... sería porque era el único que en Constitución compraba el diario. Puede ser que algún otro también, pero no lo conocíamos. En ese tiempo quién iba a comprar el diario.

-¿Y ahora?

-Ahora menos, es verdad.

-Decía eso y ustedes se ponían mal.

-Sí, porque sabíamos que los milicos lo judeaban. Lo tenían un poco y lo largaban. La vida del Cholo fue dura.

-¿Sí?

-Pah, muy dura. Él iba preso. Claro, era el presidente de UTAA y ellos iban a las cabezas. Cualquier cosita, al Cholo. Y después...

-Cuando se hizo tupamaro.

-Sí, ahí ya le dieron igual que a todos. Por suerte mi padre había muerto y yo estaba a cargo del Nene y la Nena.

-Así que tu padre no presenció esa entrada del Cholo al Movimiento de Liberación Nacional.

-No, por suerte no. Aunque él, al final, ya estaba más blando. Al más chico nunca le pegó. Si no quería juntar piedras no juntaba, y él no le pegaba. Había cambiado.

-¿Estaría ya muy viejito?

-No, si murió con cincuenta y seis años. Yo creo que lo que él más extrañaba, al final, era el trabajo. Él era un animal para trabajar. Trabajaba doce horas en ANCAP y cuando salía seguía dando vuelta la tierra y haciendo de todo en un terreno de él. Era un hombre de los de antes.

-¿Pero, si trabajaba doce horas en ANCAP de dónde sacaba tiempo para trabajar en su terreno?

-Le voy a explicar. Él se levantaba a las cuatro de la mañana. Y yo me levantaba con él para aprontarle la maleta, que es como una bolsa, o como una funda con una boca acá. Ahí le ponía la leche, la carne en una bolsita. Así él dormía un ratito más.

-¿Carne cruda o cocida?

-Cruda, él la asaba allá. Y, además, el mate pronto. Yo era un guacho, tenía nueve, diez años, pero me gustaba hacer todo eso. Hacer ese trabajo me gustaba.

-Un trabajo para el padre.

-Sí, para un padre muy trabajador. Porque hay algo que tiene que quedar claro. El viejo era bravo, cuando no cumplíamos, nos daba. Pero a nosotros nunca nos faltó comida. En mi casa siempre había leche, galletas, carne, arroz. Y verduras en la huerta. Y bueno, yo preparaba bien todo para él. Y esa responsabilidad era linda. Él tomaba unos mates, agarraba su maleta y se iba. Después yo empecé en la

caña igual que él. Lo que sí, que yo llevaba tres litros de agua con avena. Porque esa agua de los tanques donde se ahogan los mosquitos nunca la probé. Bueno este fue el trabajo que me jodió la columna. Metido en el barro, para aquí y para allá para aquí y para allá no hay columna que aguante. Porque además está la helada. Que usted no la conoce porque ahora no hay como antes.

-Pero Pardo, yo soy mayor que usted.

-Pero seguro que no anduvo a las cuatro de la mañana cortando caña.

-Sí, eso es verdad.

-La helada de antes era tan fiera que, a veces, a la una del mediodía todavía había escarcha.

-¿Ahora ya no es así?

-No, ahora no, todo cambia.

-Cuénteme algo más del Cholo. Del Cholo y también de usted. Algo más de los episodios familiares.

-De cuando el Cholo iba a dar con los huesos a la cárcel ya le conté. Puedo contarle de cuando se fue mi madre. Yo sufrí mucho.

-¿Sí?

-Y ¿qué le parece?

-Me parece natural. Usted era un niño.

-Era un niño que pasó a llorar y llorar. Siempre buscando un lugar para llorar tranquilo. Nada quería. Hasta que paré aquello de sólo llorar -dice y queda mirándome tan serio, tan serio que me siento incriminada.

-¿Qué pasa Pardo? ¿Piensa que todas las mujeres somos iguales, capaces de hacer algo así?

-No sé.

-¿Es por eso esa mirada? Bueno, tiene razón. Todos somos capaces. Unos más otros menos. Podemos creer que no somos capaces. Pero, de verdad, no lo sabemos.

-Bueno, no, nada. Quedé pensando nomás. En mi padre que también vivió un tiempo llorando.

-Piensa que él la quería.

-Ah sí, al modo de él. Pienso que... pero ya está. Todos ya murieron. Mi madre, el hombre que la llevó, mi padre -dice y vuelve al silencio-. Ya todos están muertos. Voy a contarle algo más de lo que pasó cuando se fue mi madre. En mi casa había un almacencito que atendía mi madre. A lo que ella se fue el viejo le pidió al Cholo que dejara la caña y se ocupara del almacén. Pero el Cholo no quiso. Al Cholo le gustaba el boliche, pero no atrás del mostrador. Teníamos una heladera de cuatro puertas que mi padre vendió. Dicen que tan barata que la regaló. El viejo vendió todo en tres mil pesos. Un regalo. Heladera, motor, mostrador, vitrinas. Todo por tres mil pesos miserables que metió en el banco. Después, otro episodio: la enfermedad del Cholo. Le dio tuberculosis y lo internaron en Salto. Pero no sé qué diablura hizo que lo echaron. Ahí

mi padre agarró aquella plata y lo trajo, sin pensarlo dos veces, a Montevideo. Por eso el Cholo siempre le agradece y habla de eso, de cómo el viejo se movió por él. Lo trajo acá, a Montevideo, donde no conocía nada. Él se revolvió hasta que lo colocó en un hospital donde, en tres meses, lo curaron.

-El Cholo dice que lo echaron.

-¿Lo habrán agarrado peleándose con alguno? Era muy peleador el Cholo. No podían con él en la escuela. Era tremendo. Me acuerdo de una maestra, Zulma, que vino a hablar con mi padre. "Yo adoro al Cholo, dijo, pero es tremendo." Cuando el Cholo se fue del Saint Bois para Constitución mi padre dijo que quién sabe si lo iban a dejar comer en la mesa de la pensión donde comía el comisario y gente toda así. Lo más grande del pueblo. Mi padre dijo: "El Cholo va a comer en la mesa con todos".

-Pensaba que por su enfermedad tal vez lo iban a poner aparte.

-Sí, pero él dijo que no lo permitiría. Al final no pasó eso, el Cholo comió con todos en la mesa. Él también se acuerda de eso y le agradece a mi padre. Los hijos de Doña Nena, que era la dueña de la pensión y se criaron con nosotros, nos quieren como hermanos. Pobres de nosotros si vamos a Constitución y no nos acercamos a verlos.

-Ustedes sólo comían en la pensión.

-Mis hermanos chicos comían y dormían. Yo comía en la pensión y dormía en la casa con el viejo. Cuando el viejo se iba, a las cuatro, yo prendía el farol a nafta y atravesaba el pueblo hasta la pensión. Ahí les tocaba la ventana a mis hermanos. Ellos abrían, saltaban la ventana y se venían conmigo a tomar mate dulce a casa. Teníamos una cocina de leña y meta mate dulce. Hasta que llegaba la hora de la escuela. Allí íbamos a la pensión, tomábamos el café con leche que siempre tenía una nata asquerosa y después nos íbamos a la escuela. Pero usted quiere que le cuente del Cholo, y yo me olvido y le cuento otras cosas. Me acuerdo de la vecina que le prestaba plata al Cholo para ir a ver a la vieja. La vieja decía: "A veces estoy pensando y de pronto escucho a alguien que viene silbando. Es el Cholo". El Cholo iba a verla a cualquier hora. Tanto a las seis de la tarde como a medianoche. "El no deja pasar mucho tiempo, que siempre aparece", decía. Tampoco quedaba mucho con la vieja. Iba, estaba un día, máximo dos y picaba.

-Y qué tal era el compañero de ella.

-Ni hablaba. No tenía boca para nada. Para él todo estaba bien siempre. Y muy tranquilo, siempre al lado de la vieja. Bien distinto a mi padre que le gustaba la timba y volver de madrugada. Al Cholo también empezó gustándole, pero de golpe paró y nunca más.

-¿Alguna vez lo vio al Cholo cuando estaba preso?

-Desde allá nunca, imposible comprar pasaje. Vine a verlo cuando me mudé a Montevideo. Llegué y me metí en la construcción, de peón.

Y ya de peón, fui robando, robando el oficio. Hasta que aprendí. Fui a verlo y dieron no sé cuántas vueltas para dejarme entrar. Eran tiempos bravos. A mí, a un dos por tres me atajaban en la calle. Me veían igualito al Cholo y se me venían encima. Y si no, venían a mi casa para revolverme todo. Y yo ¿qué iba a tener? Lo que tiene cualquiera nomás, tenía.

-Pardo, me gustaría hacerle una pregunta que me parece un poco fastidiosa. Si no quiere no conteste. Dice la Nena que ustedes quedaron mal después de la ida de su madre. No sólo tristes. Mal. Que ese hecho los afectó, los marcó para siempre. ¿A usted le parece?

-Creo que eso es así nomás. Yo no quedé bien.

-En qué sentido.

-Está el padre... y el padre no da cariño, nada. El da comida, zapa-tillas, obligaciones. Pero cariño no da. Entonces uno anda solo, va a la escuela, viene, hace lo que le mandaron. Y capaz que le dan unos coscorriones porque no hizo todo lo que le mandaron. Pero cariño nada. Yo recién no hace mucho aprendí un poco a cocinar, a hacer un arroz fritándolo primero y alguna otra cosa. ¿Quién nos iba a enseñar? No había quién. Un día fui a dar vuelta un huevo frito. "El huevo frito no se da vuelta", me dijo un amigo. Yo no sabía. La falta de la madre lo deja mal a uno, sin defensas. Sin nadie que enseñe cómo tiene que ser la persona. La higiene. Uno se cría ignorante. Aquel día, cuando llegó mi padre, y le dijimos lo que había pasado... A partir de ahí él se puso a tomar.

-Él ya tomaba.

-Sí, pero tomaba como cualquiera. O un poco más. Después fue otra cosa. Lo que hizo bien el hombre ése, el de mi madre, fue irse a vivir a Belén. Porque si hubiera quedado ahí...

-Ah, tan cerca.

-Más que cerca, él empezó viviendo en la casa de mi padre.

-¿Era amigo de su padre?

-No, pero era un tiempo en que venía gente del norte a trabajar en Constitución. La gente venía y no tenía dónde quedarse. Mi padre le dio para quedarse un galponcito donde tenía un motor y ahí dormía él. Después, mi padre le consiguió trabajo en un aserradero y más tarde en El Espinillar. Cuando un tiempo después mi padre puso el almacén él pasaba allí las horas acodado en el mostrador con una cañita.

-Hablando con su madre.

-Ah no, él no era hombre de hablar. Ahí quedaba el paisano con su cañita y sin hablar. Yo era un gurí y lo veía.

-Se puede entender la furia de su padre, no era un desconocido.

-El que le había llevado la mujer.

-En realidad él no se llevó nada. Ella decidió irse con él. ¿No le parece?

-Ah, eso es verdad. Si la mujer no quiere no va. Pero quiso.

-De cualquier modo se puede entender el odio de su padre con el hombre.

-Anduvo buscándolo para matarlo. Por suerte lo convencieron de que dejara eso para atrás. "No seas loco, ¿qué vas a hacer?" le decían. "Tenés cinco gurises." Y bueno...

-Se calmó.

-Calmarse no se calmó porque odiaba a los Fontora. Pero abandonó esa idea. Y el otro nunca más asomó la nariz por Constitución. Que si el viejo se cruza con el otro no sé. No sé, porque el odio era muy grande.

-Para usted ¿de quién es hijo el niño que su madre se llevó cuando se fue?

-Julio.

-Sí, Julio.

-Usted dice que la Nena le dijo que mi madre le había dicho a mi padre que era hijo del otro. Yo de eso no sé nada. El Julio era muy chiquito para dejarlo, eso es verdad. Y si era o no hijo del otro, capaz que ni ella sabía. Lo que sí sé es que hoy el Julio nos aprecia mucho, es muy unido a nosotros. Y, en cambio, con los Fontora, no.

-¿No?

-No. El tiene, como nosotros, el apellido González y para nosotros es como un hermano más. Vio que la sangre tira. Él a los otros no los pasa, en cambio con nosotros... La sangre es la sangre. Yo creo que la sangre no se equivoca. Yo, a veces, llevaba a mi hijos Rosa y Ruben a casa de la vieja. Mamá se sorprendía de ver cómo la querían esos gurises que ella nunca veía. Y, la sangre. La sangre es la sangre. Ya de chico uno... no sé por qué pero es así. Yo digo: ¿por qué si él es Fontora es cariñoso con nosotros y no con ellos? Para mí que él tiene el apellido que le corresponde. Mi madre dijo que era Fontora para llevarlo, pero él es González. Así nomás.

Los caminos de la dignidad

-Creo que tú eras muy joven cuando empezaron en Bella Unión las luchas para la creación de un sindicato.

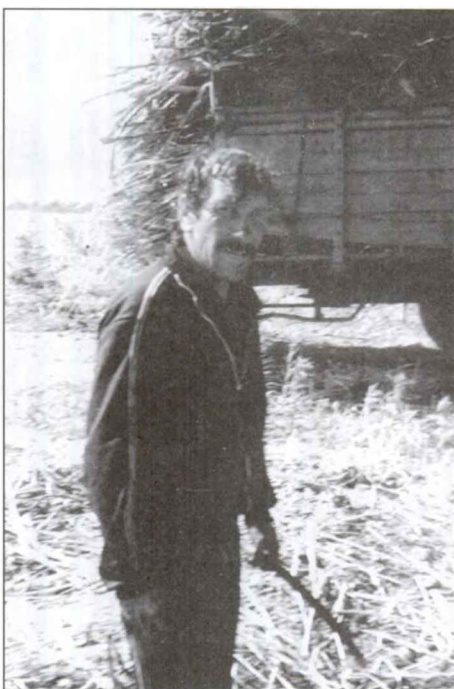
-Esas luchas empezaron a fines del 59 en Salto. Luego se corrieron hacia Artigas. En el 61 los peludos de Bella Unión crearon UTAA ayudados por algunos obreros que llegaron de Salto. Y no podía ser de otra manera; estaba claro que por las buenas, a los patrones no se les sacaba nada. Había que unirse e imponerse empleando la fuerza. La gente se fue dando cuenta de que con la protección que nos daban las leyes escritas en los libros no alcanzaba. Para que los patrones cumplieran con lo que las leyes de los libros mandaban había que usar la fuerza. A veces la fuerza, a veces la astucia. Pero sobre todo la fuerza. Uno quería usar los medios legales, pero con los medios legales solos no se iba lejos. Primero, porque aunque las leyes que nos protegían venían del Estado, el Estado nos daba la espalda cuando de hacerlas cumplir se tratara. Y segundo, porque las empresas no estaban decididas a perder sus privilegios, presionaban todo lo que podían. Y ya se sabe, el que tiene la plata tiene la fuerza.

-El Estado, que parecía un amigo cuando fabricaba las leyes, se transformaba en enemigo cuando había que hacerlas cumplir.

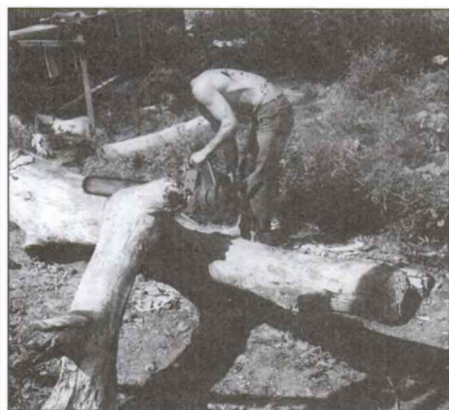
-De eso que vos decís te doy un ejemplo que los cañeros conocen de cerca. Llegó a Bella Unión para solucionar el conflicto que se había instalado entre los trabajadores de CAINSA y la empresa el Ministro del Interior Nicolás Storace Arrosa. Primero se entrevistó con los obreros que estaban acampados en Itacumbú y escuchó sus quejas. Las empresas no cumplían lo que marcaban las leyes -licencia paga, aguinaldo, jornada de ocho horas, etcétera- y salió de allí para hablar con el gerente de CAINSA, convencido de que era justo solucionar esos problemas. Cuando salió de hablar con el gerente volvió por Itacumbú, con la corbata toda torcida y los cachetes muy colorados, trató de beber agua del arroyo y se cayó. Yo no estaba ahí, pero tengo oído que eso fue así, este episodio que ocurrió después de la reunión del Consejo Interame-



Don Lira padre de tres cañeros desaparecidos en Buenos Aires y Severiano Peralta en las primeras épocas de UTAA.



El Cholo, luego del Penal de Libertad, retorna a su trabajo en la caña.



El Cholo cortando madera para la construcción de un comedor de UTAA en el pueblo de Las Piedras, Bella Unión.

Ya funcionando el comedor, W. Rodríguez Belletti en el centro y la hija del Cholo, la Negrita, con un niño en su falda.

ricano de Punta del Este, sumado a muchos otros, nos mostró de manera definitiva lo que se podía esperar de las autoridades.

–*Ruben Prieto en su libro Por la tierra y por libertad relata que en una oportunidad en que varios dirigentes sindicales de la caña fueron presos, Sendic le dijo al comisario que si no los soltaba o los pasaba a Juez él presentaría un habeas corpus. A esto el comisario le respondió: “No me venga con cosas de comunistas”.*

–Sí, era así. Por todos lados vimos que sólo contábamos con nosotros mismos, lo cual nos sirvió para reforzar nuestra unión.

–*Cuando ustedes largan la huelga ya existía UTAA y Sendic era su asesor.*

–Sí, UTAA había nacido en setiembre de 1961.

–*Ya existía, desde hacía alrededor de diez años un sindicato amarillo.*

–Que era cómplice total de los patrones. Un sindicato que jamás había conseguido una sola cosa que beneficiara a los obreros. Cuando Sendic, junto con inspectores de trabajo de Montevideo, intimaron a las empresas para que pagaran todo lo que debían a los trabajadores, como respuesta, el 2 de enero de 1962 las empresas firmaron un convenio con el sindicato amarillo por el cual se eludía el pago de todos los adeudos que marcaba la ley. A esto responde, a su vez, UTAA organizando una huelga que se inicia dos días más tarde, el 4 de enero.

–*Ruben Prieto, en el libro que ya te mencioné, relata lo que dice una anciana de alrededor de noventa años que vivió con su familia en las orillas del Itacumbú durante la huelga. En esos meses el ejército, buscando vencerlos por hambre no los dejaban salir, los tenía cercados para evitar que fueran a comprar alimentos. La anciana entrevistada no hace mucho tiempo dice: “Querían ganarnos por hambre. Pero por hambre ¿qué íbamos a perder? estábamos acostumbrados nosotros”.*

–Sí, eso es así, uno se acostumbra.

–*Las dos grandes empresas que se ocupaban de la caña en Artigas eran CAINSA, americana y CALPICA, uruguaya. ¿Había diferencias entre una y otra en la relación con los trabajadores?*

–Diferencia ninguna, eran tan negrera la una como la otra. Hubo sí diferencias a favor de la norteamericana, que se mostró como más inteligente o más astuta.

–*¿En qué sentido?*

–En que después de las huelgas cumplieron con todas las leyes laborales. Dejaron de pagar en bonos. Hicieron viviendas para los trabajadores. Viviendas de paja, pero viviendas. Todavía están ahí formando un barrio, “Campo 6”, lo llaman.

–*Todo esto a partir de la huelga.*

–De la huelga y de una acción violenta que te cuento. La huelga llevaba tres meses sin resultados. Tres meses sin resultados es mucho. La situación se estaba desgastando. La gente ya estaba ansiosa, cansada, comiendo mal, viviendo en el monte.

-¿Cuál fue la razón que llevó a los peludos a vivir con sus familias en el monte?

-Estar todos juntos en el monte con las familias reforzaba el espíritu de lucha, la unidad. Ahí se compartían las tareas y los problemas. En las noches se hablaba y se hacían proyectos en torno a los fogones. Todo esto era muy bueno. Estaban los que cocinaban, los que salían a buscar alimentos, los que acarreaban el agua. Cada uno cumplía con la tarea que se le había asignado. En un momento el ejército se acercó al campamento y con el argumento de que esos terrenos estaban próximos al puente dieron orden de abandonarlos. Los peludos recogieron sus cosas, y sin abrir la boca –lo cual resultó sorprendente para los milicos–, empezaron a moverse por la orilla del río hasta un lugar muy cercano en que las aguas, escasas, permitían el paso. Por allí cruzaron los peludos hasta la otra orilla, donde se instalaron en tierras de un amigo y compañero de facultad de Sendic llamado Argencio a quien aquél, previendo lo que podía pasar, había pedido permiso para que la gente se instalara.

-Quedaron entonces de un lado los huelguistas y del otro, separados por el río, los soldados.

-Sí, este fue un triunfo... pero tres meses sin que las empresas aflojaran... era mucho. En tres meses de huelga la situación empezaba a desgastarse. ¿Qué podíamos hacer? La huelga estaba casi perdida. ¿Cómo dábamos vuelta la tortilla? Se proponían veinte cosas. Entre otras prenderle fuego a los tractores. Hasta que, de pronto, por allá atrás sonó la voz de Sendic: "¿Y qué les parece si ocupamos los escritorios con los gringos adentro, y los hacemos firmar un convenio que contemple licencia, aguinaldo y salario vacacional?"

-Los huelguistas aceptaron.

-Si lo decía Raúl era difícil no aceptar.

-¿Cómo se realizó el copamiento?

-Primero se decidió levantar el campamento. Dos días después el ejército también se fue retirando del monte. En cuanto a las oficinas de la empresa sólo quedaron, para cuidarlas, unos pocos policías en el portón de entrada. El 1° de abril de noche unos cien peludos se reunieron en el monte con Sendic. Al día siguiente se presentarían a la empresa y pedirían explicaciones respecto a lo que la empresa estaba obligada a pagar y no pagaba. De mañana temprano salieron los peludos –unos cien– por la carretera hacia las oficinas de la empresa que estaban a unos tres quilómetros. Cuando llegaron los milicos en la puerta dicen que no pueden pasar. Los peludos no hacen caso. Varios se suben al portón, pasan al otro lado y lo abren. Los policías discuten pero no tiran. Cuando quieren acordar todos están adentro rodeando el edificio. Ahí, uno de los huelguista, Vique, al que llamaban Cachorrinho, sube las escaleras, que están en el exterior y pregunta por Mister Henry, el gerente. Le dicen que no está y él responde que entonces esperarán a

que regrese. Eso hacen. A mediodía llega el ejército y rodea a los peludos que a su vez están rodeando las oficinas. Recién a la mañana siguiente llega el Mister acompañado de un ejecutivo de Montevideo. Cuando ve a Sendic se le acerca y le pregunta qué pasa. Sendic le responde que es con los cañeros que debe hablar. Mister Henry se mete en su oficina y alrededor de las cinco de la tarde dice que bueno, que hablará con los cañeros, quienes entrarán a los escritorios en grupos de a diez. Empezan en grupos de a diez, pero a la tercera tanda todos se cuelan adentro y allí se quedan horas hasta que el gringo afloja y pide a Sendic que le presente las cuentas. Éste que había hecho las liquidaciones peón por peón, presenta las cuentas que el gringo firma.

-Por este documento se compromete a pagar. ¿No se habló de posibles despidos?

-Sí, también se comprometió a no despedir a nadie.

-Este éxito tiene que haberlos llenado de esperanzas, pero hay algo que no te pregunté: ¿Nunca usaron armas?

-Claro que no. Los peludos nunca usaban armas.

-¿Y qué hizo esa cantidad de gente en las oficinas?

-Mientras esperaban revisaban los libros. Y cuando venía comida para los funcionarios se las servían. "Esta la comemos nosotros, decían. Ustedes ya comieron bastante."

-¿Cuánto tuvo que desembolsar la empresa?

-Alrededor de medio millón de pesos, lo cual era mucho para la época. La gente quedó contenta. Muchos recibieron una suma que les permitió comprar un terrenito, hacerse un rancho. Hace poco me encontré con un peludo de aquellos tiempos. Hoy tiene sesenta años y ahí sigue, cortando caña. Que no es fácil, porque la caña deshace el esqueleto *-se endereza en la silla y pasa su mano izquierda por las vértebras lumbares-*.

-¿Te duele todavía o es un simple recuerdo del dolor?

El Cholo sonríe y no responde.

-¿Cómo quedó la relación con los patrones después de este éxito de los obreros?

-Al mes, el Mister ese, ordenó el despido de casi todos los huelguistas. Dijo que si se había comprometido a no despedir era porque los habían coaccionado.

-Esto determinó la realización de la primera marcha a Montevideo.

-Este hecho y la violación de varias leyes laborales. La violación seguía.

Primera marcha

-Se hizo entonces la primera marcha a Montevideo. De más o menos 300 trabajadores con sus familias. Una vez en la capital se presentaron en las Cámaras, donde exigieron entre otras cosas la ley de ocho horas para el trabajador rural. En la Cámara de diputados se formó, entonces, una comisión donde estaba Ariel Collazo que decide venir a Artigas a investigar. Lo primero que hizo fue ir al boliche de CALPICA a comprar. Ahí ven que lo que habíamos denunciado era verdad. Se pagaba con bonos y a precios muy altos. Vamos a suponer que vos trabajabas diez horas y ellos te daban un bono por cincuenta pesos. Si ibas a la cantina y gastabas cuarenta, no te daban diez pesos de vuelto, sino que te escribían en un papellito de estraza \$10. Ese papellito te servía para pagar otra cosa que compraras otro día.

-*Lo que fuera tenías que comprarlo allí.*

-Ah, claro, en otro lado no te aceptaban ese papellito miserable. Se compraba allí. Allí había de todo. Comida, alpargatas, frazadas. Pero era mucho más caro que en los almacenes del pueblo. Y mucho más caro que en Brasil que nos quedaba ahí nomás, a dos pasos. Como te dije, en esa época, el obrero vivía con toda la familia adentro del establecimiento en las carpas de paja, las aripucas, las que el propio trabajador hacía. Había paja, había madera y con eso se fabricaban las carpas.

-*Allí vivían padres e hijos, todos juntos.*

-Ah sí, ahí no había un cuarto para los niños. Los legisladores comprobaron cómo vivía la gente en las aripucas y comprobaron que algunas habían sido quemadas.

-*¿Quemadas por quién?*

-Por los patrones. Eran los patrones que habían mandado quemar las aripucas de gente que había ido a la marcha. A Bandera Lima le quemaron una casita que no era aripuca, era casa con techo de paja. Se la quemaron porque él había salido en la marcha. Se la quemaron con todas las pequeñas cosas que tenía adentro, mientras estaba en Montevideo. Sólo pequeñas cosas, porque no tenían heladera ni cosas así, pero de cualquier manera era lo que él precisaba y usaba. La comisión comprobó que era cierto que se pagaba en bonos y que se vivía en aripucas.

-*Denunciar esto había sido uno de los objetivos de la marcha.*

-Claro. Se quería demostrar cómo se vivía y se demostró.

-*No me contaste nada de tu actividad durante la huelga.*

-Bueno, te puedo contar que cuando se largó la huelga yo entré a trabajar en CAINSA con el fin de arrancar algunos peludos que no habían adherido a la huelga.

-*¿Y arrancaste?*

-Arranqué sí. Varios.

-*Era la primera vez que tú trabajabas en Bella Unión.*

-La primera. Yo venía de Salto, donde había trabajado en El Espinillar. Pero allí estaban desesperados por regadores, así que "bienvenido", me tomaron enseguida. Y ocurrió, en ese momento, otra cosa que me vino muy bien. Que al ir a Bella Unión me alojé en la casa de un hermano de Chela. Es decir de quien después sería mi cuñado.

-*¿Y eso en qué te beneficiaba?*

-En que él vivía bien pegado al destacamento policial, con lo cual yo me enteraba de todo el movimiento de los milicos que andaban buscando a Vique desesperados.

-*Vique era uno de los fundadores de UTAA.*

-Sí, a él yo le pasaba toda la información sobre el interior de la azucarera y sobre los milicos de al lado.

-*¿Y cuánto tiempo estuviste en la azucarera? Porque si estaban en huelga, no sería tan fácil, para ti, estar ahí como carnero.*

-Estuve pocos días, que me vinieron muy bien porque, además de llevarme unos cuantos para la huelga, me pagaron con plata en lugar de vales. Cobré aquello y me largué para el centro de Bella Unión, donde los huelguistas, que estaban acampados en Itacumbú, hacían una marcha. Se hizo la marcha por el centro de la ciudad, los peludos volvieron a su campamento y yo me quedé en una pensión donde también habían quedado Sendic y Jorgelino Dutra, que era el otro dirigente.

-*Tú ya lo conocías a Sendic.*

-Sí, lo conocía, sí.

-*¿Bien?, ¿tenías ya una relación con él?*

-Sí, lo conocía bien de bien. Esa noche pasé cebándole mate hasta la mañana mientras él escribía a máquina.

-*¿Qué escribía?*

-Artículos para Montevideo. No sé para qué diarios.

-*Sería para El Sol y para Época.*

-Esa noche no se me borra más.

-*Es lógico.*

-No sé si te das cuenta de que ahí yo fui el Ansina de Artigas -dice riendo, tratando de poner ironía a su orgullo.

-*Es verdad. Lindo recuerdo. Eras muy joven.*

-Casi un gurí, diecinueve años. No sabía escribir, pero cebándole mate a aquel hombre me sentí escribiendo.

-*¿Qué pasó después?*

-De mañana tomamos juntos la ONDA. El bajó en Itacumbú donde estaban los huelguistas y yo seguí para Constitución donde tenía trabajo de regador en El Espinillar. Al poco tiempo, estábamos un día con la Chela, mi compañera, por la calle, cuando vemos pasar un camión con una zorra atrás, lleno de gente que me saludaba.

-*Era la gente de la primera marcha de UTAA.*

-Sí, que iban para el sur. Nos acercamos. Nos cuentan porqué están ahí, charlamos un rato y nos dicen si queremos subir que van a acampar en un montecito más adelante. Subimos y...

-*¿Qué pasó?*

-Pararon en Paysandú.

-*¿Y vos?*

-Yo nada, fui hasta Paysandú. Y de Paysandú nos volvimos. Era la primera marcha y yo no intervine. Aunque unos días más tarde nos vinimos con Chela a Montevideo. Llegamos justito un día antes de una acción que habían proyectado: tomar el sindicato amarillo del cual era filial el que había en Bella Unión. Nosotros, Chela y yo, contentos porque íbamos a colaborar en aquello. Ahí los compañeros vinieron a hablar conmigo, porque Chela era menor, lo cual representaba un peligro, tanto para ella como para UTAA. Nos dijeron que era mejor que volviéramos a Constitución. Eso hicimos. Con mucho dolor en el corazón obedecimos.

-*Y se tomó el sindicato.*

-Lo tomaron. Ahí murió de un balazo una mujer que estaba esperando un ómnibus y no tenía nada que ver con nada.

-*¿Quién la mató?*

-Los amarillos, porque ellos estaban arriba, y, de ahí, empezaron a tirar a la calle. Después supimos que a esta mujer no la habían matado de casualidad. La habían matado porque pensaban que era la mujer de Sendic.

-*¿Cómo resolvió esta muerte la policía y la justicia?*

-Se la quisieron adjudicar a los peludos. Pero no pudieron. No pudieron gracias a un fotógrafo de *El Popular*. Los tiras en un momento se metieron en los locales que tenían los peludos y empezaron a revolver los monos.

-*¿Las cosas de dormir?*

-Sí. Y en ese momento un tira mira para todos lados e introduce una pistola entre las ropas que están revisando. Pero ¿qué pasó? No había visto a un fotógrafo de *El Popular* que lo estaba observando y tack lo esgrachó con la foto. Ahí quedó el hombre, retratado, en el momento mismo de estar fabricando las huellas que servirían para condenar a los cañeros.

-*Hace un año pasó algo así en Buenos Aires. Cuando un comisario apunta y tira a la cabeza de un joven piquetero que se había agachado, para auxiliar a un compañero herido, el fotógrafo de Clarín registró el hecho con su cámara. El fotonazo aparece en la foto.*

-*¿Qué pasó después de esta marcha en la que tú no interviniste?*

-Después de esta marcha al año siguiente ocurren varias cosas importantes. La gran huelga que se gana a partir de haber quemado parte

de la cosecha, lo que obligó a la azucarera a aflojar y llamar a la gente. Otra cosa importante es que Sendic entra en la clandestinidad.

-¿Por qué toma esta decisión?

-La toma después del golpe en el Tiro Suizo.⁴ En ese año, 63, no hay marcha pero hay una enorme asamblea promovida por UTAA donde se designa a Sendic como líder de UTAA, líder campesino, y se confirma el objetivo fundamental de UTAA que es la lucha por la tierra. Es en ese momento que nace la consigna: "UTAA por la tierra y con Sendic".

-¿Cómo se vivía lo cotidiano en esas marchas?

-El viaje se hacía en camión, del que bajábamos cerca de las ciudades a las cuales entrábamos caminando.

-Contame del clima que se vivía durante esas marchas.

-Clima de alegría, qué más. Los problemas eran de todos. Preguntás cuál era el clima. Creo que la palabra más justa, para definir el clima, sería esperanza.

Segunda marcha

-En el 64 volvieron a marchar. ¿Cuál era el objetivo de la marcha del 64?

-Eliminar las listas negras.

-Contanos cómo habían llegado a las listas negras.

-Los patrones empezaron a fichar a toda la gente que era adicta al sindicato. Las listas negras alcanzaban a este o aquel trabajador, y también a sus familias. Llegaba la zafra y esa gente ni con la ayuda de un brujo agarraba trabajo. Tomaban gente brasilera, argentina, pero no a esa gente de Artigas que había tenido actividad sindical o era pariente de alguien que había tenido actividad sindical. A esa gente la dejaban afuera.

-Eran listas comunes a todos los empresarios.

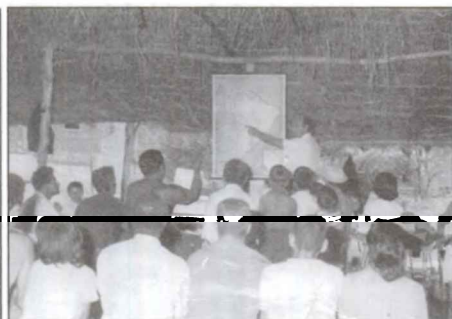
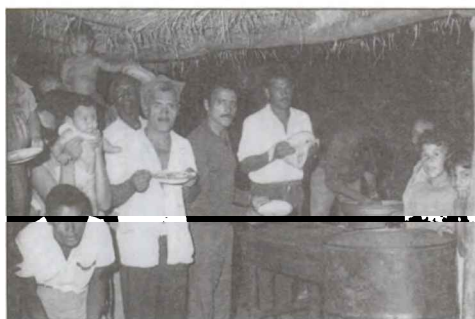
-Sí, claro. Las listas se hacían y se desparramaban por las empresas grandes y por las chicas. Los milicos eran los encargados de llevarlas para aquí y para allá. Pero, además como en el pasado pagaban poco y en bonos, los patrones podían darse el lujo de tener cinco, diez familias en sus predios. Cuando tuvieron que cumplir con todas las leyes laborales que preveían vivienda y salarios más altos, tuvieron que bajar el número de familias de ocho y diez a tres o cuatro. El resto quedaba afuera sin vivienda y sin trabajo. A partir de esto se produjo una gran desocupación. Allí, Sendic, junto con otros compañeros, plantean salirle al cruce a esa desocupación pidiendo -entre otras cosas- la expropiación de las treinta mil hectáreas de Silva y Rosas.

-¿Por qué esas, concretamente?

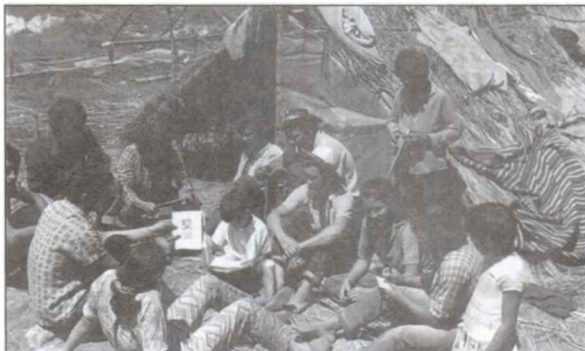
-Porque las dueñas eran dos mujeres que tenían más de cien mil hectáreas de tierra prácticamente sin trabajar. En Artigas, por ejemplo,



El Cholo con la pancarta "Raúl Sendic, líder campesino" en marcha de UTAA.



Actividades previas
a las marchas:
arriba la olla común
con Lourdes Pinto sosteniendo
un niño en sus brazos y
un grupo de cañeros en un
curso sobre imperialismo.
Abajo reunión
de discusión en torno
a un material de Sendic.



tenían una estancia que era una especie de museo de la estancia cimarrona.

-Todo funcionaba como en el siglo XIX.

-Sí, claro. Tenían una cantidad enorme de animales como en el más lejano pasado y preciosos montes de ñandubay y algarrobos sin explotar.

-El monte criollo.

-El monte criollo. Eran tierras improductivas que estaban ahí, donde no se hacía nada. Pedimos la expropiación. La marcha tenía por fin presionar en este sentido. Pero había otros. El fin total del pago en bonos; la jornada de ocho horas; que la patronal proveyera las herramientas y el transporte. Fueron tres meses en los que hubo enfrentamientos con la policía y balearon a una compañera.

-¿Dónde pararon cuando llegaron a Montevideo?

-En un lugar que nos dio la Facultad de Medicina. Después estuvimos en Cuñapirú y Guaviyú. Frente al Mercado Agrícola, donde hay una cancha de baby fútbol. Una noche, en que intentamos acampar frente al Palacio y hacer fogones tuvimos un enfrentamiento muy grande con la policía. Claro, no podían permitir que ocupáramos eso. Estuvimos unas seis horas durante las cuales fuimos arrimando piedras. Cuando la milicada llegó, a echarnos, la cosa se armó fiero. La pelea empezó ahí pero siguió hasta el campamento de Cuñapirú y Guaviyú.

-Ustedes fueron retrocediendo.

-Retrocedíamos y avanzábamos, retrocedíamos y avanzábamos. Fue ahí que balearon a una gurisa de quince años. A mí me balearon un dedo. A la gurisa la dejaron renga para toda la vida. La operaron enseñada, pero no hubo caso.

-Fue un enfrentamiento bravo.

-Uno de los más duros de nuestra historia.

-Menos mal que ustedes en esos enfrentamientos no usaban armas.

-Nosotros nunca usamos armas en los enfrentamientos de la lucha sindical... salvo piedras y algún palo.

-Cholo yo quiero aclarar lo del cuchillo en los enfrentamientos. Tú decís que en la foto aquella que salió en el diario, de un policía peleando con un peludo, lo que tiene el peludo en la mano no es un cuchillo. También decís que la mayoría de los peludos manejaban muy bien el cuchillo. ¿Finalmente, en la foto, el peludo estaba peleando con cuchillo o no? Decí la verdad.

-No, está con un palo. Lo que quise decir, y capaz que me trabuqué, es que la habilidad del peludo con el cuchillo pasa al palo. Los peludos son unos sabios manejando el palo.

-Armas, de aquellas peligrosas, entonces no se usaban en los actos políticos en que se producían enfrentamientos con la policía.

-Se usaban las piedras. Tú dirás cuánto son de peligrosas. Depende.

-Menos que un cuchillo y mucho menos que un arma de fuego.

-Ahí va.

Tercera marcha

-Teníamos que estar allá para la zafra. Volvimos.

-Y volvieron a salir al año siguiente en lo que fue la tercera marcha.

-Sí, la tercera, en que fuimos como siempre recorriendo las ciudades del litoral: Salto, Paysandú, Fray Bentos.

-En ésta el objetivo fue bolsa de trabajo y también extender el movimiento por la tierra.

-En tal ciudad diez días, en tal otra doce. Había que parar y explicar para qué luchábamos; cuál era la finalidad de la lucha nuestra. Fue una experiencia inolvidable. En todas partes nos recibían con pan, frutas, leche. La solidaridad era muy grande. Nunca olvidaré el recibimiento en Juan Lacaze. El pueblo entero nos salió al encuentro. Lloraban. Y había, para nosotros, una pieza cargada de alimentos y ropa, además del lugar para acampar. Descargamos los camiones, bajó la gente, bajamos las cosas y, a las dos horas no quedaba una familia. Sólo los dirigentes habían quedado.

-A los demás los habían llevado para las casas.

-Fue impresionante. Pasan los años y no se me borran aquellas caras.

-Era un pueblo con varias fábricas importantes.

-¡Claro! Tenían una tradición de lucha muy grande. Eso hacía que entre ellos y nosotros se diera ya de entrada, un intercambio muy lindo.

-¿Qué obtuvieron con esta tercera marcha?

-Conseguimos que en diputados se aprobara la bolsa de trabajo. El día en que se aprobó, nosotros estábamos todos en la barra. Saltó la aprobación y nosotros tiramos para abajo las bananas y el pan que habíamos llevado para los gurises que estaban ahí con nosotros. Al pobre viejo Erro una banana le dio en la cabeza -*queda pensativo*-. También tiramos monedas.

-Pero... ¿por qué hicieron eso?

-Porque no habían aprobado lo de las tierras. "Aprueben la entrega de tierra, carajo", gritábamos. Hubo, en lo de la tierra, un intento de Alba Roballo, que en esto, estaba con nosotros. Y también un colorado. El colorado más honesto y buena gente que conocí en el Uruguay: Teófilo Collazo.

-¿Dónde está ahora?

-Por desgracia no está. Murió en un accidente de auto. Aquel día -éramos como quince- nos metió a todos en el despacho de él, nos sirvió café, bizcochos y nos dijo: "Yo les voy a explicar cómo se manejan estas cosas. Las tierras no las van a expropiar ni se las van a dar a ustedes". Y ahí empezó a explicar: "porque la oligarquía"... "porque sería un mal precedente...". "De este Parlamento ustedes no van a sacar nada, los van a cagar a cuentos, les van a mentir, pero aprobar eso que

ustedes quieren, imposible. Van a perder tiempo y no van a conseguir nada.”

–¿Qué hicieron?

–Tomamos conciencia de cómo era la cosa. Y cuando volvimos a Artigas trabajamos en la zafra, empezamos a levantar una policlínica... Siempre dentro de UTAA, que era nuestro sindicato. Hasta un tiempo después en que empezamos a organizar otra marcha.

Cuarta marcha

–La marcha del 68 marcó una línea muy importante a nivel del movimiento obrero.

–UTAA con esta marcha se propuso emprender una lucha que fuera más allá de los salarios.

–Más allá... ¿hasta dónde?

–Hasta exigir que los medios de producción pasaran a los trabajadores. La tierra a quienes la trabajaban y, en Montevideo conseguir que las fábricas antes de cerrarse pasaran a manos de los obreros.

–Es decir que estaban en un planteo muy radical.

–Totalmente radical. Totalmente contra toda la lucha economicista que llevaba a cabo el Partido Comunista: por salarios, seguro de paro y nada más.

–O sea que apuntaban a alguna expropiación de los medios de producción. Pero para llegar a tal resultado, ¿pensás que podía alcanzar con las huelgas y las marchas?

–No, para alcanzar ese resultado había que presentar batalla. En esta etapa surge lo que se llamó “la tendencia sindical”.

–A la que simplemente se llamaba “la tendencia”, que agrupaba a todos los que no eran comunistas.

–Sí. Esta marcha tuvo ya otra orientación. El colorado Collazo nos había abierto los ojos.

–¿Respecto al Parlamento?, pero tú, a partir de Sendic, ya tenías una idea sobre este asunto.

–Sí, pero este hombre habló desde el corazón mismo del Parlamento. Las pocas ilusiones que habían sobrevivido fueron destruidas totalmente. Pensamos que la única posibilidad de obtener la tierra era consiguiendo que el país entero se comprometiera en esa lucha.

–¿De qué manera conseguirían algo así?

–Organizando comités por todos los rincones a partir de una gran movilización. Y eso fue lo que intentamos con esa marcha, la cuarta. Así, en cada lugar, organizamos comités con la gente que estaba interesada en trabajar la tierra y estaba dispuesta a luchar por esa conquista.

–Algo así como los “sin tierra” de Brasil.

–Ahí va.

-En esa marcha no bajaron costeando el río Uruguay. Tomaron para el otro lado.

-Sí, Artigas, Rivera, Tacuarembó, Treinta y Tres, Cerro Largo, Lavalleja. Agarramos hacia el este porque queríamos tocar los arrozales.

-¿Cuántos eran?

-Bastante más de cien. En esa marcha se nos murió una compañera de tétanos. Siempre, en las marchas, se nos moría alguien. En la anterior un viejito del corazón. Gurises de diarrea. Llegamos a Artigas y -no sé si al Municipio o a alguna autoridad del gobierno- pedimos camiones para trasladarnos a Rivera. Pero no nos daban. "Porque no alcanza la flota", "Porque los camiones son chicos". No nos daban. En esos días se estaban apurando para la inauguración de un puente internacional, sobre el río Cuareim a la altura de la ciudad de Artigas, el llamado Puente Internacional de la Concordia. En la inauguración Uruguay estaría representado por su presidente, Jorge Pacheco Areco y Brasil por el presidente brasileño, Artur da Costa e Silva.

-¿Entonces...?

-Nosotros decidimos que no nos íbamos si no nos daban los camiones y nos metimos a acampar bajo el puente.

-¡El que iban a inaugurar!

-Ese, claro. Ahí nos metimos y nos preparamos para resistir a los milicos. Nosotros abajo y arriba el puente lleno de banderas.

-No banderas de la patria, claro.

-No, banderas de UTAA -dice el Cholo riendo-. No duró un día. A las veinticuatro horas teníamos a todos los camiones ahí, a disposición nuestra.

-Fueron para Rivera.

-Fuimos, y apenas llegados, ya teníamos a toda la policía encima. "¿Quién es el responsable?" preguntaba el comisario. "No, no hay responsable, responsables somos todos", dijo el primer preguntado y todos los que siguieron. Los peludos, sin fallar uno respondían lo mismo. "No hay responsable." "Pero hay dirigente", replicaba el comisario. Y los peludos: "Tampoco hay dirigente. ¿Qué quieren?" Y ellos: "Queremos que se dispersen, que se vayan". "Somos un gremio, tenemos un sindicato. Todo se resuelve por mayoría. Y lo que decidió la mayoría es que debemos hablar con la gente." "¿Y dónde van a acampar?" "Vamos a acampar en tal lugar."

-¿Y quiénes eran los dirigentes? Vos eras uno.

-Yo era uno.

-Eras bien chico para dirigente.

-No tan chico. Veintiséis años tenía.

-¿Qué hicieron en Rivera?

-Siempre tratábamos de reunirnos con el plenario sindical si había sindicato y ahí había un proyecto de sindicato. También recorrimos la

ciudad explicando a la gente la lucha por la tierra y repartiendo los volantes que llevábamos, que eran muchísimos.

Después de hecho todo eso pasamos a Tacuarembó.

–Se me ocurre que en Tacuarembó habrán tenido poca respuesta. Ahí metido, en el corazón de la república, sin comunicación directa con ningún otro país, salvo el nuestro. Tal vez me equivoco.

–No te equivocás no. Fue bastante así. Un poco chato, sin entusiasmo. Pero, además, la pasamos jodido. Porque acampamos junto al río Tacuarembó y esa noche vino una tormenta de aquellas que nos voló todas las carpas. Un lechero, que tenía sus terrenos en las cercanías nos cedió el tambo para acampar. Pero tuvimos un poquito de miedo y nos fuimos. Creo que fue en esos momentos, que una concuñada mía –casada con un hermano de mi mujer–, Lourdes Pinto, se agarró el tétanos. De ahí, de Tacuarembó, pasamos a Treinta y Tres donde nos encontramos con un pueblo que tenía expectativas con nosotros y unas autoridades que se habían planteado descabezar la marcha. Sabiendo esto había que resolver cómo defendernos. Sabíamos que el cura, el que mandaba en la principal iglesia del pueblo, era un tipo con el que se podía contar. Un hombre que entendía y que nos acompañaría. Entramos a Melo y mientras unos armaban el campamento otros nos movimos hacia un paraje de arroceras que llaman La Charqueada, donde se estaba armando el sindicato arrocero llamado UTAE, Unión de Trabajadores Arroceros del Este. Cuando llegamos de vuelta al campamento nos enfrentamos a dos problemas. Lourdes estaba con tétanos, lo que tenía angustiada a todo el mundo, pues estaba muy mal y por otro lado, las autoridades de Treinta y Tres estaban muy molestas con nuestra presencia allí.

–Estaban dispuestos a echarlos.

–Al mismo tiempo se había realizado una mesa redonda en la iglesia y había sido tan linda la discusión que se armó entre algunos dueños de tierras, los peludos y personas de la iglesia, que nos apoyaba que mucha gente se puso nerviosa. La discusión asustó a las autoridades, asustó a los copetudos.

–¿Por qué pensás que los asustó?

–Porque vieron que los peludos no solamente tenían fuerza, sino que sabían por qué pedían lo que pedían, vieron que aquello no era un tiro al aire, que tenía un fundamento y que a pesar de que muchos no sabían leer, tenían claras las razones que los conducían a marchas y a exigencias. Se asustaron. Sí señor, se asustaron y empezaron a moverse para sacarnos de allí.

–Querían desbaratar la marcha.

–Querían destrozarla. Y más todavía cuando ocurrió la muerte de Lourdes. La muerte y el entierro de Lourdes Pinto fue algo definitivo. Nosotros estábamos acampados bajo el puente del Olimar. Allí mismo,

bajo el puente, la velamos. Y caminando la llevamos luego hasta el cementerio, acompañados por gran parte del pueblo. No sé qué pasó, pero este hecho produjo una enorme conmoción. Yo creo que no hay persona que habiendo visto aquel entierro, con el cajón llevado a mano, a través del pueblo, lo haya olvidado.

-Mirá qué curioso. Hace unos meses en una reunión conocí a un agrónomo con el que comencé una conversación sobre la producción de azúcar. Yo le conté de este trabajo que había empezado a hacer contigo y él en seguida recordó este entierro. Él era de Treinta y Tres y tenía doce o trece años cuando lo presencié. Me dijo que recordaba el cajón llevado a través del pueblo por seis tipos raros, que nunca había visto antes. "Fue algo que no se me borró jamás, dijo. Todavía, a veces, se me vuelve a representar. Pero no como si fuera algo de la realidad sino como un sueño o una película." Se ve que éste fue uno de esos hechos que en un pueblo chico nadie olvida.

-Sí, yo pienso que fue así, el cementerio estaba lejos y a medida que caminábamos se sumaba más y más gente.

-En un momento creo que la policía quiso pararlos.

-Sí, quiso. Ahí nos armamos de piedras y garrotes, clavamos acá el cajón y nos aprontamos para la guerra. No se animaron a atacar. Dieron marcha atrás. Después de esto fue que salió del juzgado la noticia de que prenderían a los dirigentes y devolverían al resto a Bella Unión.

-Pero ustedes ya tenían el permiso del cura para refugiarse en la iglesia.

-No, todavía no, fuimos a hablar con él y él nos dijo que la iglesia estaba abierta para nosotros. Nosotros estábamos acampados en los montes del Olimar, cerca de los puentes y a la hora convenida salimos como si fuéramos a hacer unas gestiones. Salimos pelados y nos metimos en la iglesia.

-¿Qué quiere decir pelados? ¿Sin nada?

-Sin colchones ni ollas ni nada. Había que dejar todo allá y eso hicimos.

-Conocí a ese cura, se llamaba José María Freire.

-Así se llamaba. Él nos había dicho eso de ocupar la iglesia con total sinceridad. Así fue que cuando llegamos él mismo nos abrió la puerta. A los tres días de la mesa redonda fue que le pedimos la iglesia para evitar que nos rompieran la marcha. Mientras estábamos adentro llegaron de Minas los camiones que habíamos contratado. Subimos con mucho sigilo y, cuando quisieron acordar, estábamos del otro lado de la jurisdicción.

-A la iglesia habían entrado sin nada, ¿cómo se las arreglaron luego?

-Para empezar, después de esto nos refugiamos en una iglesia capuchina, medio abandonada que encontramos en el camino. Tal como decís no teníamos nada. No podíamos salvar la gente y las cosas. Había que elegir. Se salvó la gente. Las cosas se mandaron buscar después.

Pero esa noche pasamos el frío más tremendo que he pasado en mi vida. La más horrible rosca. Al día siguiente fuimos a Joder a Minas.

-¿Cómo fue el paso por Minas?

-En Minas también nos apoyó mucha gente. Justo agarramos una semana de festejos por la virgen del Verdún y Minas estaba llena de turistas. Hablamos, hicimos propaganda, repartimos volantes. De Minas pasamos a Maldonado y después a Montevideo. Antes de llegar a 8 de Octubre nos bajamos y entramos caminando. Recorrimos un pedazo de 8 de Octubre y nos paramos porque teníamos que esperar a los camiones que nos llevarían al Cerro donde pensábamos acampar. Allí nos dimos cuenta de que estábamos rodeados de una cantidad enorme de milicos prontos para reventarnos. Querían que habláramos o iniciáramos la pelea. Pero no lo consiguieron. Quedamos inmóviles y mudos como rocas. Indiferentes a todas las provocaciones. Quietitos, quietitos. Si hubiéramos hecho el menor gesto nos revientan a palos. No pudieron sacarse el gusto. Nos fuimos y nos instalamos en el Cerro donde se dio una convivencia muy buena. Teníamos una manzana entera en la que se armaron las carpas. En el Cerro hubo una entrevista con Raúl, que estaba clande, a la que yo no asistí. No recuerdo por qué, pero sé que no pude ir.

-Sabés de que se habló.

-Se habló de la marcha y del 1° de mayo que estaba próximo. Nosotros siempre tratamos de coincidir con el 1° de mayo. Pero, además, se estaban organizando, a través del cura Zaffaroni, charlas en las Iglesias. Y mientras estuvimos ahí, acampados, todos los días nos llegaban invitaciones para hablar en tal sindicato, en tal iglesia, en tal grupo político.

-Eran verdaderas vedettes.

-Sí, era de lo más común que unos u otros quisieran que explicáramos lo que nos proponíamos y por qué. "Vengan mañana, a tal hora, que tenemos asamblea y queremos oírlos." "En tal barrio mañana, a tal hora, se hace un acto para recibirlos, los esperamos." Estábamos todos los días hablando y escuchando en algún lado. Siempre para las marchas se organizaba, en Montevideo, un comité de apoyo que era el que se movilizaba, promovía nuestras presentaciones y nos programaba encuentros.

-Era una especie de secretaria.

-Ahí va. El comité de apoyo resolvía el lugar del campamento, los viveres, las pintadas.

-¿Cómo se formaba el comité?

-En general estaba formado por compañeros de los gremios más combativos.

-En esta marcha se cumplió por lo menos en parte con el fin que se habían propuesto: informar, conseguir el apoyo y la comprensión de la gente, comunicar y hacer compartir. Eso creo ¿no?

-Fue así. Recuerdo el acto en el anfiteatro de Medicina. Aquel salón se venía abajo. Y era por nosotros que toda esa gente estaba allí. Cuantas ilusiones en esa época. Creíamos tocar el futuro con las manos.

-Era difícil imaginar otra cosa, había que ser muy pesimista para imaginar lo que vendría unos años más tarde.

-Sí, sí, pero no te apures. No hablemos todavía del desbarranque. Antes del desbarranque hay un tiempo largo por delante. Demora en llegar todavía ese tiempo en que nos fuimos enfrentando a una realidad que no habíamos imaginado. En ese momento recién habíamos empezado a decir: "Si hay que desenterrar las armas de Artigas, vamos a desenterrarlas".

-Anunciaban la lucha armada. Así nomás, sin miedo y sin dudas.

-Ni miedo ni dudas. Estábamos dispuestos y llenos de esperanzas. Cuando vino la madre de Camilo Torres⁵ yo hablé en el homenaje que le hicieron a Camilo en el Paraninfo. Y me desboqué tanto, me desboqué tanto, que para sacarme a la calle me metieron un sombrero hasta la nariz para que no me reconocieran. Mis compañeros pensaban que me podían prender. "Camilo Torres nos marcó la senda", decía yo. O "Hay que seguir el camino que señaló Camilo Torres". Ese día de las palabras en el Paraninfo estaba como borracho aunque no había tomado una gota de alcohol. Al salir los compañeros se me amontonaron arriba para ocultarme. "Loco, aquí vamos a caer todos en cana", decían.

-¿Era la primera vez que en un ambiente bastante ajeno -el Paraninfo lo era- mostraban de manera tan directa lo que pensaban?

-Sí, sí es así. Habíamos ido aprendiendo que con el simple voto no conseguiríamos lo que queríamos. Lo sabíamos a partir de las palabras de Raúl, a través de nuestra experiencia en los últimos años y a partir de aquel diputado colorado, un hombre excepcional que nos habló sin tapujos. Un colorado bien.

-Sí, tú ya me hablaste. Se llamaba Teófilo Collazo.

-Sí, un colorado, ¿podés creerlo?

-Sí puedo, ¿por qué no?

-No sé si te conté bien que nos abrió los ojos más de lo que ya los teníamos. Era un hombre que venía del corazón mismo del sistema y sin embargo con sus palabras terminó de redondearnos un conocimiento que habíamos ido formando en esos años.

-Lo que ustedes pedían ¿qué era? ¿Qué el Estado expropiara sin compensar...? ¿Cómo era la propuesta?

-Nosotros no queríamos que esa tierra nos la regalaran. Queríamos que el Estado expropiara pagando. Y que luego nos vendiera, a nosotros, en plazos que pudiéramos pagar. Pensábamos hacer una gran cooperativa obrera para explotar esas tierras. Teníamos mucho entusiasmo, queríamos plantar de todo. La tierra era mucha. Se podían producir cantidad de cosas diferentes. Veinticinco mil hectáreas eran. Poco tiempo después se expropiaron.

-¿Sería para la represa de Salto Grande?

-No, expropiaron para dárselas a una cooperativa de productores. Gente del sindicato amarillo, de allá, capataces. El Estado expropió y entregó al Instituto de Colonización. Se formó allí lo que se llamó Colonia Eduardo Acevedo.

-¿Existe todavía?

-Existe la explotación, pero no existe más la cooperativa. En un momento maquinarias y todo eso se vendió. Ahora en aquellos campos hay arroceros brasileños, que plantan ahí, y hay uruguayos con pequeñas parcelas, que crían ganado. Esas tierras son las de aquella estancia de la que te hablé, que se manejaba como si estuviéramos en el siglo XIX, con ganado sin marcar y otra serie de cosas que hacían pensar en una estancia museo, porque lo que había ahí era en todos los aspectos una estancia cimarrona. Con chircales que tapaban un hombre a caballo, pajonales que también tapaban un hombre a caballo, animales salvajes en el monte y maderas duras. Y todo eso a orillas del río Uruguay, es decir que había agua para regalar.

-¿Cuánto duró la cooperativa?

-Yo estaba preso ya cuando expropiaron la tierra y formaron esa cooperativa. Tuvieron crédito para hacer marchar eso bien. Compraron maquinaria de lo mejor.

-¿Y qué pasó?

-Se lo patinaron todo.

-¿Cómo que se lo patinaron?

-No entraron a trabajar, a poner el lomo. Enseguida entraron de patrones. Era gente que no quería trabajar. Fue como una demostración de que, en este país, no sirve de nada expropiar y entregar a los que dicen que quieren trabajar. Porque después no trabajan. Todo esto nos lo contaron los últimos que cayeron, de Bella Unión, en el 76, 77 y 78.

-¿De qué caída hablás?

-De los que cayeron presos.

-Por la fecha... Serían los comunistas.

-Ahí va. Bueno, esos compañeros comunistas de Bella Unión, nos contaban que de noche se encontraban a los tractores de la Eduardo Acevedo en la puerta de los quilombos haciendo fila. Tractores nuevos. Si querías ver a esa gente, podías verla, patinándose la plata en los quilombos y en las timbas del pueblo. Pero, volviendo a la marcha del 68 lo importante fue que el objetivo que teníamos de llegar al pueblo lo cumplimos. Tuvimos apoyo de la iglesia...

-De la iglesia no diría.

-De la iglesia como institución no, pero sí de muchos miembros; tuvimos también apoyo de los estudiantes y, por supuesto, de la CNT -cuya mesa integrábamos.

-¿Cómo transcurrió ese 1° de mayo durante esta marcha?

-La marcha del 1° de mayo, de ese año, estuvo dividida en dos. Ade-

lante iba la gente del Partido Comunista, seguida por aquellos gremios que compartían su línea. Después, pero dejando un espacio grande, iba UTAA seguida por los gremios más combativos. Coca-Cola, FUNSA, Federación de la Carne, Artes gráficas, Congreso Obrero Textil.

-Ahí estaría Héctor Rodríguez.

-Héctor Rodríguez estaba a la cabeza.

-¿Qué orador llevaba UTAA?

-A UTAA no la dejaban poner oradores.

-¿Y eso por qué?

-Esa era historia vieja, a UTAA nunca la dejaban hablar los 1° de mayo. Uno de nuestros objetivos, en ese acto, era llegar al estrado y tratar de hablar.

-¿Y qué pasó?

-Te cuento, en nuestra Columna íbamos adelante los dirigentes, todos encadenados y con este objetivo del que te hablo.

-Antes, *decime qué explicación daban la CNT y el Partido Comunista sobre su negatva a que hablaran.*

-Se agarraban de un hecho formal -dice María Elena que *acompaña el diálogo mientras ceba mate en silencio*-. Decían que no podían intervenir porque no pagaban la cuota que correspondía pagar a cada afiliado de la CNT. Eso era ridículo, teniendo en cuenta la pobreza de los adherentes de UTAA. Pero además UTAA había venido desde la otra punta del país para intervenir y una compañera había muerto en la marcha. Era muy injusto que quisieran borrarlos de ese 1° de mayo. En el 64, mientras hablaba Colacho Estévez le metían el reloj en la cara.

-Para que parara.

-Sí, querían que parara. No lo dejaban hablar tranquilo. Le tiraban de los pantalones. Desde abajo veíamos todo eso. Además no querían que expresáramos nuestras consignas. Cuando nosotros decíamos: "Por la tierra y con Sendic" ellos, para hacernos callar, entraban a los cadenazos mientras gritaban: "Unidad", "Unidad". Con todo y, a pesar de los cadenazos, nunca llegamos a la batalla campal.

-Y, mientras, ¿la policía?

-Ahí, ahí. Hasta que, cuando tratamos de arremeter, se vinieron encima a reprimir sin asco, con los caballos. Se ensañaron contra el estrado, lo hicieron pelota, justo en el momento en que estaba hablando una chilena. Los comunistas lloraban de malos y junto con la gente de la CNT insultaban a los peludos y nos acusaban de haber roto el 1° de mayo. Se armó gorda, a mí un caballo me sacó limpito un zapato y el pie no me lo sacó porque estaba bien prendido. Esta parte, con los milicos, fue brava. Hubo detenidos.

-Pero -dice María Elena- lo lindo fue, que varios peludos consiguieron llegar al estrado y poner una bandera con la consigna "Por la tierra y con Sendic". Estábamos todos rotos pero llegamos al estrado y colgamos nuestra consigna.

-¿Y Sendic, andaría por ahí?

-Andaría vichando, sí. Sé que cuando pasó la marcha por 8 de Octubre él la vio pasar. Nosotros veníamos de Camino Maldonado y él tenía un cuartito en 8 de Octubre o en una transversal y desde allí nos vio. Nosotros al pasar pensábamos: "Si Raúl nos viera..." Recién mucho tiempo después supimos que nos había visto.

-Yo estaba en el Comité de Apoyo a UTAA -dice María Elena- y no sé qué me habían mandado a buscar lejos de ahí. Nosotros -los del Comité de Apoyo- estábamos para las tareas chicas. Yo volvía del mandado cuando me enfrenté con la cabeza de la marcha toda encadenada, pues ya habían decidido llegar al estrado. Y ahí vi al Cholo, los ojos del Cholo. Los ojos del Cholo en ese momento no se me borraron nunca más. Eran la imagen de la decisión y la firmeza. Uno podía decir que en ese momento estaba dispuesto a morir, si era necesario. Yo venía distraída y recuerdo que me quedé como paralizada mirando al Cholo y pensando ¿Qué pasa?

-Fue ahí que la maté.

-Sin embargo pasaron veinte años antes de que ambos se enteraran de que una flecha los había atravesado.

-Más de veinte -dicen a dúo-.

-Cholo, a mí me parece que cuando me contaste la toma de las oficinas de CAINSA, me mentiste. Tú dijiste que habían entrado sin armas. Pero después, leyendo por ahí, vi que le pusieron un cuchillo al gringo en el cuello.

-Ah, pero el cuchillo no es un arma.

-¿Cómo que no es un arma? ¡Cholo!

El Cholo me mira reír y finalmente dice:

-No, no es un arma, no. Es una herramienta de trabajo. Está la cortadora, el peón, la lima y el cuchillo.

-Está bien Cholo, para mí es, pero si tu decís...

-Dicen "arma blanca". Para nosotros arma es el revólver.

-Cholo, sos un cómico.

-Puede ser, pero si yo soy, somos todos. Preguntá y vas a ver.

El silencio de Sendic

–En general pasás muy rápido sobre Sendic cuando hablás de él. Como si no confiaras en tus palabras para decir lo que querés decir o como si ese fuera un tema sagrado.

El Cholo queda pensativo. Finalmente dice:

–Sendic... un hombre que nos asesoraba. Que sabía de las cosas: “Esto es así” –decía, o “La ley prevé tal cosa”. Hablaba poco. No sé qué decirte para que puedas verlo tal como yo lo veo. –Piensa un largo rato–. Era un peludo más. Un peludo que escuchaba. Escuchaba mucho. Tú llegabas a una reunión y no lo veías. Estaba sentado en cualquier rincón escuchando. De pronto oías su voz “Ah, está Raúl”, decías. Hacía una hora que estabas ahí y no lo habías visto. Se había discutido, todos habían votado y vos ni cuenta te habías dado de que él estaba. Y, ¿qué te digo? Esos son los recuerdos más lindos que tengo de él.

–Su respeto por los otros. Porque creo que eso significaba su silencio.

–Sí, él quería ser otro más. No ocurría como con otros líderes con los cuales siempre sentís una distancia. Con él no había distancia. No existía la distancia.

–¿Qué hizo cuando quedó clandestino en 1963? ¿Se fue a Montevideo?

–No, siguió en Bella Unión, en el monte de Silva y Rosas.

–En esas treinta mil hectáreas sobre el río Uruguay cuya expropiación ustedes pedían.

–Sí, esos montes sobre el Uruguay. Raúl quedó ahí, en esos montes, viviendo con un grupo de peludos.

–Él había estado vinculado a un dirigente sindical arrocero de gran prestigio: Leguizamón. ¿Nunca hablaba de él?

–Sí, alguna vez lo nombraba. Leguizamón era un hombre de gran experiencia pues había organizado a los arroceros de Treinta y Tres en los cincuenta.

–¿Lo conociste?

–Lo conocí pero no me acuerdo de él, si lo viera no lo reconocería. Lo conocí, una vez, en La Casa del Pueblo, del Partido Socialista. Él ya no estaba bien ahí.

–¿Por qué?, ¿qué le había pasado?

–Fue en las épocas en que él era dirigente sindical. Salió a la ruta a ver si pescaba a alguno que viniera para Montevideo. Pasó un camionero y lo levantó. En el camino se produjo un accidente que lo dejó mal. Mal de la cabeza. Nunca mejoró. Quedó ahí, en la Casa del Pueblo realizando pequeñas tareas. Cuando yo lo conocí estaba allí como portero.

–Es bien triste.

–Sí, era uno de los grandes dirigentes sindicales del país. Raúl había hecho a su lado sus primeras armas. Después de esa experiencia fue que se largó a Paysandú a trabajar en la agremiación de los remolacheros.

-¿Qué hacías tú mientras Raúl estaba clandestino?

-Yo seguía militando en UTAA.

-¿Por qué decís que no eras dirigente? Yo creo que sí, eras.

-Nooo, ahí recién empecé a aprender. Pero te digo algo.

-¿Qué cosa?

-Lo que yo más lamento es no haber estado más cerca de Raúl en los últimos tiempos -dice y mira largamente a su mujer como si se tratara de algo ya muy conversado.

-¿De qué últimos tiempos hablás?

-Después de salir de la cárcel. Yo querría haber llegado más al fondo de las ideas de Sendic. Ahora estamos leyendo con María Elena sus escritos sobre la lucha por la tierra y contra la pobreza que el hijo acaba de publicar.

-Es curiosísimo -dice María Elena-, pero todo lo que él escribió tiene hoy una tremenda vigencia. Él decía -hace más de treinta años- cosas que en esa época nadie podía ni siquiera imaginar y que hoy están ocurriendo.

-¿Por ejemplo?

-Por ejemplo, que la parte sindical va a tener cada vez menos peso porque van a desaparecer las fábricas. Este fenómeno determinaría el aislamiento de la gente y la imposibilidad de definir situaciones a partir del grupo. Entonces aconseja que la gente se reúna en torno a ollas populares, a fogones de mate y charlas y a cooperativas de consumo. Otra cosa que propicia es la vuelta al campo. Y hablaba de algo que está ocurriendo cada vez con más frecuencia: la enajenación de nuestras tierras a extranjeros -dice el Cholo.

-Recuerdo que alguna vez se le criticó a Sendic por sus "propuestas asistenciales".

-Él respondió a eso. Dijo que no se puede dejar que la gente llegue a una pobreza extrema, pues cuando esto ocurre ya no se levanta más.

-Esta teoría formulada con otros ingredientes es la que ponen en práctica algunos de los grupos piqueteros argentinos. Se reúnen, hacen el pan, hacen ropa, ollas populares, buscan medicamentos para quienes los precisan.

-A mí me habría gustado ver... Yo hoy leo todo eso y entiendo la razón que tiene Sendic en lo que dice, pero hay algo que me habría gustado hacer y no hice: estar a su lado y verlo actuar. Ver cómo iba aplicando eso, cómo intentaba aplicarlo. Esa enseñanza de él me faltó.

-¿Y por qué no te acercaste a él en esos momentos?

-Yo no iba mucho a la casa de Raúl. Yo sentía que esa casa estaba llena de alcahuetes.

-¿Estaría?

-Para mí sí. No me gustaba aquello, le disparaba. De repente... no sé... estaba medio peleado y no iba. Me acuerdo de una vez con el Flaco Belletti. Viene y me dice: "Vamos a verlo a Raúl". Yo le digo: "Andá a

verlo vos, yo no voy. Él tenía que venir a la reunión y no vino". "Vamos, vamos", decía el Flaco. Al final me convenció y fui. Cuando llegué le dije: "Mirá Raúl que yo no vine a alcahuetearte de la reunión ni de nada. El que quiso venir fue el Flaco".

-¿Y él?

-Él nada. Se reía. No se ofendía, ni perdía tiempo, se reía.

-Y eso cuándo era.

-Un año antes de la enfermedad de él. Hay una foto, en ese momento, en que está con un gaucho. ¿La viste? Esa foto recorrió el mundo. Fue sacada en Bella Unión, cuando él fue al homenaje que se le hizo allá.

-Yo querría saber cómo Sendic justificaba el robo. ¿Cómo se justificaba en la Organización?

-Hay una frase que sintetiza el fundamento de estas acciones. "La burguesía tiene que financiar la guerrilla." Esto llevó a grandes divisiones. Pero Raúl estaba en esas. Yo no lo sé seguro, pero creo que fue Raúl quien programó el asalto a la sucursal Buceo del Banco de Cobranzas en Rivera y Arrascaeta, en junio de 1964.

-Bueno, si pensamos que vivía en un apartamento arriba del banco... sí no programó informó para la programación.

-Sí, sí. Raúl tiene que haber sido todo eso, con los tres peludos, Vique, Santana y Castillo,⁶ que eran dirigentes de la marcha.

-¿No habría sido fácil que al vivir arriba del banco la policía -sin apartarse de lo corriente- fuera a interrogarlo y lo reconociera?

-Raúl por un tiempo se movió con total facilidad. Tanto acá en Montevideo, como en el norte. Tenía especial capacidad para modificar la pinta. Había que verlo en Uruguayana con sombrero aludo como los brasileros, bombacha y chinelas.

-¿Chinelas?

-Sí, esas de meter el dedo que usan los brasileros. Él llegaba a un lugar y enseguida se confundía con la gente de allí.

-Estábamos en el asalto al banco. Ese asalto fracasó.

-Fracasó. El banco tenía unas vidrieras enormes. Es decir que el interior se podía ver desde afuera. Los que entraron hicieron levantar las manos a los empleados y empezaron a juntar la plata. La gente que pasaba afuera vio aquellas manos levantadas y, de inmediato, avisó a la policía. La policía llegó, hubo un intercambio de tiros pero los muchachos dispararon, trataron de esconderse en una obra en construcción pero los agarraron.

-Tiempo después, de haber salido de la cárcel, Ataliva Castillo desapareció ¿cuándo fue eso?

-Muchísimos años después. Yo caigo por segunda vez en el 75, cuando andaba por acá, clande. En el 74, Ataliva andaba conmigo. Él vivía -lo supe más tarde- en Tres Ombúes, con un matrimonio que mataron, formado por el pelado Melogno y la compañera.

-*Esta pareja había venido de Argentina.*

-Sí, Ataliva y varios otros, todos clandes, eran de los que, en un momento, habían decidido disparar a Argentina, y luego, un tiempo después, convencido de lo inútil de esa estadía allá, habían resuelto volver a Uruguay. Ataliva se vino, pero un tiempo después tenía un contacto en Buenos Aires y volvió a cruzar. Cruzó y nunca más se supo de él.

-*¿Lo viste a Sendic antes de que partiera para Francia?*

-Una semana antes de irse fui a verlo. Ahí le dije: "Respecto a mí andá tranquilo que yo voy a pasar a militar en el Movimiento por la Tierra".

-*¿Tú estabas en Montevideo cuando, ya muerto, lo trajeron?*

-Sí, allí hablé yo.

-*¿Vos y quién más?*

-Yo fui el único orador.

-*¿Qué dijiste?*

-Hablé de lo que había sido para nosotros y muchas otras cosas. Esas que se dicen en estos casos y sólo a veces son verdad. Esta vez todo era verdad. Por ejemplo que va a seguir viviendo en nosotros.

Historias de UTAA

-*Se dice que UTAA era algo muy especial. Uno oye hablar a los que estuvieron allí y ve las diferencias. La solidaridad, la honestidad. UTAA creo que tenía una fuerza espiritual muy grande, un peso casi religioso. Me gustaría que contaras algo de la vida del sindicato. Algo no expresamente político.*

-Tendría que contarte alguna anécdota.

-Claro, estoy segura que sí pensás va a salir.

El Cholo queda pensativo. Da unas vueltas. Sale a la puerta, camina hasta la vereda y vuelve.

-Me acordé de algo -dice. Teníamos allá una pareja de compañeros que había decidido separarse y les costaba resolver la división de las cosas que tenían.

-*Que, por supuesto, no serían muchas.*

-Claro. Entonces ¿cómo se resuelve esto? Llevando al sindicato todo lo que tenían. Tres ollas, un primus, dos frazadas, ropa. Pusieron todo arriba de la mesa, vino el Flaco Belletti, miró todo y dijo: "Bueno, se arregla así: la sartén para vos, la olla para vos. Esta frazada para vos, este banco para vos, el primus para vos" y etcétera.

-*¿Los cónyuges aceptaban? ¿Sin chistar?*

-Sin chistar, palabra santa.

-*El sindicato casi como un templo.*

-Y sin casi. La gente creía en la justicia que podían ejercer los líde-

res. Era algo así como una mística. Te cuento otra historia. En una de las islas había una familia con seis hijos. El marido, pescador, una noche se atragantó con una espina. Lo traen a Bella Unión, con la espina en la garganta y allí se muere. ¿Qué hacemos con esa pobre mujer y los seis hijos?

-¿Ese era un problema que el sindicato consideraba que tenía que resolver?

-La solidaridad es uno de los mandamientos.

-*Que sigue en vigencia en tu propia casa. María Elena atiende a quien sea, a cualquier hora y no cobra.*

-Así es. Pero volviendo a la familia del pescador. Ahí tenemos a una mujer abandonada en una isla, sin ningún medio de vida y con seis hijos. Nosotros vemos la situación esa con el Flaco Belletti. La vemos bien de cerca, porque la mujer viene y nos plantea que no tiene donde vivir. Y bueno, ahí cerca el Municipio estaba haciendo unas viviendas que todavía no estaban terminadas porque le faltaban las puertas y las ventanas. Pero el resto estaba.

-¿Y cómo se accedía a eso?

-¿Cómo te parece que se accedía?

-*Por influencia política.*

-Claro.

-*Entonces...*

-Había sólo un camino. Agarrar a la mujer y a los seis hijos y meterlos en una de las casas. Cargamos las pocas cosas que tenían en una carretilla y los metimos adentro. Después organizamos al barrio en previsión de que al otro día quisieran sacarlos.

-¿Quisieron?

-Al otro día vino el Juez. Vio cómo estaba viviendo allí la familia y nos mandó llamar. Fuimos y le planteamos toda la situación. La muerte del padre, la chorrera de hijos. “¿Podemos dejar tirada a esta familia?”, le dijimos. “Claro que no”, dijo el Juez. “Pero mejor pasan a la casa de al lado porque ésta está rajada.” Al día siguiente vino el comisario y dijo: “Les digo algo, si a ustedes los sacan de acá, Rodríguez Belletti y el comisario de Bella Unión se van a sacar la camisa y les van a construir otra casa”.

-*Qué maravilla Cholo ¿Y las puertas y ventanas?*

-El Juez ordenó a la Intendencia que pusieran las puertas y ventanas.

-¿No te acordás del nombre del Juez?

-Pasaron tantos años. Cuando en el 85 nos largan de la cárcel nos vamos con el Flaco Belletti a Bella Unión y ahí andábamos, recorriendo, cuando se nos acerca un negro grandote que nos abraza y nos besa. “Ustedes ya ni se acuerdan más de mí”, dice. Lo miramos, nos miramos. No, no nos acordábamos. “Yo soy uno de aquellos gurises que, con

mi madre, ocupamos la vivienda municipal, después de la muerte de mi padre. Aquí está mi madre viviendo todavía, en la casa. Vengan, vamos a saludar a la vieja" *-dice sonriente el Cholo, y un rato después: Ese es un recuerdo lindo.*

-No sólo por lo que hicieron ustedes. Ahí también merecen aplausos el Juez y el comisario.

-Más que nosotros. Lo que hicimos nosotros se esperaba.

Detrás de un sueño

-*Contame cómo entraste al MLN.*

-Mirá, cuando me di cuenta ya estaba adentro.

-*¿Cuando la quema del cañaveral, que terminó con el triunfo de los huelguistas, ya estabas adentro? ¿No hubo un momento en que dijiste "Bueno, ahora voy a entrar"?*

-No. Yo trabajaba en UTAA con Sendic. Sendic era el responsable del MLN en la Coordinadora.

-*En la Coordinadora estaban representados los distintos grupos políticos. ¿Cuáles eran esos grupos, el MAPU...?*

-El MIR, formado por la gente que se había ido del Partido Comunista, los prochinos. Y gente suelta, que venía de otros sectores, como el Ñato que venía del MRO, o el Pepe que tenía sus orígenes en el Partido Blanco.

-*¿Qué Pepe? ¿Pepe Mujica?*

-Sí.

-*¿Cómo veías vos a los prochinos?*

-Nunca los banqué a los prochinos ésos. Durante las marchas te tupían con Mao, Mao, Mao, Mao. Los troscos eran iguales. Impresionantes en las marchas. ¿Sabés qué les hacíamos? Les dábamos tarea para que no jodieran. "Salgan al pueblo a pedir para la olla", les decíamos.

-*¿Por qué molestaban?, ¿qué hacían?*

-A la hora de comer cuando los peludos llegábamos reventados de una marcha, venían los troscos y querían discutir el Frente Obrero. Ponete, en ese momento en que estás muerto de hambre y de calor, o de frío, a discutir aquello que escribía el tal Posadas. Queríamos comer, descansar un rato, si se podía, no discutir aquellas cosas que escribía el pesado ése. Era de no creer.

-*¿Y en eso de discutir todos ellos estaban de acuerdo?*

-Todos no. Había algunos que entendían que no era el momento *-dice el Cholo y queda en silencio-*. Algunos colaboraban bien. También había chinos macanudos. Chinos que trataban de adaptarse a esa vida

-dice, y vuelve a hacer silencio-. De cualquier modo los chinos nos tupían a propaganda, eso sí. Nos tupían.

Vos me preguntabas cómo entré al MLN. Yo después que conocí a Raúl y trabajé con él en El Espinillar me hice socialista.

-Como él.

-Sí, como él. Y empecé a militar dentro del Partido Socialista. Además de hacer sindicalismo. Hasta que un tiempo después se formó la Unión Popular, a partir del Partido Socialista. Mientras el Partido Comunista formó el Fidel con Luis Pedro Bonavita, que era blanco, y alguna otra gente.

-¿Y qué decía Raúl de todo esto?

-Raúl, tres meses antes de las elecciones desapareció. No quería que su trabajo fuera enfilado para el lado del Parlamento.

-Tenía poca confianza en las elecciones.

-Menos que poca, ninguna. Pero lo habían puesto en una lista de diputados. Y él no sé cómo había aceptado. O capaz que ni le preguntaron. Lo que sé es que aquello no era lo que él quería. Se hizo humo.

-¿Y vos?

-Yo cuando vi eso de la Unión Popular... Te quiero aclarar que en política yo era un poco bruto. Pero cuando vi que el Partido Socialista se juntaba con gente de otras ideas dije: "¿Pero cómo?, ¿no dicen que el Partido Socialista está para cambiar la sociedad, que quiere una sociedad más justa? ¿Qué hacemos ahora con esta gente que nunca pensó así? ¿Por qué nos juntamos con ellos? ¿Cómo vamos a votar con blancos que son pura tradición? Yo no voto". Y no voté nomás. Si el Partido Socialista se juntaba con los blancos es porque todos eran la misma manga de sinvergüenzas. No voté pero me quedé disgustado, hasta que charlando con Raúl me di cuenta de que las elecciones no servían para nada y había hecho bien no votando.

-Raúl en ese momento ya había salido de los carriles que marcaba el Partido Socialista.

-Él ya tenía otras ideas. De cualquier modo mirá lo que pasó en Bella Unión en ese año de elecciones. Uno lo mira e impresiona. Hubo 98 votos socialistas. Hasta ese momento en las elecciones anteriores la izquierda sólo había cosechado un voto.

-¡Sólo un voto! Sería un voto comunista.

-Sí, pero no sé si era uno o dos, porque creo que la mujer de aquel comunista votaba igual que él.

-Claro que sabés el nombre de ese héroe.

-Sí, Casimiro Soto, que en la dictadura -con ochenta años- estuvo preso. Después lo largaron y un tiempo más tarde falleció. Es en ese año de cambio de gobierno -66- cuando se deschava la Organización después del tiroteo grande en que yendo a un asalto, en Montevideo, se topan con los milicos. Es ahí que mataron a aquel muchacho de La Teja en diciembre del 66 y se supo que existían los tupamaros.

-Carlos Flores, primer tupamaro muerto en acción.

-Eso es, Carlos Flores. A su vez casi al mismo tiempo, allanaron una chacra donde la policía mató al tartamudo Robaina y los tupas al comisario Regalado.

-Creo que es en ese momento, que sale a luz, que detrás de esas acciones hay una organización política.

-Sí, es así. Primero salían pintadas de apoyo a UTAA, de apoyo a las marchas, con la firma "Tupamaros" abajo. Estas acciones de que te hablo vienen después de que cayeran varios en cana, el Pepe Mujica, por ejemplo.

-Caían como delincuentes comunes.

-Sí. Hasta que en un momento caen Manera Lluveras, Julio Marenales y el barbudo Jiménez.

-A quien mataron en Chile. Se decía que Violeta Parra se había enamorado de él.

-Sé que lo mataron, lo otro no me llegó, pero claro, puede ser.

-Resultaba extraño que gente de clase media, sin antecedentes, asaltara un banco.

-El que le echó el ojo a todo este asunto de que gente sin antecedentes, y muchas veces universitarios, cayeran presos por rapiña, fue el comisario Otero. Él dijo: "Detrás de todo esto -pintadas, asaltos- hay una organización política. Tipos de izquierda asaltando bancos nunca vi". Pero nadie le hacía caso. No le daban pelota. Pero él igual seguía. Dijo, además, que para infiltrar a la Organización no había que hacerlo a partir del aparato político, sino a partir de UTAA. Por eso nosotros, allá, siempre estábamos con los ganchos abiertos, porque dos por tres llegaba cualquier uno pidiendo contacto con la Organización.

-Cholo, por primera vez te salió el fronterizo: "qualquer um".

-Y sí, no sale más porque me cuido, pero ahí está. Siempre con ganas de salir.

-¿Funcionaban ya como tupas, con reuniones y acciones clandestinas?

-Sí, había un grupito de tres, cuatro, que funcionábamos clandestinamente. Trabajábamos dentro de UTAA, en la Comisión Directiva, de manera pública, y fuera, clandestinamente. No toda la dirección de UTAA era tupa. En la dirección podía haber dos, tres tupas. No más. Y cuando, en el 66, hubo que pasar todo a la clande, sólo quedamos con una camionetita Kombi y un cantón. Ahí se perdió todo. Entonces se pidió apoyo al Partido Socialista.

-¿Quiénes llevaron a cabo esa gestión? Está claro que el Partido Socialista dijo "no".

-¿A vos te parece que está claro?

-Claro como el agua.

-¿Por qué te parece?

-Vos estás enojado por la respuesta del Partido Socialista. Lo que yo opine no interesa.

-Sí, a mí me interesa.

-Es tan simple. ¿Cómo podían proteger a quienes promovían una forma de lucha que nada tenía que ver con la que ellos proponían? No podían decir sí.

-Eso no fue lo peor.

-¿Qué fue lo peor?

-Si hubieran dicho "No", y nada más, yo no estaría enojado, pero dijeron que darían apoyo a los socialistas pero no a quienes no lo eran. Allí se plantea la renuncia al Partido Socialista.

-¿Quiénes la plantean?

-Raúl Sendic, Julio Marenales, Manera Lluveras. Cuando nosotros, los más jóvenes que andábamos en la vuelta, nos enteramos de todo este lío que se había armado... un lío donde peleaban como fieras salvajes el Partido, la Juventud y el Congreso, se nos cayó el techo encima.

-¿Sobre qué era la pelea, concretamente?

-Sobre muchas cosas pero, en definitiva, por el poder. Quedamos muy desorientados. Muy. Un día fuimos y le planteamos nuestra desorientación a Raúl.

-Raúl, clandestino.

-Sí, sí, clande hacía ya tres años. Creo que fue en Montevideo que nos vimos. Le preguntamos qué orientación nos daba él sobre toda la problemática que estaba viviendo el Partido Socialista. Para qué lado le parecía que teníamos que agarrar nosotros. Raúl nos miró y dijo: "Ustedes no se metan en esto. Esto es muy complicado para ustedes. Sigán trabajando tranquilos en UTAA. No se metan". De esa vez entendimos y a partir de allí no nos preocupamos de nada que no fueran los problemas sindicales. Dejamos de lado el resto, las elecciones y otras cosas que no eran lo gremial.

-Yo quiero saber cómo entraste al MLN. Tú decís que no hubo una fecha, que cuando quisiste acordar estabas adentro. Yo te creo, debe haber sido a partir de pequeños pasos, pequeños actos y aceptaciones hasta que de pronto te sentiste adentro. De cualquier modo hay algún paso que es más importante que los otros. Pensá. ¿Estabas transitando por el borde y de pronto caíste adentro? Pensá.

-No necesito pensar. Es así como vos decís. Hay un paso que es diferente, que te lleva al interior. Te digo cuál fue.

-Finalmente.

-Ah, cómo sos de exigente. Yo querría preguntarte a vos a ver si te acordás tanto de todos los episodios de tu vida.

-Cuando quieras, aquí estoy, disponible. Pero yo canté primero, así que debés esperar a que esta historia del Cholo llegue a su fin. Dale.

-Yo, en lo sindical, era el dirigente más perseguido.

-¿Qué hacías para ser el más perseguido?

-Vamos a suponer que estamos en los tiempos de las medidas de seguridad.⁷ En ese momento se organizaban pintadas a cada rato. Los compañeros decían. "Vos no vas a pintar. Te calan enseguida. Dejá que vamos nosotros." Yo organizaba las pintadas clandestinas, pero no salía, me quedaba en casa. Al otro día un milico caía por mi casa y me decía: "El comisario quiere hablar contigo". Yo iba. El comisario decía: "Nosotros sabemos que usted estuvo todo el día trabajando, cortando caña, acarreando caña. Sabemos que usted no pintó, pero sabe quién pinto. Las pintadas clandestinas salieron del sindicato". Y así me tenían. A veces con preguntas y a veces moléndome a palos. Hasta que llegó un día que no aguanté más. Mandé a mi mujer y a un compañero a hablar con Sendic.

-¿Qué mujer tenías ahí?

-La Chela. Ella y el compañero vinieron a Montevideo y se encontraron con Raúl para decirle que yo no quería estar más en UTAA, que me quería integrar al aparato.

-Tú ya sabías sobre la existencia de las actividades clandestinas y etcétera.

-Sí, sabía todo. Sabía perfectamente que había un aparato armado. Esto que te cuento fue después de Pando,⁸ así que...

-Sí, claro.

-Raúl hasta este momento siempre había contestado que no. Que yo y otros jóvenes que trabajábamos en UTAA éramos más valiosos allá. Pero esta vez yo estaba firme. Le mandé decir que me iba del pueblo, de Bella Unión, que dejaba UTAA. Ante esta disposición mía tan firme, Raúl aceptó. Me vine, entonces para acá donde integré la Columna del interior en Montevideo.

-¿Fue ahí que te separaste de Chela?

-No, no, todavía no. Cuando caímos, en el 70, estábamos juntos. Nos separamos después. En un momento caemos los dos. Ella va a una cárcel y yo a otra. En 1971 ella se escapó.

-¿Era una de las diecisiete mujeres que escaparon a partir del plan urdido por Amodio Pérez?

-Sí, Chela era una de las diecisiete, y fue después de eso, al irse para el interior que se enganchó con el otro.

-¿Cómo te bancaste esto? ¿Sufriste? Contá.

-La Chela me mandó una carta donde decía que tenía otro compañero. Sufrió sí. Los compañeros me consolaban. Yo quedé dolorido. Habíamos empezado la lucha juntos. Ella al principio medio reticente, pero al final se entusiasmó. Estábamos juntos desde el comienzo. Sufrí, pero bueno... al final acepté. Esos casos se daban.

-Tú estabas preso.

-No, yo también había escapado.

-¿El 6 de setiembre de 1971?

-Sí, yo me había escapado con El Abuso⁹ y estaba viviendo en la que después fue la Cárcel del Pueblo. Ahí estaba yo, en esa casa, cuando recibí la carta.

-*En esa casa... ¿Sabés dónde estaba esa casa?*

-No, no sé ni supe en aquel momento. La compartimentación era muy estricta. Cuando llegué a esa casa, que después fue la Cárcel del Pueblo, donde estuvo Pereyra Reverbel, lo que había era un pozo grande y una tapa.

-*¿Afuera, en un jardín, o adentro?*

-Adentro de la casa. ¿No fuiste vos la periodista que entrevistó allí a Dias Gomide? Alguien me chismeó tiempo después.

-*Cuando me entrevistés te cuento.*

-Mmm... yo, después de aquel abandono, quedé apagado.

-*Y buscaste consuelo.*

-No, no, estaba demasiado ocupado con los trabajos de la Organización como para andar buscando mujer. El plan Tatú y otras cosas de la militancia me traían loco. No daba para andar pensando en amores. Además cuando uno anda dolorido no está con ganas de más amores. Uno siente que algo así no consuela. Uno no quiere.

-*Contá un poco del plan Tatú.*

-Yo ya te conté pero te olvidaste. Había que hacer un relevamiento de toda la campaña respecto a los objetivos militares y propagandísticos. Y alrededor de esos objetivos ir armando una infraestructura que permitiera llevar adelante una ofensiva en distintos lugares del interior. Lo importante era enloquecer a las tropas. Había que golpear y rajar, golpear y rajar.

-*¿Recordás de dónde salió la idea?*

-Sí, pienso que esto se había hecho en Chipre, en lo que se llamó "la guerra de la pulga". Esta táctica la practicó algún grupo que luego se hizo famoso. Se trataba de picar y saltar, picar y saltar. En nuestro caso lo que se buscaba era extenderse al interior, tratar de que la lucha no se concentrara toda en las capitales. Lo que faltó fue gente práctica. Práctica en el campo, en el monte y en todo. No se puede llevar gente de Montevideo y plantarla en medio del campo. Son vidas muy distintas. En el solo hecho de andar de noche, caminando, ya podés ver la diferencia. ¿Cómo puede caminar a oscuras en el monte un hombre que sólo ha caminado en el hormigón iluminado? Y te digo esto que es lo más simple, lo que aparece con menos complicaciones. Pero incluso la complexión física de unos y otros son diferentes. El hombre que se ha hecho en el campo, es más rústico, menos sensible a cosas que al hombre de ciudad lo lastiman. Nosotros conseguimos que se nos arrimara gente del interior, pero era conseguirla y traerla para Montevideo.

-*¿Y eso por qué?*

-Primero porque esa gente que vive en los pueblos chicos se delata enseguida. Eso determinó que cuando encontrábamos algún compañe-

ro terminábamos arriándolo a la capital donde pasaba a integrar la Columna del interior.

-¿Dónde actuaba esa Columna?

-Esta Columna se movía en la periferia de Montevideo, en las chacras. El plan, en definitiva, fracasó, se cometieron errores, pero como plan no era malo. Claro que ninguno de estos planes tiene futuro si se lleva a cabo en un país que además es tan chico como éste. Son planes que podrían tener éxito de ser seguidos por la totalidad de la América Latina. Una Cuba sola, otra vez, no se va a dar. Por otra parte sabemos cuánto sufrió Cuba por estar sola. Fue algo que le costó y le sigue costando muy caro.

-*Querría volver un poco hacia atrás. Tú dijiste que llegó un momento en que la policía no te dejaba vivir. ¿Querés decir que te torturaban?*

-No, no, tortura no era, era a lo bestia. Piñazos, patadas, fustazos. Te pegaban como quien le pega a un perro que le mordió al hijo -*dice el Cholo y ríe un buen rato*-. Acá no había ningún...

-*Refinamiento.*

-Sí, eso mismo. Era a lo bestia.

-*Entonces entraste al aparato.*

-Sí, entré a la Columna del interior que actuaba en las chacras, de los alrededores de Montevideo, Canelones. Al principio legal, pero poco después, clande, cuando lo mataron a Pucurull.

-¿Cómo fue eso?

-Pucurull fue a un contacto y no encontró a los compañeros. Él, como era comando de Columna, conocía el cantón de los compañeros que habían faltado al contacto. Queriendo saber qué había pasado se fue al cantón donde vivían los compañeros, sin saber que esa mañana el cantón había caído y se habían llevado a Bandera, a Jessie Macchi y a otro compañero más.

-*Estuvo poco racional si fue directamente para allí. Si el compañero había fallado una de las posibilidades era que el cantón hubiera caído.*

-Sí, eso después lo aprendimos. Pero costó mucha sangre aprenderlo. Bobadas que tienen los militantes a veces, convencidos de que no caerán. Pero, al final, la realidad enseña. Pasó varias veces. "Falló el contacto. Voy al cantón a ver qué pasó." Parece mentira pero muchos cayeron por este razonamiento errado. En la cárcel encontré varios compañeros que habían caído así.

-¿El cantón estaba en una chacra?

-Sí, por los alrededores del Camino Maldonado. Él se fue para allí a ver qué había pasado. Pero la policía tenía armada ahí una ratonera y lo mataron. Ya cuando se empezó a acercarlo detectaron. Además parece que los milicos sabían de su existencia. Él estaba clande y lo tenían ubicado.

-*Creo que era un muchacho muy joven.*

-Muy joven, estudiante y gran tipo.

-¿Cómo se supo que lo tenían ubicado?

-Porque los que habían caído oyeron que los milicos que estaban realizando el operativo lo nombraban.

-Tú relacionaste tu entrada en la clandestinidad con la caída de Pucurull, ¿por qué?

-Porque todo se fue encadenando. Pucurull cae porque los milicos toman el cantón a donde él llega en busca de los compañeros que habían faltado al contacto. Los milicos ya sabían de la existencia de Pucurull, y allí se enteraron de mi existencia.

-¿Cómo se enteran?

-En la chacra había dos hijos de Bandera, dos gurises chicos. Los milicos les preguntaron y ellos hablaron. Me nombraron a mí. Nombro, yo tenía que abandonar la legalidad. Pero además había otra razón.

-¿Tú estabas en otra chacra?

-Estaba a unos quillómetros más arriba en una chacra que había alquilado Juancito Bentín. Y él, que estaba por Manga, había caído. De esto yo me entero por radio. Tenía que agarrar mis cosas y hacerme humo.

-¿Cómo dijeron en la radio?

-Que había caído una guarida..., guarida, o algo así, tupamara y que el inquilino se llamaba Juan Moreira.

-¿Juan Moreira?

-Sí, porque Juancito había alquilado con documentos falsos. En esos documentos él era Juan Moreira. Con ese mismo documento él había alquilado la chacra donde yo vivía. Conectar ambas cosas podía ser fácil.

-Es decir que tenías dos razones para entrar en la clandestinidad. Lo dicho por los niños de Bandera Lima y el hecho de que tu granja había sido alquilada por una persona que acababa de caer como tupamara.

-Claro. Ese día yo tenía un contacto con Sendic, en 8 de Octubre. Me encuentro con él y le recuerdo que él me había ordenado que abandonara mi cantón y me pasara al de Bandera y que yo le había desobedecido porque pensé que dejar vacío el cantón donde estaba podía despertar sospechas. "Si te hubiera dado pelota a vos, ahora estaría preso", le dije. "Sí -dijo Raúl, riendo- yo no soy brujo y alguna vez me equivoco. Pero ahora quiero que me obedezcas. Ese cantón donde estás tenés que evacuarlo, no sea que te pase lo que a Pucurull."

-Obedeciste a Sendic.

-Sí. Fui y agarré las cosas que tenía que sacar y me las tomé.

-¿Qué te llevaste?

-El perro, un rifle, un par de granadas y me vine por el Camino Maldonado y después 8 de Octubre.

-Caminando.

-No, en bicicleta con el perro al costado mordiéndome los talones.

-¿Y el rifle?

-Al rifle lo metí en una bolsa y lo até en la bicicleta. A lo largo de la bicicleta. Las granadas me las metí en el bolsillo.

-¿Nervioso?

-No, no, manso por la calle. Ahí, enseguida de la Curva de Maroñas, vivía un compañero legal. En su casa me quedé hasta que conseguimos una chacra allá por el balneario La Colorada. Allí estábamos cuando, justo, se nos vino una razía del ejército.

-¿En qué acciones vos habías intervenido?

-En varias cosas. En la Marina...

-¿Tú estuviste en el copamiento del cuartel de la Marina en 1970?

-Sí, yo con otros peludos fuimos al mando de Raúl.

-Yo no recuerdo que en la acción de la Marina se mencionara a Sendic. Seguramente me equivoqué.

-Raúl estaba sí. El que más aparecía era Bidegain, pero Raúl estaba. De aquellos cuatro peludos que fuimos bajo las órdenes de Raúl hoy sólo quedamos Bandera Lima y yo.

-Tú sabés que la primera vez que me hablaste de Bandera Lima te confundiste y me dijiste Antonio Bandera, como el actor.

-¡Se llama Antonio Bandera! Bueno, sólo él y yo estamos todavía en este mundo. Juancito Bentín está desaparecido, Ataliva Castillo desaparecido y el Pirilo Díaz, un botija de Bella Unión, muerto. Cuando salió después de dos o tres años en cana, volvió a Bella Unión y se mató.

-¿Era muy joven?

-Sí, había caído muy jovencito, con dieciocho años y no quedó bien de la cabeza. Salió mal. La cárcel lo había destrozado. Era estudiante allá en Bella Unión. Cuando llegó se ahorcó.

-¿Cuál era el objetivo de tomar el cuartel de la Marina?

-Los objetivos eran dos: uno, mostrar las posibilidades de acción que tenía el movimiento, el otro, el más importante, recaudar armas. Las armas fueron muchas y se escondieron en varios lugares. No me extrañaría que cualquier día aparezca por ahí algún pequeño arsenal, con las armas ya ferruginosas.

-¿Qué poco me contás del cuartel de la Marina, Cholo.

-La verdad es que no tengo mucho más que contar. Después de este copamiento cayeron varios cantones. Ya te conté como a partir de la caída de uno de éstos mataron a Pucurull. También intervine en algunos desarmes y en el secuestro de Pereyra Maneli.

-¿El Juez?

-Sí, lo sacamos de la cama donde dormía con la mujer, lo llevamos y lo tuvimos unos cinco o seis días.

-¿Cuál era el objetivo de este secuestro?

-El secuestro de Pereyra Maneli se hizo para asustarlo un poco. Porque este Juez tenía una manía, a cualquiera que caía le ponía "atentado a la Constitución".

-*El secuestro a Pereyra Maneli se produce iniciando una serie de secuestros entre los cuales están los de Dan Mitrione y Dias Gomide.*

-Sí, así es. Esta seguidilla movilizó a los milicos que empezaron sus famosos rastrillos, agarraban un barrio, lo cercaban y ahí le daban sin asco.

-*Pasaban el peine fino en ese agosto de 1970.*

-Ahí va. A nosotros nos agarró en la chacra de la Colorada.

-*La que alquilaste cuando tuviste que dejar la que ocupabas como consecuencia de la caída de Bentín.*

-En esta nueva chacra estaba con la Chela. Decíamos que teníamos pollitos bebé y teníamos. También teníamos estufas para la producción. El día de la razia no encontraron gente. Sólo estábamos Chela y yo. Los muchachos legales, todos estudiantes, que iban a la chacra y hacían un berretín, bajo tierra, no estaban en ese momento porque al enterarnos de la razia los habíamos hecho salir. Cuando llegan los tipos de la policía y el ejército mostramos los documentos. "Son falsos", dijeron. "No, qué van a ser." "Bueno, vamos a averiguar" dijeron los milicos y se fueron. Salimos entonces con Chela. Yo para el boliche a hacer las compras y Chela con un balde para traer agua de la canilla que estaba a 30 metros del boliche.

-*¿Qué decía la gente, en el boliche, de lo que estaba pasando. De todos esos uniformados dando vueltas y revisando casas?*

-No se hablaba de otra cosa que de nosotros. "Por aquí yo no he visto tupamaros", dijo uno. "¿Y cómo sabés vos que cualquiera de los que te cruzás por el camino no es?" "Ah, decía el otro, porque no tiene cara de tupamaro." "Vaya uno a saber qué cara tienen. Pa' mí que tienen cara como cualquiera." "¿Cómo sabés vos que yo no soy tupamaro", decía el otro. "Qué vas a ser vos tupamaro que cuando hay que matar una gallina vas a pedirle a tu suegra que te la mate", dijo el otro. -*El Cholo reía a carcajadas recordando esos diálogos-*. Era una conversación de locos. Me hubiera gustado que Raúl la oyera porque se habría reído. El era de reír mucho.

-*También habría preguntado si alguno hablaba a favor.*

-También. Y la verdad es que había. Uno dijo: "Si a mí viene un tupamaro y me pide que lo esconda capaz que lo escondo". Y ahí terció el bolichero: "Quiere decir que te gustan". Y el otro: "No es tanto que me gustan sino el asco que les tengo a los milicos". Bueno, ahí estaba yo oyendo aquellos comentarios cuando vi pasar el camión lleno de soldados que pegaban la vuelta ya para irse. Terminé de comprar, pagué y pasé a recoger a la Chela en la canilla y a decirle que teníamos que guardar esas cosas en las casas e irnos para lo de una compañera que vivía en Pajas Blancas.

-*¿Por qué querías irte?*

-Después de aquellas preguntas sobre los documentos no había quedado tranquilo. Estaba ahí explicándole a la Chela todo esto cuan-

do veo que se acerca un jeep a la velocidad del viento. Quedé paralizado. Del jeep, desembarcaron, sin esperar a que parara, cuatro o cinco milicos que me rodearon y esposaron. "Vos nos mentiste, vos sos tupamaro. Sos el Cholo de Bella Unión", dijo uno que era evidente que me conocía. Pero además, los que habían estado con nosotros interrogándonos en la chacra habían subido a un ómnibus que venía de Montevideo en el que estaba el que figuraba como mi patrón.

-¿Figuraba como el patrón de la chacra?

-Nosotros habíamos dicho que el patrón vivía en Rocha y venía cada diez o quince días en su camioneta a controlar la producción. Cuando lo agarran en el ómnibus y lo ubican como dueño de la chacra y ven que no sólo no venía en camioneta sino que no tenía aspecto de propietario de chacra, se dan cuenta de que realmente los documentos que habíamos mostrado eran falsos, tal como ellos creían. Ahí lo prenden y vuelven hacia nosotros.

-¿De dónde eran los policías que te agarraron?

-Eran de la comisaría del Cerro así que me llevaron a la comisaría del Cerro que, justo ese día, estaba llena de gurises.

-¿Por qué llena de gurises?

-Gurises liceales que estaban de huelga y andaban por la calle manifestando y los milicos los habían arriado para la comisaría. Ahí, adentro, al encontrarse con nosotros nos preguntaban qué habíamos hecho a los cual decíamos que nada. "¿Entonces por qué estás aquí?", decían. "Porque somos tupamaros", les dije.

-¿Decías que eras tupamaro?

-A los gurises sí. Después cuando el Juez me interrogó negué y negué y negué. Al Juez sólo le dije: "A mí me contrataron como peón". Y de ahí no me salí. Las declaraciones estaban bien arregladas y no hubo contradicciones, la chacra la habían revisado y no habían encontrado nada. Pero ocurrió que un vecino les dio unos datos que les permitió encontrar el espacio que habíamos armado bajo tierra.

-¿Qué datos eran?

-La policía le preguntó al vecino qué reformas se habían hecho en esa casa y el vecino respondió que se había hecho una mesada. Revisaron minuciosamente la mesada y descubrieron la tapa debajo de la cual estaba la escalera por la que se bajaba a la pieza que hacíamos bajo tierra, que no estaba terminada. A esa pieza subterránea habíamos pensado llevar a Días Gomide, pero no alcanzamos a llevar a nadie. Allí se descubrió esa construcción a medio hacer y también una cantidad de armas muy grande. Hacía poquitos días que con Raúl se había decidido sacar esas armas y llevarlas hacia otro lado. En ese proyecto estábamos cuando se descubrió todo.

-¿Esa vez te torturaron?

-No, para nada. Era el comienzo, no siempre torturaban. Después de ser interrogado por el Juez me llevaron al cuarto piso de Jefatura

donde encontré a Raúl que había caído el 7 de agosto, un día antes. Ahí pasó un episodio raro. A una compañera le dio un ataque de histeria. Lloraba, gritaba, golpeaba, corría. Los milicos entonces lo sacaron a Sendic y le pidieron que recorriera las celdas y tranquilizara a la gente.

-Lo hizo.

-Sí, sí, lo hizo. Su sola presencia ya tranquilizaba. Pero además estaban sus palabras. Él siempre sabía qué tenía que decir. Esa fue la vez que lo vi allí adentro. Después de esa vez ya lo vi en Punta Carretas donde, en seguida nos encontramos con la mentalidad de él.

-¿En qué sentido?

-En cuantito nos juntamos dijo: "Aquí vamos a descansar un poco, y después nos vamos -dice el Cholo, abandonando su tono, serio y bajo, para reírse a carcajadas.

-¿Cuánto tiempo estuviste en la cárcel de Punta Carretas?

-Era para salir antes, pero estuve un año porque aunque la fiscal pidió mi libertad, el Juez me la negó. La fiscal pienso que me conocía. Era de Salto.

-No sé si la estás elogiando o criticando.

-Agradeciendo.

-Te conocía y te tendría simpatía.

-Sí, es para pensar ¿no? En ese momento en que me negaron la libertad pasé a integrar la lista de los que se iban a escapar en la fuga que se estaba planificando. Como yo salía en poco tiempo no estaba entre los que se iban. Al negarme la libertad, pasé a integrarla.

-Contame un poco la vida en la cárcel.

-Lo primero que hizo Raúl, apenas llegados, fue reunir a los peludos, preguntar quién sabía leer y quién no sabía y decir que los que no sabían tenían que aprovechar el tiempo que estuvieran ahí para aprender. Los compañeros que sabían tenían que enseñarle a los que no sabían. Muchos eran estudiantes. A ellos sobre todo, se les encargó esa tarea de enseñarnos. Como estábamos tres por celda se trataba de mezclar los que sabían con los que no sabían. Yo, por ejemplo, no sabía leer en voz alta. Así que me pusieron como tarea leer, todos los días, una página en voz alta. ¡Ay mamita! Qué nervios me daba aquello. No quería, sudaba. Sudaba y temblaba. Hasta que aprendí. Pero, a lo que aprendí a leer en voz alta vino la segunda parte. Después que leía tenía que contar lo que había leído. Y así...

-Aprendiste.

-No soy un gran lector pero me defiende. El aprendizaje lo completé más tarde con Carlos Liscano.

-Captaste bien la diferencia entre saber leer y no saber leer.

-Pah... nada que ver. No saber es como si uno estuviera ciego. Leer y escribir te ayuda también a hablar. ¿Cuántas palabras maneja el que no sabe leer y cuántas el que sabe? Ahora yo siento que me manejo con mucha más... hay una palabra.

-*Fluidez.*

-Eso mismo, fluidez. Yo, cuando empecé a militar hablé siempre en los actos. Hablaba con mis palabras. Jamás escribía nada. Hablaba con lo que en ese momento me salía.

-*Dicen que hablabas bien.*

-Me defendía.

-*¿Y ahora?*

-No es que escriba todo lo que voy a decir, pero voy punteando. Primero hablo de esto, después paso a esto otro y al final esto otro. Anoto los temas. Cuando uno sabe leer y escribir lo que dice hace otra figura. Leer y escribir cambia la vida de la gente. Esto fue impresionante en la cárcel. Para mí y para muchos compañeros.

-*Tú estuviste en los trabajos del túnel.*

-Sí, claro. Sí.

-*Eso quiero que nos cuentes.*

-El túnel que hicimos para escapar salía de una de las celdas y desembocaba en una casa que quedaba en frente al penal.

-*Frente al costado este. Esa calle es Solano García.*

-No sé, será... El túnel terminaba en esa casa que estaba del otro lado de la calle y sería tomada unas horas antes. Es decir que nosotros llegaríamos, necesariamente, una o dos horas después de que la casa hubiera sido tomada. De esa casa, que según vos, estaba en Solano García pasábamos a la que estaba sobre la calle paralela, que a la misma hora también habría sido tomada.

-*Eran casas cuyos fondos se tocaban.*

-Eso es. Pero ¿qué pasó? Que entre una y otra casa había un muro muy alto. Y bueno, hubo que cortarlo.

-*¿Y la gente de esas casas que vieron salir del suelo uno y otro y otro... decenas de personas? Más de cien.*

-Ciento once.

-*¿Estaba aterrada? ¿No te acordás?*

-No, no me acuerdo bien, uno estaba con toda la atención puesta en lo que hacía, no sé, pero me parece que no estaban aterrados. Hecho el agujero en el muro, pasamos corriendo a la otra casa, donde nos daban la ropa para cambiarnos.

-*¿Documentos?*

-No, documentos no. Un fierro y un sobre con plata. Yo agarré el fierro, agarré las balas y tiré el sobre. Con los años me enteré de que aquel sobre que había tirado tenía plata.

-*Ni sabés cuánto tenía.*

-Qué voy a saber.

-*Era plata para moverte en la ciudad.*

-Sí, claro. Salimos a la calle y ahí estaba un compañero, que después mataron junto con varios otros en el 72, no sé el nombre verdadero, en la Orga se llamaba Joaquín.¹⁰ Él nos dijo: "Hablen bajito, muy

bajito, cualquier ruido puede delatarnos". Y después: "A esta hora yo creo que se perdieron ya todos los contactos. Vamos a ver cómo lo resolvemos".

-Habían perdido tiempo con el muro. Locomoción tenían.

-Sí, dos camiones y una camioneta. En la camioneta salieron primero las vacas sagradas. En los camiones, salíamos nosotros. Cincuenta en cada uno. Y cuando estábamos saliendo, en absoluto silencio, para subir al camión, un compañero que empieza a los gritos. Era como si le hubiera dado un ataque de locura. "Estamos libres, decía, salimos. Suban, estamos en libertad." Quedamos paralizados. No sé cómo lo hicieron callar.

-Qué le habrá pasado.

-No sé, se le pelaron los cables. Después le cortó el encerado al camión para mirar para afuera. Hay gente que se vuelve loca en el encierro. El compañero que conducía el camión empezó a recorrer los lugares donde se habían previsto los contactos y confirmó que no quedaba ninguno. Otra cosa era imposible. Era lo natural, la hora tope había pasado. ¿Qué hacer con ese camión cargado de gente? El compañero que conducía debía decidir. Como en El Pinar tenía un rancho él y otro su hermano, hacia allí se dirigió. Nos metió a 25 en cada rancho y volvió a Montevideo para resolver la vuelta. Temprano, de mañana, empezaron a desfilan los vehículos de la Orga. Las Indios y los VW que nos llevarían de dos, tres o cuatro hacia Montevideo. Yo que venía en una camioneta con el Pocho Arbelo y otro compañero, sentado adelante, vi cómo los milicos revisaban minuciosamente a todos los que salían y ni miraban a los que entraban.

-¿Por qué a los que entraban no?

-Pero pensá un poco. Para ellos todos queríamos rajarnos, salir fuera. ¿Cómo podían imaginar que habíamos salido y estábamos volviendo? Eso era imposible.

-Claro. Entraste, entonces a Montevideo. ¿A dónde te llevaron?

-Fui a dar a la que sería más tarde la Cárcel del Pueblo. Yo estaba muy asustado con todo aquello pero igual, fue llegar y caer como un plomo. Al otro día nomás me puse a trabajar con dos compañeros para dejar pronto ese lugar, donde pocos días más tarde, sería encerrado Pereyra Reverbel. Entre otros y yo la construimos, bien construida, con tejido, con varilla y todo eso. Allí estuvo Pereyra Reverbel dos veces. Entre uno y otro secuestro estuvo Días Gomide. Cuando había terminado este trabajo viene la orden de ir para el interior. Una compañera me lleva a una chacra, de un compañero de Tacuarembó, que tenía esa chacra y vivía en la ciudad.

-¿Mientras tanto qué había pasado con tu mujer, con la Chela?

-Allí ya me había separado de la Chela. Ella me había mandado una carta hablándome de su decisión de separarse, cuando yo estaba en la Cárcel del Pueblo. En la chacra me encuentro con unos peludos, ami-

gos míos, que eran legales. Estaba el Mijo Moreira, y el Tatú, hoy desaparecido.

-¿Otro desaparecido?

-Sí, el mayor de los hermanos Barreto, Severo Barreto.

-¿Cómo había desaparecido?

-Los Barreto eran tres. Los tres desaparecidos en Argentina.

-Dios mío.

-Ellos y sus respectivas compañeras. Se habían ido para allá cuando todo se vino abajo. Eran gurises de las marchas, que se habían criado en las marchas. Cuando lo encontré a Severo en la chacra todavía era menor. Tendría dieciséis o diecisiete años. El otro que estaba en la chacra era el Zabalita que figuraba como peón y era el único que aparecía allí. Según las apariencias él vivía solo.

-¿Cómo empezaron a actuar?

-Nuestro primer objetivo fue liberar a Más Más que había caído en Tacuarembó y estaba preso allí, en la comisaría.

-Contame cómo programaron esa liberación.

-En una misma manzana estaban la jefatura, una comisaría, una escuela, algunos comercios y la casa particular de un estanciero que colaboraba con el MLN. La puerta de la comisaría estaba acá y pegada, al lado, la puerta de la casa del estanciero. Nos metimos para adentro hasta el fondo donde daba, justo, la celda de Más Más. Por un golpe le comunicamos que empezábamos a trabajar.

-¿Él sabía que ustedes se proponían liberarlo?

-Sí, claro, él sabía. Teníamos un taladro con el que empezamos a trabajar. Ibamos sacando ladrillos, esos ladrillos viejos, mucho más grandes que los actuales. Y la pared... ¿sabés que ancho tenía la pared? Más de un metro veinte. Era como hacer un túnel.

-¿Lo sacaron?

-No pudimos sacarlo. Él nos avisó, con un golpe, que teníamos que parar. Cuando él golpeó para que paráramos sólo faltaba el revoque. No pudimos sacarlo ni dejarlo para sacarlo más tarde o al otro día, porque venía una empleada del estanciero. Él nos dijo que nos apoyaba en pila de cosas, pero que no podíamos cambiar la rutina de la casa, porque ese iba a ser el comienzo de que saltara todo. "Ahí no puedo llegar. No puedo, no puedo, no puedo", dijo. Entonces le pedimos que nos sacara. Porque salir así, a cara descubierta, no podíamos. El hombre, entonces, nos sacó en el auto de él. Al salir pasamos juntito al milico que estaba en la puerta con el que se saludaron. Y todo bien, nos llevó y nos dejó en el monte. Los otros se internaron y yo me volví a la casa de un compañero en la ciudad. En la casa de ese compañero, que estaba en las orillas de la ciudad, estuve un tiempo, hasta que vino la orden de juntarnos con el grupo de Rivera, abandonar la ciudad y vivir en los montes donde teníamos que tomar los datos de un cuartelillo, en la Bajada de Pena, para una acción futura.

-¿Cómo se movían ustedes en ese momento?

-En zonas peligrosas cerca de la ciudad nos movíamos de noche. En el monte de noche y de día. Ya sea haciendo relevamiento del terreno o construyendo tatuceras. Por ese tiempo vino la orden de que todos los clande teníamos que meternos en el monte. En las chacras y en la ciudad sólo quedaban los legales.

-¿Qué objetivo tenía esta disposición?

-Echar a andar el famoso "plan Tatú". Esconderse en las tatuceras y llevar a cabo las acciones programadas.

-¿Cuántas tatuceras tenían hechas?

-Unas seis teníamos. Las hacíamos, las tapábamos y las dejábamos. Algunas las dejábamos con comestibles.

-Llevarían un mapa con la ubicación.

-No, nada de mapa. El mapa en la cabeza nomás. Porque no todos conocían...

-La zona.

-La zona la podíamos conocer, lo que no conocíamos, ni teníamos que conocer, era la ubicación de las tatuceras.

-Por una cuestión de compartimentación.

-Claro. Si éramos diez y tres habían hecho una tatucera, sólo esos tres podían saber dónde estaba.

-Me pregunto cómo podían, estando en los montes, relevar los objetivos localizados en las ciudades. Porque me imagino que sería en las ciudades que estaban los principales objetivos.

-Ahí es que actuaban los compañeros legales que vivían en la ciudad, con quienes teníamos contacto. Por ejemplo cuando nos propusimos sacar a Más Más de la cárcel, toda la información la obtuvimos de compañeros legales. Y bueno, ahí estamos un tiempo tratando de poner en marcha el plan Tatú hasta que se suceden una serie de golpes. Primero la muerte de un compañero de Rivera.

-Lo mata la policía.

-Sí, teníamos que hacer un contacto en la ruta. Esa tarde gente legal había caído en Rivera y había cantado el contacto. Nosotros vamos esa noche al encuentro...

-¿Tú y quién más?

-Tres compañeros y yo. Eramos cuatro, uno de Rivera. En ese momento estábamos actuando juntos los de Tacuarembó y los de Rivera.

-Entonces esa noche van al encuentro.

-Sin saber que en Rivera había caído gente vamos esa noche al encuentro y oímos que el compañero responde a nuestro chiflido.

-Decís oímos, no lo viste.

-No, en esa noche de total oscuridad imposible ver ni la palma de la mano. Nosotros que habíamos llegado antes, de acuerdo a lo convenido, habíamos puesto una rama atravesada en el camino para marcar el lugar del encuentro. Cuando llegó la hora nos acercamos chiflando, él

contestó, dos compañeros avanzaron. Sonaron tiros. Uno cayó muerto y el otro fue prendido. Yo no estaba cerca, estaba más atrás, pero entendí lo que pasaba. Habían matado a Diógenes, un compañero de Rivera. En realidad no lo habían matado, lo habían herido y se quejaba. Murió después.

-*Los que habían avanzado eran dos, ¿qué pasó con el otro?*

-Al otro lo prendieron.

-*¿Qué hicieron ustedes?*

-Esa es la gran pregunta. Ahí pelean adentro tuyo, las ganas de ir con un fierro en la mano hacia el lugar donde están ocurriendo las cosas y la convicción de que eso puede no conducirte a nada. Nosotros éramos dos, la oscuridad tan grande que ni las manos te veías y los milicos muchos y bien pertrechados nos iban a recibir desde sus escondites tras los árboles. En situaciones así, siempre, o casi siempre, las dudas te matan. Hay que serenarse, y una vez que resolvés, tirarte a hacer lo que sea. Lo malo es que estás obligado a pensar y razonar en momentos en que lo último que querés es eso. Podés querer atacar, podés querer rajar. Pararte a pensar no. Nos paramos a pensar dos segundos y decidimos rajar, volver al campamento. Volvimos lo más velozmente que podíamos porque los milicos habían empezado a tirar en la oscuridad. Ahí, ya no se podía hacer nada. Escapamos con el Tatú para el campamento en el monte al cual demoramos tres días en llegar.

-*¿Por qué se hizo tan largo ese camino?*

-Porque había de todo buscándonos. Además de los milicos a pie. Jeeps, helicópteros. Fueron tres días de una persecución fiera. Caminábamos sólo de noche, de día quedábamos quietos, escondidos. Y cuando avanzábamos había que hacerlo con todas las precauciones que son imprescindibles. No andar por los caminos, atravesarlos cuando no quedaba otra, pero siempre en marcha atrás.

-*¿Qué querés decir?*

-Atravesar el camino pero haciendo los pasos como si en lugar de ir vinieras. Simular que uno iba si venía y que venía si iba. Nosotros teníamos muy estudiado el *Diario* del Che. Sabíamos de memoria lo que él decía sobre cómo moverse en el monte. Y esto de engañar con la pisada había que saberlo bien, porque cuando el pie avanza normalmente apoya más la planta y cuando simula que va, pero viene, apoya más el talón. Todo eso teníamos que tenerlo en cuenta al atravesar caminos y algunos terrenos. Llegando al cantón tuve que tomar el mando de todo el grupo porque el responsable de Rivera había caído. En realidad todo Rivera había caído. Tomé el mando y decidí que nos trasladáramos para Tacuarembó que era lo que yo conocía mejor. Estuvimos unos días más en Rivera y nos trasladamos. Una vez en Tacuarembó dejé al grupo en el arroyo Tres Cruces, que está a unos 15 kilómetros de la ciudad y me fui a la chacra donde estaban unos compañeros a

hablar con ellos. Estoy desatando el portón de la chacra y siento un ruido.

-¿Qué tipo de ruido?

-Ruido de martillar un arma. Olvidado del revólver que tenía en la cintura disparé como loco en medio de la oscuridad. Me llovían las balas pero ninguna me tocó. Corriendo peché un alambrado caí y quedé. No volví a moverme durante largo rato hasta que me fui arrastrando hasta un bosquecito de eucaliptos que había cerca. Aunque hubiera querido seguir no podía, las piernas ya no me respondían. Pelé el revólver y allí, quieto, esperé. Sabía que si un milico se acercaba tenía que tirar.

-No podías entregarte.

-No, la orden era no entregarse sin pelear. Pero no vino nadie. Antes de amanecer empecé a alejarme. Tenía que ir hasta la otra chacra y fue lo que hice. Llego, golpeo, golpeo y golpeo pero no se asoma nadie. Pensaba ya que la casa estaba vacía cuando apareció la mujer del compañero, con una expresión que yo desconocía, más que de miedo, de terror, y me pidió por favor que me fuera, que me fuera.

-¿Ella no pertenecía a la Organización?

-No, ella no. El marido que era el dueño de la chacra sí pertenecía. "Váyase, váyase, decía la mujer, no me comprometa. Por favor no me comprometa." Yo, claro, me iba, pero quería saber del marido. Dónde estaba el marido. La mujer lloraba y no decía nada. Después supe que se había matado.

-¿Se había matado? ¿Y por qué se había matado?

-La gente de Tacuarembó había caído casi toda. Cuando él se enteró que la policía iba para su chacra, se metió en un galpón y se ahorcó.

-Que habrá sentido.

-Andá a saber. Era flor de tipo. Flor de tipo. Una gran pena.

-Tal vez no soportó lo que vio como el fracaso de todo.

-Tal vez, no sé. Él no quería caer preso, siempre lo decía. No soportaba esa idea.

-Prefería morir.

-Eso creo. Pero podía no haber caído. Porque había bruta tatucera ahí cerca. Y ninguno de los que habían caído sabían de esa tatucera. Los únicos que sabíamos éramos los del monte. Y los del monte nunca caímos mientras pudimos meternos en las tatuceras.

-La que sufrió un buen revés fue la que estaba cerca de Pan de Azúcar.

-Sí, pero ahí se cometió un grueso error, al abrirla en pleno día. Eso fue una cagada total, ¿cómo se puede mover bruta piedra, de día, sin una vigilancia previa? Lo peor es que ese error determinó la muerte de un hombre.¹¹

-Te fuiste, entonces, de la casa de la mujer y a partir de ahí..

-Me imaginé lo peor. Dije para mí: "Aquí cayó todo" y me metí en un bosquecito de eucaliptos que había. Llovía, tenía los pies empapados porque a las botas les faltaban las puntas y yo estaba helado y mugriento. Qué mugriento que estaba. Mugriento, mojado y sin techo bajo el que meterme. Parece mentira cómo molesta la mugre y la humedad en el cuerpo. Me acordé de los vietnamitas que dormían bajo las hojas y me cubrí completamente de hojas húmedas y me dormí. Me desperté 24 horas después, a la novecita del día siguiente. Me levanté, salí para un barrio de Tacuarembó llamado Torres y en el primer boliche que encontré me metí y pedí un vaso de vino y un pedazo de mortadela e hice una lista con las provisiones que precisábamos.

-¿Provisiones para el grupo?

-Sí. Para el grupo, que había quedado sin nada, junto al arroyo Tres Cruces.

-¿Tenías plata?

-Sí, siempre teníamos algo para comer y para cualquier emergencia. El tipo trajo todo lo que le había pedido menos yerba. "No tengo yerba", me dijo. Y como yo le había dicho que trabajaba en una leñera que había en la zona, me indicó un camino que me llevaría a la leñera, pero que pasaba por otro boliche en el que seguramente encontraría yerba. Salgo, entonces, y cuando voy llegando al lugar donde comprar la yerba, me doy cuenta de que el cambio que el almacenero me había dado lo había dejado sobre el mostrador. ¡Qué amargura! Tenía que volver atrás. Eran cinco mil pesos. Pero, además, no podía llegar sin yerba. Sentía que el vino, después de un día de ayuno me ocupaba la cabeza pero no había caso el error ya estaba. Había que volver. Entro al boliche y veo que el bolichero estaba solo. Y andá a saber qué vi en la cara de ese hombre. Sé que puse el revólver sobre el mostrador y le dije: "Mire, le voy a decir la verdad, yo soy tupamaro. Estamos perseguidos y muertos de hambre. Usted sabe que le pagué, usted me dio un vuelto pero no sé, creo que lo dejé acá. O tal vez estoy confundido y lo perdí". "No se aflija paisano, dice él, la plata la tengo yo, usted la dejó acá, yo la encontré. Deme esas cosas que se las voy a acomodar mejor. Así va a seguir perdiendo." Trajo un bolso, me acomodó todo y charló conmigo un rato. Después supe, por gente de Tacuarembó, que ese loco era muy estudioso del marxismo -dice el Cholo con una sonrisa de felicidad extrema-. ¿Te das cuenta? Era un estudioso del marxismo que le había dado libros a algunos compañeros, para que leyeran sobre aquellas cosas que nos interesaban.

-¿Cómo te enteraste?

-Porque varios de esos compañeros, después cayeron presos y me contaron. También me enteré de que tenía un hijo que era telegrafista del ejército en Tacuarembó, muy buena gente. No hay caso que algún milico buena gente hay, a pesar de milico. Eso es así. ¿Qué creés vos?

-Que sí, que puede haber ¿Y al final compraste la yerba?

-Compré pero como ya era muy tarde decidí no seguir hasta el otro día. Así que me tiré a dormir y cuando amanecía salí. No estaba muy lejos del arroyo, en unas horas llegué. Me iba a acercar sin mucho cuidado, cuando el silencio total que había en el lugar me detuvo. Era un silencio de cementerio. Chiflé el silbido que teníamos combinado y nadie contestó. "Cayeron, pensé, y ahora caigo yo." Pelé el fierro, lo martillé y esperé. Pasó un rato para que finalmente nos encontráramos. No habían caído, estaban escondidos.

-Tú habías chiflado tal como lo habían combinado, ¿qué pensaron?

-Por más confianza que tengas en un compañero, no podés descontar que hay momentos en que la tortura puede quebrarlo.

-Claro, eso no hay que olvidarlo nunca.

-Habían escuchado, tantas veces, en esos días la cantidad de caídas que habían ocurrido que desconfiaron totalmente. Pensaron que yo podía venir traído por los milicos. Ya, incluso, habían planificado trasladarse a otra tatucera que teníamos, con comida, no muy lejos de allí. Yo no estaba de acuerdo, pero ellos insistieron e insistieron hasta que finalmente acepté. Nos trasladamos. Pero la tatucera había sido destruida.

-Había una ratonera.

-No, no había. Se ve que destruyeron la tatucera y se fueron. Nos encontramos entonces con ese problema, al cual hay que añadir otro. Al Flaco Melián se le mete una astilla en el talón que le impide caminar. Ahí, en ese momento, decidimos que había que buscar comunicación fuera del grupo. Al día siguiente salimos una compañera y yo y fuimos a una chacra de amigos para tener una charla. Llegamos de noche, golpeamos un rato y nada. Decidimos esperar al amanecer en que la gente se levanta a ordeñar. Nos metimos en un galpón, escondí a la compañera debajo de un montón de chala de maíz y yo quedé despierto esperando. Amanecía cuando un peón entró al galpón. "¿Está fulano de tal? -dije yo- quiero hablar con él." Llegó el compañero, me vio y me reconoció. ¡Pochito! Dijo, te estábamos esperando. El viejo antes de caer dijo que irías a venir por acá, que los estaban trayendo mal. "Nosotros todas las noches dábamos una alumbrada a ver si habías venido."

-¿Por qué Pochito?

-Porque ese era mi nombre en la Organización. Ahí hablamos de cómo se lo habían llevado a su padre y él me contó que en la casa, estaba él, su mujer y su madre. Estuve un rato con ellos.

-¿Y tu compañera, seguía debajo de la chala?

-No, claro que no, ya había salido. Esa noche nos quedamos allí y al día siguiente nos fuimos bien pertrechados de provisiones.

-¿Cuántas personas tenía el grupo de ustedes?

-Eramos Melián y la compañera, dos, Malinovsky y Tatú, cuatro, yo cinco y Charito seis.

-¿Dónde había quedado el grupo?

-Cerca de un arroyo. En cuanto llegamos empezamos a planificar los pasos siguientes.

-¿Cuál había sido el objetivo de acercarse a esta chacra?

-A través de esa gente, buscábamos un contacto con Montevideo. Y lo hicimos, porque un hermano del muchacho de la chacra, que vivía en Tacuarembó y era compañero, se tiró a Montevideo para contactarse con el Flaco Belletti, justo cuando el Flaco estaba a punto de salir para Tacuarembó a ponerse en contacto con nosotros -*dijo y me miró en silencio con los ojos muy abiertos.*

-¿Y qué pasó que quedaste mudo?

-Pasó que el Flaco cayó con el papelito del contacto encima.

-*Quiere decir que los agarraron a todos.*

-No, porque el Flaco pidió para ir al baño y el papelito se lo comió.

-¿Pero entonces, si se salvaron, por qué quedás mudo con ojos dramáticos?

-¿Puse ojos dramáticos? Será que me puse en el lugar del Flaco. Si le ven el papel... no quiero pensar.

-¿Qué decía el papelito?

-Indicaba el lugar del encuentro.

-*Ustedes entonces quedaron totalmente desconectados de la dirección.*

-Quedamos en el aire, no había de dónde agarrarse. No sabíamos qué estaba pasando en otros sectores. Decidimos que una pareja que estaba en el monte, viajara a Montevideo.

-¿Clandestinos?

-Y sí, no había otra. Mellán y la compañera tenían que venir a Montevideo y hablar con el Pepe Mujica que no había caído todavía.

-¿Qué les dijo Mujica?

-No me acuerdo qué les dijo. Sé que tomaron contacto con él, que también andaba disparando.

-*La pareja vuelve.*

-No, ellos ya no vuelven. ¿Para qué? Nosotros buscamos venirnos a Montevideo a ver qué pasaba acá.

-¿Ustedes podían tomar esa decisión?

-En principio no, pero hubo un hecho que precipitó las cosas. Un compañero del grupo, por su cuenta, se escapa de allá y toca para la capital.

-¿Qué explicación da?

-Que se cansó, que no quiere seguir más, que no ve futuro.

-¿Quién era?

-Un peludo.

-*Lo decís como si el hecho fuera más grave por ser un peludo.*

El Cholo queda mirándome largo rato. Quiere decir algo. Finalmente dice:

-Era Malinovsky. Cuando le vino eso de que quería salirse empezó

por descompartimentarse con todos los legales que había allá. Con uno por uno fue a reportarse. A los poquitos días nomás cayó la gente de Tacuarembó. Todos los legales que nos habían apoyado tanto. A raíz de esto se mató una compañera.

-¿Por qué se mató?

-Tenía tanto miedo de caer presa que se mató. Se metió en un galpón y se colgó. El marido también era compañero. Ella no quería caer presa. Tenía terror.

-¿Qué resolvieron ustedes?

-Mientras se resolvía qué hacer decidimos ir a la chacra de unos compañeros. Desde donde estábamos a la chacra teníamos como dos días de caminata. En esa de caminar y caminar estábamos cuando, en pleno día vemos que de un campo sale un jeep, justo hacia donde estábamos. Monte para esconderse no había porque el agua había crecido. Cuando los arroyos crecen tapan el monte y quedás campo afuera. Sin pensarlo dos veces nos tiramos contra las taipas de arroz y ahí nos agazapamos. Y qué te digo que el jeep, pasa sin vernos pero casi nos chocamos con un tipo de rifle que andaba cazando carpinchos.

-Bueno, ustedes no llevaban un letrado que decía "tupamaros".

-Letrado no, pero ropa de guerrilleros sí.

-¿Cómo ropa de guerrilleros!

-Sí teníamos ropa verde militar. Tanto los hombres como las mujeres.

-Esas ropas valían más que un letrado.

-Qué pavada ¿no? Eramos muy jóvenes. Cuando uno es joven a veces hace cosas admirables y a veces pavadas. Esa fue una que corresponde a las pavadas. Andar disfrazados de guerrilleros era una pavada -dice riendo.

-Bueno, ¿y qué pasó?

-Yo lo encaré, le dije que éramos tupamaros, que éramos los que habíamos intervenido en el tiroteo de la Bajada de Pena, en Rivera, y en este momento íbamos rumbo hacia Brasil. De la chacra ni hablamos.

-¿Qué dijo?

-El tipo resultó macanudo, pero he aquí que otros compañeros querían secuestrarlo, es decir no querían dejarlo ir. Ahí me puse fuerte. "No, no, dije, qué esperanza. Otro Caraguatá no."

-Claro.

-Yo les dije: "Vamos a hablar con el hombre, vamos a creer en la gente. Estamos luchando por la gente y no creemos en la gente". Hablé con él, le expliqué todo y le regalé un montón de balas. "Lléveselas que no sé ya para qué las andamos cargando." Cuando ya se iba nos dijo "Ese que salió era mi hermano, el campo es de él. Es ingeniero agrónomo. Es un tipo macanudo, así que quédense tranquilos que por ese lado... Yo voy a juntar unas leñas y si cazo un carpincho voy a hacer un

fuego cerca de los baños del ganado. Si cazo un carpincho lo asamos y lo comemos y si no cazo nada pueden cocinar lo que quieran en ese fuego. "Muy bien", dijimos nosotros, que desde hacía dos o tres días andábamos comiendo boniatos crudos. Fuimos, encontramos el fuego encendido. Nos secamos porque estábamos mojados, cocinamos los boniatos y, en eso estábamos cuando cayó el muchacho.

-*Con el carpincho.*

-Sin carpincho. "No pude matar nada", dijo. "No sé dónde se metieron los carpinchos." Se sentó, tomó unos mates y fue a decir cómo se llamaba cuando yo lo paré. "No, no dé el nombre", le dije, y lo saqué para afuera, lejos del grupo. "Cuanto menos sepan su nombre, mejor", le dije. Ahí me dio el nombre, el apellido y me mostró la casa donde vivía. "Allá arriba vivo yo, me dijo, lo que ustedes precisen, a las órdenes." "Usted no le diga ni a su mujer que estuvo con un grupo de tupamaros. No le diga porque eso puede ser fatal." ¿Vos sabés?

-*¿Qué?*

-Cómo me gustaría volver a verlo. Un día que ande por Tacuarembó me arrimo. Se portó bárbaro ese tipo.

-*Cuánta gente que no tenía nada que ver les respondió.*

-Sí, no precisaba uno andar apretando gente. Yo les conté la historia a los compañeros de Tacuarembó. Quedaron orgullosos. Porque además el hombre nos puso al tanto de toda la zona. Para este lado está la chacra Albernaz -que era para donde íbamos nosotros-, más allá está tal otra familia, seguís el camino que sale aquí y te encontrás con tal otra chacra, más adelante si van para Brasil se van a encontrar con un destacamento con dos milicos, que no es problema, porque viven durmiendo. En fin, nos hizo un relevamiento de toda la zona. Me gustaría volver a verlo.

-*¿Qué pasó a partir de la despedida?*

-Ahí se armó porque un compañero quería volverse a Bella Unión. ¡Era un disparate!

-*¿Quién era el que quería?*

-Malinovsky, quien, como ya te conté, en un momento, se separó de nosotros y empezó a recorrer los legales de Tacuarembó descompartimentando a todo el mundo. Nosotros le decíamos: "A Bella Unión, ¿a hacer qué? Pero no había quién lo convenciera. Más tarde lo prendieron y siguió hablando. Como podés imaginar esto trajo resultados desastrosos para cantidad de gente.

-*¿Tú qué pensabas que debían hacer?*

-Menos él, todos pensábamos que debíamos venirnos a Montevideo. Él vino, después, a Montevideo, donde lo prendieron y siguió cantando. Mientras, nos vino una respuesta a la pregunta que habíamos planteado al ejecutivo en Montevideo.

-*¿Cuál era la pregunta?*

-La pregunta era qué hacíamos. La respuesta fue: "Hagan lo que quieran".

-*Rara respuesta.*

-Más que rara muy aclaradora de una situación. Cuando una Organización te dice "Hagan lo que quieran" es porque ya no existe más nada.

-*¿Eso era en el 73?*

-En el 72.

-*Ya estaba todo liquidado. ¿Quién estaba en la dirección en ese momento?*

-Pedrito Ríos.

-*Estaba todo el mundo preso.*

-Sí. Ahí nos fuimos hasta la chacra a la que habíamos ido al principio, la chacra de Albernaz donde estaba la doña y el hijo, donde nos dieron ropa, la vieja vendió unas chanchas y nos compró pasajes, para Montevideo, porque ya estábamos pelados. Primero se embarcaron los que eran pareja y luego me embarqué yo con la otra compañera. Así los cuatro bajamos para Montevideo.

-*Tu ex mujer dónde estaba.*

-Ya estaba presa, había caído en Durazno, con otro grupo, en el 71.

-*¿Mientras tanto, dónde estaba tu hija, la Negrita?*

-Mi hija vivía en Montevideo con la familia de la hermana del cura Bidegain, cuyo marido después, a su vez, cayó preso.

-*¿Qué es este Bidegain del Bidegain que tomó el cuartel de la Marina?*

-Es pariente.

-*¿Y el cura éste era también tupamaro?*

-Sí, de El Espinillar.

-*Llegaron, entonces, a Montevideo.*

-Ahí va. Vine con otros compañeros, derecho al local del 26 de marzo.

-*Pero eso estaría lleno de gente.*

-Lleno de gente y lleno de tiras vestidos como gente. La compañera que venía conmigo conocía a un tal Marrero, creo que era Marrero, no sé bien. Era un muchacho de Paysandú que estudiaba agronomía. Con él teníamos que tratar de hacer contacto. Nosotros llegamos y nos enfrentamos con aquella cantidad de gente que estaba allí en el 26 preparando un homenaje a alguien que había muerto. Y bueno, nos preguntaban "de dónde son". Y nosotros: "Somos del norte y queremos formar un comité para ayudar a los presos. Ha caído tanta gente presa últimamente". "¿Tienen algún familiar preso?" nos preguntaban. "No, familiar no, pero tenemos amigos." Siempre tratando de no deschavarnos. En un momento los que sabían quiénes éramos nos llevan a un cuartito que estaba arriba y sin pedirnos opinión nos retiran las armas. "Aquí no pueden estar armados, dicen, entreguen todo." Entregamos. Más a la noche, llegó una compañera y nos sacó de ahí.

-Cuando el homenaje había acabado.

-No, no esperó tanto, nos sacó antes de que el homenaje empezara. Después de eso estuve en varias casas. Pasé un tiempo así, cambiando continuamente de casa.

-Mientras veías que todo caía a tu alrededor.

-Eso es. Uno o dos días después llegó Bandera, que andaba en el norte, con otra compañera. Esa noche tuvimos una reunión para resolver qué hacíamos, si había que irse o quedarse en el país. Yo quería quedarme. Peleé y peleé hasta lo último con el que estaba encargado del ejecutivo pero quedé en minoría. A las tres de la mañana se decidió que había que irse. A los pocos días salí para Argentina, de Argentina a Chile y de Chile a Cuba. En Cuba estuve dos años.

-Me imagino que no te habrás quedado a dormir en el local del 26.

-Esa noche, a las dos o tres horas de llegar una compañera me llevó a la casa donde ella estaba viviendo. Ahí nomás, al entrar, me dijo que la dueña de esa casa, estaba internada por una enfermedad grave y que nosotros debíamos irnos antes de que ella volviera. Le dije que por supuesto, que sólo tenía que avisar y me puse a mirar la casa. Y ahí, mirando, ¿con qué me enfrento? Con una fotografía que de un manotazo me llevó a la infancia. Ahí, dentro de un marco de metal, estaba mi maestra en Constitución. Quedé paralizado por la emoción. Qué encuentro tan lindo. "¿Te das cuenta? -dijo la compañera que me había llevado-, estás en la casa de alguien que te quiere y que querés." No olvido esa noche.

-Que esa fuera la casa de tu vieja maestra debés haberlo sentido como una buena señal.

-Sí, sentí emoción y... capaz que también algo como vos decís. Que mi vieja maestra fuera compañera no era cualquier cosa.

Ahí estuve unos días hasta que, con otros compañeros, nos pasaron a un local donde, hasta hacía poco, había estado el Pepe Mujica.

-¿Y en el momento en que llegaron dónde estaba el Pepe?

-Había caído.

-¿En el local a donde habían llegado ustedes?

-No, él vivía ahí pero no había caído ahí. No sé dónde había caído.

-¿No era complicado esto?

-No, nadie tuvo miedo. Todos estuvimos de acuerdo en que no era peligroso quedarnos porque el Pepe no iba a hablar.

-¡Dios mío!

-No, no, el Pepe no hablaba.

El desconcierto

Hay un momento en que tú venís de Cuba a Argentina, en el 75, porque decidís que tenés que participar en lo que está pasando allí con el MLN. ¿Cómo hiciste esa vuelta? Sé que volviste con un compañero...

-Sí, con Antonio Bandera, que también estaba en La Habana. Fue una vuelta larga porque pasamos por Moscú.

-¿Cuál era la finalidad de esa vuelta?

-No sé con seguridad. Lo que sí pasó es que en Moscú nos dieron un pasaporte limpito, con otro nombre y otra nacionalidad: Costa Rica. En el aeropuerto de Moscú se produjo un episodio cómico. Un tipo de la aerolínea o no sé, llamaba y llamaba a un fulano por el nombre y nadie se presentaba. El fulano era yo, que no tenía ni idea del nombre que la seguridad cubana me había puesto en el pasaporte. Pasó un rato largo hasta que alguien nos vio la cara y se avivó.

-¿Qué finalidad tenía ese viaje a Argentina?

-Intervenir en una asamblea donde se resolvería qué debían hacer los tupamaros que estaban en Buenos Aires. Además era una situación complicada ya que habían varios grupos con ideas distintas.

-Uno de los problemas, el fundamental que se planteaba, era volver o no volver a Uruguay.

-Discusión que ganamos los que queríamos volver.

-Tú estabas en la dirección en ese momento.

-Sí, por eso pude venir sin pedir permiso a nadie. Volver era lo que quería. Me encontré con un panorama horrible, el movimiento estaba pelado. Toda la gente estaba muerta o presa.

-¿Cuál era la expectativa?, ¿quiénes habían tomado la decisión de volver?

-Se había empezado a manejar la idea de una apertura en Uruguay. Una apertura que demoraría cinco o seis años, o podría venirse antes, porque la dictadura ya no daba para más.

-¿Eso decían ustedes?

-Los más sabiondos decían, decían eso y también lo triste que iba a ser para el MLN que se viniera una apertura y todos estuviéramos en el exterior.

-Creo que les llamaban los renunciantes a los que no querían volver.

-Así se los llamó cuando renunciaron a la dirección y terminaron yéndose. Allí estaban Mansilla, el turco Amir, Alemany, Whitelaw.

-El muchacho que mataron con Zelmar Michelini.

-Sí. Yo no sé si en ese momento era tan claro que la dictadura estaba a pocos meses de acabar. Lo que yo pensaba era qué estábamos haciendo en Buenos Aires ¿o era en Argentina que íbamos a hacer la revolución?, decía yo.

-¿Los renunciantes qué decían concretamente?

-Qué decían, exactamente, no me acuerdo. Pero lo claro es que ellos partían ya para otra cosa. Eso se ve más tarde, si pensás que gran número de ellos, al volver, cuando terminó la dictadura, cayeron en el Partido Blanco y en el Colorado.

-Eso puede ser, pero alguna razón tendrían que dar para oponerse a la vuelta.

-Ah sí, decían que la lucha armada ya no caminaba más.

-¿Y caminaba? ¿Hoy qué pensás?

-Yo sigo pensando lo mismo que antes. Hoy no hay condiciones pero hoy es otra cosa.

-Yo no me refiero a hoy. Te pregunto, hoy que pasaron veinticinco años, ¿quién tenía razón en aquel momento, tú o los renunciantes? Porque hoy podías pensar "me equivoqué".

-Yo pienso que tenía razón, que no me equivoqué, que había que volver.

-¿Por qué había que volver?

-Por el mínimo respeto por el pueblo uruguayo, por la gente que cayó acá. Todo eso pesaba mucho en nosotros. Pienso que también pesó en Raúl cuando lo quisieron sacar de aquí, en el 72, y él no se quiso ir.

-Está bien, pero es una actitud más ética que política esa.

-Y sí, puede ser. Pero había que estar acá. No somos bichos. Somos hombres. La ética nos pesa en el alma.

-¿Cuál era la situación de ustedes en Argentina?

-No se puede decir que nos integráramos con los grupos armados argentinos, que nos integráramos a las organizaciones que estaban peleando. La mayoría de la gente andaba como revoloteando medio sin ton ni son. Cuando yo llegué a Argentina desde Cuba me encontré con que los tupamaros en Argentina habían organizado las cosas como en un espejo de lo que se había hecho acá en el 72. Había cantones, un aparato armado, montones de vehículos rentados.

-¿A qué llamás rentados?

-A los que recibían una suma mensual para que -se suponía- dedicaran su tiempo a la militancia. Yo decía pero ¿qué pasa?, ¿vamos a hacer la revolución acá? ¿De qué militancia hablan?

-¿De qué grupo argentino estaba más cerca la Organización?

-Yo llegué pensando que estaba bien integrada a uno de los grupos. No a los montoneros, con los cuales teníamos pocas coincidencias. Nuestra mejor relación era con el ERP. Lo cual, de cualquier modo, no daba para que estuviéramos realmente integrados. Y vi que lo que teníamos era un aparato paralelo que no cumplía ninguna función, salvo de apoyo, en algunas pequeñísimas cosas. Al final, de cualquier modo, hubo una intervención importante cuando con el ERP secuestraron a uno y sacaron no sé cuantos millones de pesos.

-¿Estás seguro que eso fue con el ERP y no con los montoneros?

-No fue con los montoneros sino con el ERP. El ERP dividió el dinero con nosotros. Y nosotros con parte de ese dinero apoyamos a un grupo boliviano, el ELN y al MIR chileno. Fue una acción importante que se hizo entre fines del 73 y principios del 74.¹²

-Tú no interviniste.

-No, yo no intervine.

-¿Cómo te diste cuenta de que entre el ERP y el MLN no había verdadera integración?

-Me di cuenta, casi enseguida, al llegar de Cuba, cuando participé de las primeras reuniones del Comité Central y vi las discusiones. No precisabas ser un lince para darte cuenta de que todo aquello era algo sin futuro.

-Sin futuro y sin presente.

-Presente... A veces uno puede ver que en un presente nebuloso y lleno de altibajos está naciendo algo. Algo se está formando. Ahí no se veía nada. De eso que se veía no podía salir nada.

-¿Qué pasaba con lo que el ERP llamaba proletarización? Es decir, aquella teoría que llevaba al militante a transformarse en obrero, a trabajar en las fábricas. ¿Los militantes del MLN no entraron en eso?

-Algunos habían entrado sí. Pero eso no alcanzaba para hablar de integración.

-De cualquier modo era un comienzo.

-Sí, era. Los que compartían esa posición constituyeron lo que se llamó "la tendencia".

-Es decir los que consideraban que el trabajo sindical era imprescindible para cualquier tipo de lucha política. Que era necesario compartir el trabajo del obrero en la fábrica y en algún sentido, la vida del obrero.

-Claro. En un momento yo pedí un encuentro con el negro Mansilla que estaba enfrentado con "la tendencia".

-¿Era un miembro importante dentro del Movimiento?

-Pertenece al Comité Central y era el que se ocupaba de las relaciones con los grupos revolucionarios de Chile, Bolivia y Argentina.

-Una especie de embajador del MLN. Fuiste, entonces, a hablar con Mansilla que estaba contra "la tendencia". ¿Qué proponía "la tendencia" además de lo que ya dijimos?

-Planteaba que los militantes que no se proletarizaban debían volver a Uruguay y criticaban duramente el total sinsentido de ese enorme aparato armado.

-Ah, eso no me dijiste. Quiere decir que cuando llegaste de Cuba te encontraste no con unas cuantas armas sino con un semejante aparato armado, además de casas, militantes rentados y autos.

-Sí, un enorme aparato que costaba mucha plata y vidas.

-¿Por qué vidas?

-Porque la gente desaparecía. Ese aparato no se mantenía solo. Había mucha gente dedicada a ese tema. Y a un dos por tres te decían "Fulano sumiu".

-¿Sumiu?

-No te burles, como mi maestra, de mis brasilerismos.

-*Lejos de mí burlarme. Me gustan.*

-Decían: "desapareció". Desapareció fulano. Hay que pensar que andábamos con documentos falsos y que allá, junto con la policía argentina actuaba la uruguaya. Te agarraban en la calle, en la pensión. En cualquier lado y si empezaban a revisar documentos no era fácil escapar.

-*Te encontraste, entonces, con Mansilla.*

-Sí, con Mansilla, y con Efraín Martínez Platero, también del Comité Central. Me fui a verlos a ellos que eran gente de referencia. A Mansilla lo conocía porque había militado en la Columna del interior. Se trataba de una gente en quien teníamos confianza y que estaba contra "la tendencia".

-*Hablaron entonces con Mansilla.*

-Sí, y le dijimos que tenía que venir para Uruguay. Y él dijo que para Uruguay no venía. Nosotros insistimos, ¿qué estaba haciendo allá? Estaba claro que sólo gastando plata y haciendo nada. Cuando dijo que para Uruguay no venía le retiramos la confianza. Vimos que ya no quería más lola.

-*Eso pasó con Mansilla. ¿Qué pasó con Efraín Martínez Platero?*

-Efraín dijo: "Si hay un peludo que vaya conmigo yo me voy". A los tres días fuimos a buscarlo para combinar y había pedido la baja.

-*Entonces...*

-Ahí se nos vino el alma al suelo. Poco después se fue a Europa.

-*Hay que pensar que habían matado al hermano.*

-Sí, puede ser que eso... No sé.

-*¿Y dentro de "la tendencia" quiénes estaban?*

-Había gente muy buena. Estaban Lerena, Cultelli.

-*¿Y tú, dónde estabas?*

-Tuve que moverme entre unos y otros para decidir dónde estaba. Tuve que saber bien qué quería un grupo y otro. Terminé sabiendo y decidí. Los legales que habían llegado de Uruguay podían quedarse en Buenos Aires. Los clande podían hacer lo que quisieran, pero había que tener en cuenta que no podían venirse en número demasiado alto a Uruguay porque se iban a notar. Era mejor que se quedaran allá, trabajaran como obreros e hicieran militancia sindical. Pero ocurría una cosa, que con frecuencia, gente que salía de la cárcel de Uruguay, se iba para Buenos Aires y se integraba al Movimiento. Esto era muy peligroso. No estaba claro quiénes, de los que llegaban, eran confiables y quiénes no. Por otra parte, aquellos que querían quedarse allá, tenían que integrarse a la lucha argentina.

-¿Y con el aparato armado, qué se haría?

-Al aparato armado había que desmontarlo. Había que resolver muchas cosas. Decidimos que era necesario ampliar el Comité Central. Una cantidad de gente se sumó. Así que el Comité Central pasó a ser un comité ampliado.

-*Mansilla se quedó en Buenos Aires.*

-Sí, se quedó. También el turco Amir y Alemany. Y Whitelaw, que anduvo ahí, con ellos, hasta que lo mataron junto con Michelini.

-*Todos ellos estuvieron en ese comité ampliado.*

-Sí, Te digo los que recuerdo.

-¿Peludos?

-Juancito Bentín, Ataliva Castillo, Bandera, yo y también Lerena -a quien después mataron acá-. Y ahora me acuerdo, un compañero de FUNSA.... No recuerdo el nombre.

-¿Dónde se reunió tanta gente? Más de veinte tal vez.

-Más de veinticinco. El local lo proporcionó el ERP.

-¿Qué se resolvió en esa reunión?

-En esa reunión renunció la dirección y resolvieron que el ejecutivo lo formáramos los cuatro peludos: Juancito Bentín, Ataliva Castillo, Bandera Lima, yo.

-¿Sólo ustedes cuatro serían los únicos confiables?

-Puede ser, de cualquier manera nos tiraron el fardo.

-¿Qué es lo que tenían que hacer?

-Había que reestructurar todo aquel aparataje. Vender lo que no se iba a usar. Casas, avionetas.

-¡Avionetas!

-Y sí. Había de todo. Avionetas, varios vehículos. En un momento, creo que fue Sonia, la compañera de Efraín, y otro compañero, que habían tomado un vehículo para ir a un contacto y olvidaron dónde lo habían dejado. Lo perdieron.

-*Lo perdieron, eso es entre dramático y cómico.*

-Serviría para hacer reír. Se olvidaron dónde lo habían dejado y bueno, se olvidaron. Y las cosas quedaban así. Es que había tanta plata. Aunque nosotros, los peludos, no la vimos. Quisimos que toda esa plata quedara segura, en algún lugar, para tenerla cuando las cosas, más tarde, de una manera u otra pudieran reconstruirse. Debiendo liquidar ese costoso aparato buscamos al encargado de finanzas, un gordo, que en la reunión no había estado.

-*No lo encontraron.*

-Nunca pudimos dar con este chanta de finanzas. Mirá, para mí este gordo, Mansilla, el turco Amir, Alemany y otros de cuyos nombres ya no me acuerdo formaban una mafia dentro de la Organización. Se habían comprado casas, muebles y autos. Cuando llegaba algún tupamaro de Montevideo, no cualquiera, algunos de la barra de ellos decían: "Tiene que tener una infraestructura que disimule bien quien es". Ahí le da-

ban tantos o cuantos dólares para que se comprara una casa, en un barrio de los que llamaban “bueno” y muebles.

–Si la casa era buena, y estaba en un barrio caro, los muebles tenían que ser buenos.

–Ahí va. Y el auto también. Tenía que estar de acuerdo con todo eso.

–El de las finanzas, cuyo nombre olvidaste, debe haber quedado con una cantidad grande.

–Se decía que una parte había ido al MIR chileno y a un grupo boliviano. Eso se decía. Asegurarlo no puedo. Tampoco puedo decir que es mentira. El MIR pateaba diciendo que no le habían dado nada. ¿Quién miente?

–El MIR siguió diciendo eso –añade María Elena–. Yo, en Nicaragua, me encontré con gente de la dirección del MIR, quienes, hablando de la historia pasada, dijeron que nunca les habían dado nada.

–Supongo que a esta altura, treinta años después, no estarán mintiendo. De cualquier modo dentro de ese panorama tan oscuro esto es apenas un detalle.

–Cuando en el 74 Ravagnolo –uno de ellos– pasó de Buenos Aires a Montevideo se trajo con él un perro grande en el avión. Todo era por lo alto. Él venía con cobertura de industrial, entonces se compró una casa en Punta Gorda, a donde, después que cayó, nos llevaron a nosotros para torturarnos.

–¿En la casa de él, los torturaron?

–Sí, en la que había comprado la Orga y quedó vacía cuando él cayó. Esa casa la agarraron los milicos para torturar.

–Cuando te enfrentaste a todo eso, ¿cómo te sentiste?

–No preciso decirlo. Muy mal. ¿Qué era eso? No entendíamos. ¿En qué se había transformado la Organización? No lográbamos entender aquellos lujos. No sé cómo podíamos hacer la revolución con tanta pava. No se me iba de la cabeza cómo era nuestra militancia en Artigas, en la Columna del interior. Cómo actuábamos todos, cómo actuaba Sendic. Caminando leguas, durmiendo con frío, comiendo día por medio. Pero, además, ¿por qué todo eso en Buenos Aires? Si en Buenos Aires no hacíamos nada. Los que se proletarizaban –que eran los que estaban militando– vivían en cualquier lado, en un cuarto. En un ranchito. Los otros, los que no se habían proletarizado y vivían en sus buenas casas, tenían que abrir mano de eso. Porque ¿qué planes tenían? ¿Cuáles eran los planes para tanta casa, tanto mueble, tanto auto? Todo eso chocaba con el pensamiento de que queríamos cambiar la vida de la gente. Nosotros nos sentíamos como caminando en una cuerda por encima de un abismo.

–¿Hablás de los peludos?

–Sí. Llegamos de Cuba y nos encontramos con esa ciudad monstruosa, desconocida, donde teníamos que llamar compañeros a gente

que hablaba como nosotros pero que no tenía nada que ver con nosotros. Con lo que esperábamos de la lucha. No era mala gente, no. Se exponían y morían como nosotros. Se vestían diferente, eran diferentes. Fue bravo. Boyábamos sin entender nada. Y además de esto, lo económico. Llegamos sin plata y con lo que debíamos hacer allí era difícil, casi imposible pensar en ganar para vivir. Sólo estaríamos semanas o como máximo meses. ¿Trabajar en qué, sin documentos argentinos? Si no hubiera sido por el ERP y algunos compañeros de "la tendencia", no sé. El ERP nos dio algo para mantenernos y después para venirnos para acá.

-*La diferencia, entonces, no era con los argentinos. Era con algún argentino y algunos uruguayos que estaban allá.*

-Pasó poco tiempo de ese Comité Central ampliado y nos vinimos.

-*¿Fue en ese momento que cayó en Buenos Aires un grupo grande, entre los que estaba Cultelli?*

-Sí, fue ahí.

-*¿Qué pasó con esa gente?, ¿quedó presa allá?*

-Sí, quedó allá, hasta que los soltaron y se fueron para Europa.

-*Tú ya estabas acá.*

-Sí, los peludos nos vinimos todos. Y ahí es que, los que habían caído allá, nos mandan avisar, desde la cárcel, que nos cuidáramos, que la policía sabía que habíamos vuelto y estábamos acá.

-*Entonces...*

-Y bueno, está, nos cuidamos. Nos cuidamos lo que pudimos.

-*Hasta que caíste en el 75. ¿Cómo fue?*

-Habíamos tenido una reunión con un muchacho de FUNSA que estaba clandestino y había vuelto de Buenos Aires con Lerena y con Juan de Europa.

-*¿Así se llamaba?*

-Se llamaba Juan Rodríguez pero le decíamos Juan de Europa porque había estado en Europa y había venido para Uruguay, para el Comité Central a fin de resolver el gran problema: ¿qué hacíamos?, ¿cómo nos insertábamos?, ¿cómo conseguíamos algún fierro? Porque no teníamos nada. Habíamos venido de Buenos Aires con los documentos nomás. En un momento pensé que había que ir a buscar algo al norte.

-*Allá tenían algunas cosas. ¿Fuiste?*

-No alcancé a ir, porque al salir de la reunión, ya estábamos todos cantados.

-*¿Quién los había cantado?*

-Ahí se cumplió lo que sosteníamos nosotros en Buenos Aires, que la Organización estaba totalmente infiltrada. Los peludos habíamos hecho en Cuba varios cursos de contra inteligencia. Cuando llegamos a Buenos Aires, vimos lo frágil que estaba la Organización. La fragilidad era total.

-¿A qué se debía tanta fragilidad?

-A muchas cosas. A que había un aparato constituido sobre la nada. Sobre una sociedad que no era la que correspondía al aparato. Nosotros, los que llegamos de Cuba, nos sentíamos flotando. Era como si uno no encontrara un lugar donde pararse con firmeza. Qué sensación rara que era aquella.

-Te digo algo sobre esa sensación. Yo, durante muchos años, en el exilio, decía una frase que recién entendí cuando había vuelto y el exilio había acabado, "Me siento en el aire, decía, me siento en el aire", un día entendí. Me sentía en el aire porque había quedado sin raíces. Mira qué simple. Sin embargo demoré años para saber a qué aludía yo, cuando decía: "Me siento en el aire".

-Yo, en Buenos Aires, con esa gente que es tan parecida a nosotros, que habla como nosotros y al mismo tiempo tiene cosas tan diferentes, me sentía flotando. Esa ciudad tan enorme, con gente que desaparecía como si tal cosa. Gente de la que nadie hablaba. Se hablaba más en Artigas de una vaca muerta que en Buenos Aires de un compañero muerto. Te doy un ejemplo. ¿Dónde está Juancito (uno del ERP) que no nos trajo los volantes que había prometido? "Desapareció hace una semana." "¿Qué pasa con Margarita que no está yendo a la fábrica", decía, de pronto, uno de los nuestros, que trabajaba como obrero, a otro del ERP que estaba en lo mismo. "La mataron" decía el otro tranquilo. Y ahí, en medio de esa selva desconocida, de uruguayos que llegaban de Montevideo y hacían que vos te preguntaras de dónde habían salido, sin que nadie pudiera contestarte. Decirte de dónde había salido, no podía ninguno de los compañeros, en los que vos confiabas, porque ninguno lo conocía. Y no estoy hablando de lo peor, que era sentir que todo se venía abajo. Que muchos de los que conocías ya no eran aquellos que habías conocido y querían rajarse, mandar todo a la mierda.

-¿No te vinieron, a ti también, ganas de mandar todo al mismo lugar?

-Sí, hubo momentos difíciles, en que te preguntabas: "¿qué estoy haciendo acá?" pero siempre había aquel sentimiento que te decía: tenés que seguir, tratar de recuperar lo poco que queda y esperar el momento. Además, ya te lo dije, los que hemos estado en esto llevamos en el alma..., llevamos... nos sé cómo explicarte. Pero es algo que pesa mucho.

-Los compañeros muertos.

-Los compañeros muertos pesan. Irte, olvidar todo, abandonar todo, era una traición.

-Ya una vez hablamos de esto. Tú recordaste a Sendic que cuando los compañeros lo empujaban a irse dijo: "¿Ustedes me imaginan cruzando el río Uruguay?", como si el río fuera el límite total, definitivo. No sabés cómo se me grabó esa frase de Sendic. Es como si viera desde el aire el río, las dos márgenes y una lanchita pequeña y solitaria con un hombre.

-Yo comprendí y compartí ese pensamiento de él. Lo asumí para mí. Por eso peleé mucho para quedarme, cuando quisieron mandarme a Cuba en el 72.

-*Pero perdiste la pelea.*

-Sí, la perdí. Era una orden y ya no podía desobedecer. Pero cuando, estando en Cuba, tuve un puesto de dirección y pude decidir qué hacer conmigo, volví. Yo agradezco tanto que los compañeros me hayan votado para ese puesto de dirección que me permitió decidir...

-*Sos gracioso Cholo.*

-Pero es que esa era la única manera de volver. Yo quería volver.

-*Aquí las cosas se estaban desmoronando y pienso que tú lo sabías. ¿Querías volver porque sentías que tu deber como luchador era estar junto a los demás, en la caída, o querías volver para salvar lo que quedaba?*

-Ya no sé bien. Vos hablás de "decisión ética". Es verdad, ética, porque querés estar junto a los que lucharon contigo, compartir su destino. Pero también hay una lucecita de esperanza. ¿Y si todavía se pueden dar vuelta las cosas? Yo tenía esa ilusión. Todavía tenía esa ilusión. Esa pasión.

-*¿Ya no?*

-Mirá, hoy... Hoy ya no puedo militar con aquella misma convicción. Hay cosas en las que ya no creo -*dice y queda largo rato pensativo.* Cosas en las que ya me cuesta creer.

-*¿En qué cosas te cuesta creer?*

-Me cuesta creer en algunas alianzas. Me cuesta creer que cosas que no son buenas puedan dar resultados buenos. Si tal cosa es mala, no puede ser que el resultado sea bueno.

-*En una palabra no creés en aquella idea que llegó a dominar la izquierda en el pasado: "El fin justifica los medios".*

-No creo que cosas malas traigan resultados buenos, sí, eso es lo que quería decir, es así. Ni creo que hoy se vayan a dar los beneficios que nosotros queríamos dar a la gente de abajo. Hoy yo veo que todo está un poco inflado.

-*¿Estás pensando en el Frente?*

-Sí. El Frente sale ¿y va a ser lo que pensamos, lo que todos queremos? ¿Vos qué decís?

-*Que no va a ser lo que queríamos. Que el paso entre lo que queremos y lo que podemos es largo. Pero es un paso. Aquella pasión que incluso justificaba y embellecía la muerte ya no estará. Tenemos que aprender a valorizar los pequeños cambios que podrán hacerse. Y no perder la alegría. Como dijo Fray Beto del gobierno de Lula: "El ascenso de Lula no es el resultado de una revolución, sino de una elección". No olvidemos eso.*

-Sí, sí. Está bien, pero cómo me gustaría tener la firmeza, la pasión que tenía antes.

-*La palabra pasión lo dice todo. En la pasión hay siempre una carga de mentira, de ilusión.*

-Pero cómo extraño lo que sentía cuando subía a una tribuna a hablar. Lo único que sigue igual es la convicción de que hay que cambiar esta sociedad. De eso no me he movido ni un milímetro. Esta sociedad es muy injusta. Hay que cambiarla en serio -*dijo, y se puso, con gesto de enojo, a ojear un diario que estaba sobre la mesa.*

-¿Qué encontraste ahí, interesante, que te fuiste de la conversación?

-No, nada. En el diario nada. Estaba pensando en cuando el Flaco Belletti me dice: "Cholito, pero qué cagada, ¿por qué volviste?, te hubieras quedado preparándote, allá en Cuba, o en Europa".

-¿Y tú?

-"Pero dejate de joder, Flaco, yo vine a pelear aquí a Uruguay. ¿Qué querés que haga yo en Europa? Decime, qué."

-*No estabas arrepentido de haber vuelto.*

-Jamás, arrepentido jamás. Uno no tiene que arrepentirse después que hizo las cosas. Pienso en los que estaban adentro y se arrepintieron de las cosas que hicieron y los llevaron ahí.

-*Hablás de la cárcel.*

-Sí, cuando volví a caer, ahí pude ver aquel disparate que eran los arrepentidos. Estaban mal adentro, y salieron mal cuando pudieron salir.

-¿Sí?

-¡Claro! Dedicar tantos años a hacer algo y después pensar que ese tiempo lo perdiste. Yo no podía escuchar a los que decían: "Podría tener una familia", "Podría tener hijos". Si te ponés a pensar en esas cosas te enloquecés. Dedicué parte de mi vida a tratar de cambiar la sociedad e hice bien. No me arrepiento de nada.

-*Dijiste que Rodríguez Belletti te dijo: "¿Cholito por qué volviste?" Eso fue cuando te metieron en la cárcel de Libertad.*

-Sí, en ese momento.

-*En Libertad te metieron cuando caíste por segunda vez.*

-Claro. Fue allí en el segundo piso de Libertad que me encontré con Rodríguez Belletti. A mí me llevaron a Libertad, me metieron en la celda de Carlitos Liscano y, al ratito nomás, me sacaron para repartir agua junto con Carlitos. Después me enteré que eso lo habían hecho para castigarme.

-¿Por qué para castigarte?

-Porque, por cada celda que yo pasaba, los compañeros empezaban a preguntar y saludar: "Cholito, ¿cómo caíste?" "¿Dónde te agarraron?" "¿Cómo andás?" Ellos a saludar y preguntar y yo a contestar. Así fue que cuando terminé de repartir se vino la sanción.

-¿Sanción por qué?

-Porque no se podía demorar y yo demoré. No sé cuántos días me suprimieron el recreo. Carlitos Liscano se reía. "Te mandaron para eso, para que te demoraras y sancionarte. Te bautizaron", decía.

-Te sancionaron pero valió la pena. Me parece.

-Sí, fue lindo el reencuentro.

-Cholo, en este relato que me acabás de hacer salteaste cuando te llevaron. Porque si vos estabas en la cárcel, es porque te habían agarrado acá. ¿O no?

Amargo regreso

-Te voy a contar, entonces, mi vuelta. Cuando vi esa debacle que había en la Organización, los renunciantes, las divisiones, yo dije: "Esto se acabó, está todo podrido, me vuelvo para Uruguay". Llegué a Montevideo, alquilé un ranchito y empecé a buscar trabajo en la construcción.

-Y a la Negrita, tu hija, ¿No la viste al volver?

-Claro que la vi. Antes de caer por segunda vez, la vi. La Negrita estaba con la familia del cura y una compañera que sabía que yo quería verla combinó conmigo para acercármela. Quedamos en encontrarnos en el Paso Molino, bajo el puente.

-¿Y cómo fue ese encuentro?

-Ah... fue tan lindo. Yo quedé sorprendido de verla, tan grande. Uno no piensa en eso, sigue pensando en ella con el tamaño que tenía cuando dejó de verla. Pero la gurisa había dado bruto estirón.

-¿Qué decía ella?, ¿qué preguntaba?

-Ella tenía una idea de lo que pasaba y no preguntaba. Nos mirábamos, ella me tomaba de la mano, yo le acariciaba la cabeza y hablábamos cosas corrientes. Yo: "Qué grande que estás". "Capaz que te veo en la calle y no te conozco." "Contame del liceo." Ella: "¿Papá cuando vamos a vivir otra vez en nuestra casa?" "¿Cuándo vamos a estar juntos otra vez?" Estaba preciosa la Negrita. Cariñosa con su padre.

-¿Hoy es militante?

-Sólo en el gremio de ella. Trabaja en la Asociación Cristiana de Jóvenes. Allí es funcionaria, atiende a los niños en los vestuarios. Salió bien, con la fuerza mía en lo que tiene que ver con el trabajo. En el trabajo es una hormiguita. Y está bien ubicada políticamente. Viste que, a veces, los hijos, si los padres fueron para allá, ellos van para el otro lado. Ella no me dio ese disgusto.

Y volviendo al día en que nos encontramos en el puente. Ese día pasó algo bien curioso. Estoy con ella bajo el puente cuando veo bien cerquita a Lerena, también clande, que se había encontrado con su esposa y sus dos hijas. Nos acercamos: "¿Qué hacés?" "Ya ves con mi mujer y mis hijas." "¿Qué hacemos?", dijimos. "¿Vamos para el Cerro?" "Vamos." Y nos fuimos contentos, como si la vida fuera bien fácil. Como si no hubiera persecución ni policía. Como si fuéramos dos familias en un día de fiesta.

-*Vos con tu gurisa, él con las suyas.*

-Sí, yo con la Negrita y él con toda su familia. Tomamos un ómnibus y fuimos para el Cerro. Toda la tarde pasamos allá mirando la ciudad, las torres, el agua, los barcos y los cañones de la época de la primera independencia. En un momento ayudamos a bajar a una señora muy mayor que andaba trastabillando. Quedamos hablando. "Capaz que es la última vez que sube al Cerro, esta pobre viejita" -dijo Lerena. "Nosotros también, capaz que es la última vez", le dije. "Tenés razón, capaz que es así nomás", dijo él. Y, para él fue la última.

-*Lo mataron.*

-Sí.

-*¿Cómo fue?*

-A él lo mataron, o no, cuando estábamos presos, allá en el 9°, donde nos habían preparado para pasarnos a Juez.

-*¿Lo mataron estando preso?*

-No sabemos qué pasó. Según el informe de los milicos se ahorcó con una cuerda.

-*¿Pensás que era posible?*

-Yo no lo veía tomando esa decisión, no, pero puede ser. En esos días estábamos los dos en el calabozo y nos comunicábamos golpeando en las paredes. Con los golpes decíamos "UTAA, UTAA, por la tie /rra y con Sen/dic, por la tie/rra y con Sen/dic". Y en un momento él, después de decir esto, hacía otra cosa. Creo que agarraba una bombilla, y la pasaba contra las rejas. Prrr, prrr, hacía. Yo pensé mucho en ese ruido que venía después del mensaje diario. Al final pensé que quería decirme "Estoy rayado".

-*Pensás que él sentía que estaba rayado.*

-En un momento él ya no respondió a mis golpes. Yo golpeaba pero él no contestaba. Hasta que un día sentí un golpe fuerte, después silencio y después a los milicos que corrían como locos para aquí y para allá. Habían pasado días y días, muchos días, cuando me enteré de lo sucedido. Había vuelto al 4° de Caballería y un compañero me contó qué había pasado. Parece que una visita le dijo a uno de los presos que él se había ahorcado y que la cuerda estaba en el Juzgado. Yo, pensando, me acordé que él tenía una bolsa marinera, que le había llevado la familia, para guardar las cosas. Esa bolsa se cerraba con una cuerda. Es casi seguro que esta vez los milicos no mintieron y él se mató. De cualquier manera, Lerena fue muy torturado. Hay gente que no soporta algo así. Queda mal.

-*Él fue de los que volvió de Argentina, de los que se planteó la vuelta.*

-Sí, él fue de los que volvió para reorganizar todo acá.

-*Mirá a dónde llegamos, a la muerte de Lerena. Estábamos hablando del encuentro con tu hija.*

-De ahí surgió ese encuentro con Lerena bajo el puente, la ida al Cerro. Y la viejita que tal vez subía por última vez.

-Volviendo a tu hija. ¿Por qué no la veías más a menudo?

-Cuando estuvo con la última familia era imposible. Si ellos querían borrar su pasado no podían llevarla a ver a su padre tupamaro y clandestino. Después de esa familia ella estuvo por aquí, por Montevideo, dando vueltas, en casas de compañeros, hasta que se fue a Constitución a vivir con la abuela materna. La abuela tenía muy pocos recursos, lo cual hacía muy difícil, casi imposible, que pudiera venir a verme a Montevideo, donde estuve diez años preso.

-¿Diez años? ¿Estás seguro?

-¡Claro! Del 75 al 85. ¿Te parece que me puedo equivocar?

-Juntando varias cosas, el hecho de que querías un varón, unido al respeto que tuviste con tu madre cuando ésta, aún casada, se vinculó a otro hombre, y unido al hecho de que no querías que tu mujer trabajara y al hecho de que tuviste compañeras que estaban a tu altura en el manejo de armas y etcétera...

-¿Al final, qué querés preguntar?

-Quiero que opines sobre la mujer, que me digas qué pensás sobre la mujer hoy, cómo nos ves. Porque hay una serie de cosas contradictorias.

-Uno cambia ¿no? Cuando empecé a moverme en el mundo de los adultos yo era diferente de lo que soy ahora. No quería que la Chela trabajara. No quería que mi mujer saliera a trabajar afuera. Era yo quien tenía que mantener la casa.

-Como la había mantenido tu padre.

-Ahí va, puede ser sí. A eso estaba acostumbrado cuando me casé. Mi viejo para mí era un ejemplo, y mi viejo era muy machista *-dice y queda pensativo*. Pero yo no lo imité en todo. Además, él no era machista en todo. Te dije que cuando terminábamos de comer me decía: "Cholo, su madre cocinó, a usted le tocan los platos". Hoy no soy nada machista *-creo*. Y cuando era joven sólo un poco. Chela participaba en las reuniones sindicales, trabajaba voluntaria en la oficina de UTAA. Y cuando se dio de entrar al MLN yo fui el primero en animarla a que entrara conmigo. Otra cosa, nunca me molestó que ella viniera a Montevideo por asuntos gremiales o políticos, yo quedaba, manso, con la Negrita. La cambiaba, lavaba pañales, le hacía su comida.

-Otra cosa, cuando, a los dieciséis años, quedaste a cargo de tus hermanos hiciste las tareas -que suelen hacer las mujeres- con toda naturalidad, me parece, ¿no?

-Sí, yo era el mayor. Y nada más. Tenía que hacerlo porque era el mayor y los demás eran muy chicos. No me parecía que dejaba de ser hombre por eso. Nunca algo tan estúpido pasó por mi cabeza. Yo creo que tú tenés que saber que hoy no soy machista. Tenés que saberlo a partir de estas charlas.

-Sí, algunas cosas sé.

-Si yo te digo que el viejo era machista es porque tengo presente lo que hacía, algunas conductas del viejo con mi madre. Mi vieja en la

casa, él por ahí haciendo lo que quería. Y luego otras conductas en que no era machista. En cuanto a mí... Creo que asimilé bastante lo que vino más tarde, con mi generación.

-Bueno, para mí es bastante definitiva la actitud que tuviste, cuando se armó el problema con tu madre. Tu comportamiento no fue el de un machista. Y si pienso que tenías dieciséis años...

-Eso te impresionó mucho -dice el Cholo con expresión muy seria.

-Adoré a ese niño que eras, Cholo.

-¿Sí? ¿Tanto?

-Sí, me pareció algo absolutamente excepcional.

-Si usted lo dice, compañera.

-Tú estabas entonces trabajando en la construcción cuando te llevan por segunda vez. ¿Cómo fue eso?

-Cuando, un día, volvía yo, en bicicleta, de una reunión en Santa Catalina, en la subida de Casabó, se me atraviesa una camioneta con tres milicos adentro que me atajan, me dicen que soy tupamaro y me piden documentos. Yo niego, niego, muestro los documentos: "Yo no soy tupamaro, soy un ciudadano cualquiera". Uno de los milicos caza mi bicicleta. Mientras yo relojié las pistolas con las que los otros dos me apuntaban y vi que eran P 38. Pistolas que no precisan nada. Apretás y sale. Yo desarmado, entonces di un golpe para uno y una patada para el otro. Al de la patada me lo saqué de encima, lo mandé lejos, al de la mano fui a golpearlo de nuevo, para sacarle la pistola cuando el de la bicicleta disparó. Yo sentí un disparo y no le di pelota, al segundo disparo sentí un chijetazo en la cara que me tiró para atrás. La bala me pegó acá arriba. Salió por el agujero de la nariz, me corrió para acá y tiró lejos el yesquero que tenía en el bolsillo del pantalón.

-Era un recorrido medio raro.

-No, porque yo estaba agachado. El recorrido de la bala, se ve clarito. Se ve por dónde entró porque yo tenía puesta una gorra como esta y ahí quedó el agujero de entrada. El resto del recorrido se ve en mi cara y en el vaquero nuevito que me había comprado hacía unos días. La bala al salir por la nariz pegó en un triangulito del pantalón donde tenía el encendedor que con el golpe desapareció.

-Quedaste en el suelo herido. ¿Qué hicieron ellos?

-Uno decía: "Rematalo, rematalo", y el otro: "Qué cagada, nos equivocamos, este no es tupamaro, nos equivocamos". Y otra vez el primero: "No, no, estás loco, es él. Mirá la cartera, mirá la bicicleta".

-Ese diálogo muestra que te buscaban a ti, concretamente.

-Sí, está claro que estaba recontracantado. Dos discutían si era o no era, mientras el tercero insistía para que me liquidaran.

-¿Y vos?

-Yo escuchando porque en ningún momento perdí el conocimiento para nada. Hice la del zorro, que cuando se siente acorralado se hace el muerto.

-Te llevaron al hospital.

-Sí, el médico me miró, vio que había otro que también precisaba atención y preguntó qué herida tenía. "El otro está fracturado" contestó uno de los milicos.

-Tú lo habías fracturado.

-Sí, con la patada. "Ta, primero el herido de bala", dijo el médico. Yo abrí los ojos y lo miré, mientras ponía mi mano derecha sobre la muñeca izquierda porque allí en uno de esos relojes que tienen una tapa llevaba escondido un papel hojilla, en clave, con unos datos. Teléfonos, cosas. Destapé el reloj, pelé los papeles y me los comí. "Ahora que hagan lo que quieran", pensé.

-¿Y el médico?

-El médico me miró, se rió y empezó a examinarme. "Levante el brazo derecho, levante la pierna izquierda", y luego "Está lúcido", dijo.

Durante un día estuvieron investigando el recorrido de la bala. No se explicaban que la bala hubiera salido por el agujero de la nariz.

-¿Y no te dolía horriblemente?

-No, no me dolía. Me curaron esa vez y después nunca más me curaron. Y cada uno que venía a interrogarme o cualquier otra cosa, me pegaba un sopapo ahí. Uno de los que vino a interrogarme fue Monje, que estaba a cargo del cuartel de Rivera. Ahí le dije que una noche en que ellos estaban acampados de tal y cual forma en el Paso de las Carretas nosotros los habíamos rodeado a unos doscientos metros. "Esa noche ustedes pasaron con un vehículo para arriba."

-¿Y él?

-Quedó en silencio, con los ojos duros, como de vidrio.

-No le gustó nada.

-Seguro que no. Después del Hospital Militar me llevaron al cuartel de la Paloma.

-Famoso por las torturas.

-Sí, allí torturaron mucho, pero a mí no. A mí nada.

-¿Por qué no?

-La verdad es que no sé. Pasaban por el calabozo, me miraban, y decían: "A éste no hay que darle de comer". Una semana estuve sin comer, sin tomar agua y sin ir al baño.

-¿Eso es posible?

-Aquí estoy. Después del cuartel de la Paloma pasé al 4° de Caballería. Ahí cuando me sacaban al baño y, cuando iba a hacer mis necesidades, me golpeaban y me golpeaban la cabeza contra lo que fuera. Pileta, wáter, paredes. Hacía tres o cuatro noches que estaba ahí cuando cayó en el calabozo un oficial con un perro. Yo estaba acostado. Me miró y dijo: "A éste hay que matarlo a palos, esto es carniza, no muere de bala. Dale", le dijo al perro. Era un bruto perro, yo lo veía apenas por el agujerito que dejaba la venda. El perro se acercó y me lamó toda la cara, me metía la lengua por debajo de la venda.

-*Qué horrible.*

-No, por suerte. Porque la herida, después que salí, al día siguiente, del hospital, nunca más me la habían curado. El perro tiene algo que te desinfecta.

-*El perro te lamía y tú...*

-Yo quietito.

-*Y sin miedo.*

-Sí, sin miedo. Vi que ese perro no tenía la menor intención de mordirme. Y mientras el perro me caminaba por arriba y me lamía, el dueño me pateaba. A los pocos días me levantaron, me sacaron la venda y me ofrecieron cigarros. Dije que no.

-*Pero vos fumás.*

-Ah, sí, fumo, pero no quise nada de ellos.

-*¿Qué duro, Cholo!*

-*¿Vos habrías aceptado?*

-*Cigarrillos no, porque no fumo, pero chocolate...*

-Yo no.

-*¿Ni agua en el desierto?*

-Creo que ni agua en el desierto. Ellos, a lo que dije no, me dijeron: "¿Vos sos un bobo, no? ¿Por qué mierda te viniste de Cuba? Estabas bien allá", "Mirá, dije yo, me vine porque quería hacer en Uruguay lo que hoy es Cuba. Esta es una sociedad para los que tiene plata y para los que gobiernan". Ahí, me metieron la capucha y me dieron una piña en la cabeza que, como en los dibujos cómicos me dejó viendo estrellitas. Después me dijeron: "Hay compañeros tuyos, que estaban como vos y ahora están mucho mejor".

-*No te dijeron quiénes eran.*

-No, con seguridad algunos que vendieron a la Organización. Andá a saber. No dieron nombres

-*Eso fue en el 4° de Caballería. ¿Quiénes estaban ahí contigo?*

-Lerena, que recibía paquete y compartía conmigo. Soto Alberti, Delgado, López y otro, que era una excelente persona aunque no me acuerdo el nombre. Un padre, aunque era menor que yo. Un tipo humilde, labrador. Trabajaba en la BAO. Cuando nos dieron la amnistía él fue a buscarme a Libertad y me llevó a la casa, en el Cerro, donde vive todavía. Tenía una mulita asada y una muda de ropa. Pero, volviendo al 4°. Un día los milicos empiezan a decirme: "Te van a sacar de acá, te llevan para otro lado". Y mientras, todos los días, me llevaban a la máquina.

-*¿A la tortura?*

-No me torturaban. Me interrogaban no y me trataban mal. Pero no me torturaban. Hasta que un día a Juan de Europa, a Lerena y a mí nos metieron en la valija de un auto y nos llevaron.

-*¿Twiste miedo?*

-Y, mucho no. Un poco sí, uno piensa cualquier cosa. Nos agarramos las manos y nos preguntamos a dónde nos llevarían. Nos llevaron

a la casa que había comprado o alquilado en Punta Gorda “aquel industrial” que llegó en avión con su perro y que había caído. Los milicos tomaron esa casa y la usaron para sus trabajos. Allí nos torturaron varios días. Finalmente nos llevaron al 9° de Caballería para que nos recompusiéramos y así poder presentarnos ante el Juez. En la valija del auto íbamos todos encimados. Al llegar a la casa nos separaron y nos torturaron separadamente. A mí me hicieron submarino, me dieron picana y me tuvieron colgado.

-¿Qué querían que dijeras?

-Querían saber sobre Buenos Aires. Cómo y dónde, en Buenos Aires, me veía con los cubanos.

-¿Y tú te veías?

-Me veía, sí.

-Entonces estaban bien informados. ¿Les dijiste algo?

-No, aunque hubiera querido me había olvidado de todo. Así que sólo les dije que me veía y que los números de los teléfonos, que tenía en clave, me los había comido cuando me prendieron.

-¿Qué pasó con los otros? Lerena quedó mal, después de este episodio es que se suicidó.

-Lo torturaron mucho, quedó muy jodido. Yo me di cuenta que estaba muy mal en cuanto nos llevaron al 9° de Caballería con la finalidad de *prolijearnos* antes de pasar a Juez. Ahí él me dijo: “Tengo que hacerte una crítica Cholito; mientras me torturaban, vos puteabas contra mí. Los milicos te decían que escucharas lo que yo estaba diciendo, y vos decías: ¡Pero a la gran puta!, ¿hasta esto está diciendo Lerena?, mientras veías cómo me torturaban y tomabas mate con los milicos”. Ahí me di cuenta de que Lerena había quedado mal.

-Después de ir a Juez pasaste a la cárcel de Libertad de donde saliste en el 85.

-Sí, pasé diez años.

-Segunda etapa de cárcel. Seguramente más dura que la anterior.

-Sí, muy dura. Pasás el día escuchando gritos. En la cárcel hay que tratar de hacer cosas. Para el que trabajó toda la vida, vivir sin trabajar es algo imposible, uno se vuelve loco. Entonces ahí entré a hacer los barquitos y a leer. Me planificaba para un año. Tantos paquetes de escarbadiantes, tantas lecturas de novelas o libros históricos. De mañana trabajaba y de tarde leía.

-Una de las cosas que parecen más difíciles es la de estar días, meses y años siempre con la misma persona. He oído a quienes navegan grandes distancias que esta experiencia difícilmente acaba bien.

-Sí, esto es así, uno termina chocando con el otro. Yo creo que de aburrido. A mí me pasó poco eso porque siempre tuve compañeros con los que hablábamos muy poco. Algo sí, pero no vivíamos hablando y hablando.

-¿Cuáles eran los temas?

-Aparte de los temas políticos, sobre los que siempre hay algo para decir, estaban los temas de la familia. De pronto empezábamos dando vuelta con uno de los problemas que nos preocupaba y uno de los dos decía: "Mirá, esto, acá, no podemos resolverlo, estamos presos, así que, en esto, no pensamos más". Me acuerdo de una vez en que me dijeron que Chela tenía que irse para el interior por tales o cuales discrepancias, que ella y otros compañeros, tenían con la dirección. ¿Qué podía hacer yo, si estaba allí encerrado, y a ella no podía verla porque estaba clandestina? Y en eso siempre fui muy claro. ¿Esto puedo resolverlo? No puedo. Bueno, entonces ta. A otra cosa. Vos sabés que había compañeros, adentro, que pensaban: "Bueno, cuando salga voy a rehacer mi vida, me voy a casar, voy a..., voy a...". M'hijito, pensaba yo, si ya no lo hiciste cuando tenías que hacerlo, a los veinte años, no lo vas a hacer ahora que tenés cuarenta. Ya la vida te dirá qué podés hacer y qué no. Olvidate de eso.

-*Contame de algún compañero de celda, alguno de aquellos que te ayudaron a mejorar la escritura.*

-Carlos Liscano fue uno.

-*Sí, yo sabía. Él me contó que no hace mucho iba por la calle cuando escuchó una voz que decía algo así como: "Si no me equivoco, ese que viene caminando ahí es Liscano". Dice que pensó: "Por la manera de hablar, este sólo puede ser el Cholo".*

-Hacía mucho que no nos veíamos. Me alegró encontrarlo.

-*Él sería uno de tus compañeros de celda, que no hablaba más de lo necesario.*

-Así es. No más de lo necesario. Pero, sí lo necesario. Él fue uno de mis maestros. Cuando yo salí de Punta Carretas llevaba conmigo la mentalidad de aprender y cuando llegué al Penal de Libertad habían, justo, cerrado la biblioteca. Liscano entonces, me dice que él tiene una gramática española. Y yo le digo que me gustaría aprender gramática. A esto Liscano me propone enseñarme. Y así empezamos. Todos los días, sin faltar uno, él me daba clase. Meses fueron. Hasta que me cambiaron de celda. Fue un gran compañero. Tengo muy presente el momento en que perdió a la madre.

-*Fue duro.*

-Sí, muy duro. Él sufrió mucho. No me olvidaré nunca de ese momento.

-*Carlos Liscano fue, entonces, tu último profesor de lectura, creo.*

-Sí, antes, en mi infancia, hay dos maestras. Después un compañero en Punta Carretas. Y después Liscano.

-*¿Qué pasó que no aprendiste con las maestras?*

-Las maestras eran una buena y una mala. Y bueno...

-*Contame, contame bien toda esa historia de tu aprendizaje. Empezaste en la escuela.*

-Bueno, la maestra que llamaremos "la buena" era muy exigente con los niños y a mí me sirvió mucho. La anterior maestra, en cambio, la mala, me había hecho sufrir. Me llamaba brasilero bruto cuando yo intentaba decir algo. Ella tenía una expresión de desprecio que a mí me hacía sentir muy desgraciado. No olvido que se burlaba y hacía reír a toda la clase. Una cosa así es difícil de olvidar. La clase se reía a carcajadas y yo quería desaparecer.

-*Brasilero bruto, la bruta era ella.*

-Sí, de ahí que yo quedé, en Constitución, con el apodo de el Brasilero. Igual que mi padre.

-*¿Y tu padre por qué?*

-Porque hablaba igual que yo, en brasilero.

-*Claro, ustedes vivían en Salto. Cuando me lo empezaste a contar no entendía. En Salto es raro que alguien hable la lengua de frontera.*

-Sí, en Salto, en Constitución, se hablaba como en Montevideo. En Nuevo París, donde paramos cuando vamos a Montevideo, vivía un vecino de allá, al que decían el Zorro. Un día, después de años que no lo veía, él me ve de lejos y me grita: "Oh Brasilero". Yo me di vuelta sabiendo que me iba a encontrar con alguien de Salto.

-*Hoy no te molesta.*

-No, hoy no. Me molestaba cuando lo decía aquella maestra corsaria, porque yo sabía qué quería ella con eso. Quería que la clase se riera de mí. Eso quería. Yo me complejé tanto que salí de la escuela sin saber leer. Salí deletreando.

-*A ver, cómo.*

-Para armar una frase iba de letra en letra. Por ejemplo: E l n i ñ o, el niño. ¿Entendés?

-*Sí, entiendo. ¿Y qué pasó con la otra maestra?*

-Esa otra tenía paciencia conmigo. Era paciente y muy inteligente.

-*Sin embargo saliste sólo deletreando.*

-Yo estaba tan acomplejado que no pude aprender. Después mejoré, un poco mejoré, con la militancia sindical.

-*Y con la cárcel.*

-También, también.

-*No todo fue malo en la cárcel.*

El Cholo sonríe, echa una mirada hacia el techo y no responde.

-*La segunda maestra era de Artigas.*

-Era. Yo podía haber aprendido bien en esta etapa. Pero tenía tanto rechazo a la lectura que convencí a la directora de que en la hora de la lectura me dejara trabajar en el jardín. Me gustaba tanto la tierra que yo convencía a cualquiera. A la directora me costó, pero al final la convencí. Y yo tenía precioso ese jardín. Con rosales y las otras flores que se usaban en esa época.

-*Cuando los demás tomaban el libro, tú tomabas la pala y te ibas al jardín.*

- Ahí va.
- ¿Hasta qué año fuiste?
- Hasta tercero. Cuando pasé a cuarto dejé la escuela.
- Después aprendiste algo en Punta Carretas y luego en Libertad con Liscano.
- ¿Liscano te contó de la gramática?
- Sí, me contó que sabías leer bastante, pero que no sabías escribir más que un poco.
- Sí, a mí me pusieron en la celda con Liscano. Yo quería aprender, y él, lo que más quería allí, era enseñar.
- Decís bien, "allí", porque fuera de allí andá a saber cuáles otras cosas quería.
- Andá a saber. Pero ahí estábamos los dos y aquel libro, el único. Una gramática. Lo agarramos y lo hicimos completo, de la primera a la última letra.
- Lo que dice Liscano es que todos los días, a las tres en punto de la tarde, tú estabas como un soldado esperando la clase.
- Ah sí, sí. Tiene que ser así. Pero él me apoyaba mucho también. Ese sistema de llegar y empezar a aprender y estudiar en la cárcel lo teníamos de Raúl, de Punta Carretas en el 70. Él juntó a todos los peludos y nos distribuyó. A mí me metió con otros dos compañeros, uno era estudiante y el otro no sé qué era, pero sabía. Ellos me enseñaron a leer.
- Pero tú leer sabías.
- Algo sabía, pero me costaba mucho. Ellos me enseñaron y yo tenía que leer una, dos y tres páginas por día. Leerles a ellos. Yo temblaba como una vara verde.
- ¿Por qué temblabas?
- No sé. Era una prueba que me costaba mucho. Me costaba mucho leer. Y después se puso peor porque no tenía solamente que leer, sino explicar lo que había leído. Y...
- Te escapaste el 6 de setiembre de 1970 con lo cual interrumpiste tus estudios.
- Exactamente. Los retomé cuando volví a caer en cana.
- ¿Cómo era Liscano de profesor?
- En un momento me le retobé un poco.
- ¿Por qué?
- No me gustaba que me pusiera esas correcciones con colorado porque yo no me las bancaba. Me golpeaban en la mitad del pecho. Me traían a la memoria aquella maestra odiosa que me llamaba de brasilero bruto y eso claro... No sé, pero me dolía tanto aquel lápiz colorado en mis trabajos.
- Le dijiste a Carlos. ¿Y Carlos?
- Carlos no dijo nada, se reía. No lo usó más.
- ¿Qué más hacías en la cárcel?

-Yo tenía claro que allí había que dividir el tiempo. Estudiar, si se podía, y trabajar. Un horario para cada cosa. Uno para leer, otro para hacer algo con las manos. Cuestión de no dejar ningún tiempo muerto, porque el tiempo muerto estando preso, es el camino hacia cualquier cosa, ninguna buena. Quedarse en la celda, sin hacer nada... Lo más parecido a eso puede ser el infierno.

-¿Qué manualidad hacías?

-Con otro compañero hacíamos barquitos de escarbadiantes. Primero los afinábamos, después cortábamos. Hacíamos los mástiles, los cañoncitos. Yo hacía el casco, cosía las velitas. Las puntadas tenían que ser bien parejitas. Yo iba preparando y le pasaba al otro compañero que iba armando.

-Ese trabajo te gustaba.

-Me gustaba ese trabajo, sí, pero me empezó a gustar más cuando vi lo lindos que salían aquellos barquitos.

-*Qué importante para tu salud mental que el trabajo que te habían propuesto te gustara -dije tomándole las manos. Ambos las miramos con ojos científicos, como si se tratara de un objeto autónomo cuyas asperezas, marcas y manchas tuvieran que explicarnos el cómo de ese paso que las había llevado del machete a la aguja. Las volví de un lado y de otro; el Cholo miraba alternativamente sus manos y mi cara. Volvieron finalmente a su lugar, sobre la mesa, mientras ambos movíamos al unísono la cabeza. El Cholo dijo: "¡Pa, qué sería quedaste!"*

La libertad que nació entre rejas

Me encontré un mediodía con el escritor Carlos Liscano porque yo quería conocer su versión de ese período compartido con el Cholo en el Penal.

-Yo estaba en Libertad desde hacía más de tres años cuando cae el Cholo y lo ponen en mi celda.

-Eso era en el 75.

-No, era el 76, yo tengo una fecha precisa porque en mayo muere mi madre y estábamos con el Cholo en la celda desde hacía muy poco.

-Él me contó lo malo que fue ese momento para vos. Lo recuerda bien.

-Sí..., el Cholo cae en mi celda y yo siento algo así como una responsabilidad muy grande.

-No entiendo bien ¿por qué?

-El Cholo era un peludo con mucho prestigio. En el momento que cayó él estaba en la dirección del MLN.

-Además tú eras muy joven.

-No tanto, apenas un poco menor que él. Yo tendría veintiséis y él treinta o treinta y dos. Y bueno, había una cultura en la cárcel, creación del MLN, que consistía en recibir a todo el mundo bien. Viniera de donde viniera.

-*Viniera del grupo político que fuera. ¿Eso querés decir?*

-Sí. No importa de dónde venía. El preso es preso. Lo primero es eso. Después está la historia que trae. Si empezás por preguntarle la historia al preso te metés en terreno difícil. Pensá por qué aquí no ocurrieron las batallas que se dieron en otras cárceles.

-*En Argentina...*

-Por ejemplo. Lo primero es darle la bienvenida, preguntarle qué precisa. Esto lo ves bien claro cuando llegaron los comunistas. "Bienvenido, ¿qué te hace falta?, ¿tabaco, yerba, galletas, mantas?" Gente que venía de los interrogatorios, de la tortura, vas a preguntarle: ¿Quién sos? ¿Cómo te llamás? ¿Dónde caíste? ¿Qué pensás de esto o de aquello?

-*Entonces al Cholo lo pusieron en tu celda.*

-Sí, cayó ahí, en mi celda y ya al día siguiente nos pusimos a charlar de lo que se podía leer y de la censura respecto a lo que los milicos llamaban materiales ideológicos. Me fui dando cuenta, entonces, de que el Cholo si bien no tenía dificultades para hablar las tenía para escribir.

-*Él hablaba desde muy joven en las asambleas.*

-Sí, pero le tenía que escribir a su hija, a la Negrita y a la madre de la Negrita que estaba presa y no podía. Enterado de eso le propuse estudiar idioma español.

-*¿Y él?*

-Él, con una gran humildad y modestia aceptó enseguida. Esta es una característica del Cholo.

-*Aceptar que no sabe.*

-Aceptar que yo que soy menor que él le enseñe. Él, como te dije, en el momento que cayó pertenecía a la dirección.

-*La Negrita dice que de su padre aprendió la humildad y la solidaridad.*

-Él tiene eso y una disciplina de fierro. Yo conseguí un libro de primer año de liceo donde tenés gramática y lecturas. Él consiguió un cuadernito y un lápiz y todos los días, después de la siesta, a las tres de la tarde, nos dedicábamos a eso. Teníamos un pizarrón y...

-*¿Y...?*

-Yo no sabía qué hacer, cómo hacer. Nunca había dado clase. Inventé. Inventamos un método. Él, todos los días, tenía como deberes una redacción que yo, al empezar la clase le corregía, después venía la lectura en voz alta, el análisis gramatical -sujeto, verbo, predicado- y dictado.

Uno de los problemas que se me planteaba era el tema de las redacciones. "¿De qué escribo?", decía el Cholo. No le podía decir escribí sobre la primavera ni escribí sobre política estando presos. Entonces apareció el tema cantado. Su trabajo. Así él fue contando todo sobre la caña. Sobre cómo se hace un rancho de terrón. Me gustaba escucharlo

hablar de cosas que yo desconocía. Él aprendió a leer y escribir y, a ambos, nos sirvió para tener la mejor convivencia posible.

-*Tú crees que las clases fueron determinantes de buena convivencia.*

-Sí, creo eso. La relación se fue ablandando, lo cual es muy importante si compartís la vida con otro en una celda. Había, además, otra cosa que facilitaba la buena relación. Toda mi familia es del campo. Conozco a la gente del campo, el tipo de broma, el humor. Ese poco de zorro que tiene la gente del campo, que no sabés cuándo te está mintiendo. A veces te prueban. Piensan: "a este de la ciudad le cuento cualquier cosa". Pero además de lo que te conté sobre las clases hay que agregar otra cosa: la lectura de libros. Sobre todo de historia. Al principio leía yo, pero pasado un tiempo le pedí que leyera él. A lo cual el Cholo respondió: "No, no hermanito, cualquier cosa menos leer en voz alta". Ahí le dije que yo había leído mucho, que le tocaba a él. Y él: "No, no, yo no". Yo vi que tenía que desplegar los argumentos que sabía que lo convencerían y fue lo que hice. "No me parece justo que no quieras leer, porque yo leo todo el tiempo y vos no. No es democrático", le dije sabiendo cuanto lo jodería oír algo así. Si vos decís que estás trabajando más que él, él de inmediato va a sentir que eso no es justo y va a tratar de trabajar tanto como vos. "Pero, además -le dije-, vos sos un dirigente sindical y tenés que leer comunicados, cosas así en voz alta." "No, yo no, dijo él. Eso es terrible. Yo no lo hago. No puedo."

-*¡Eso es terrible!*, prefería hablar, decir discursos, eso no era terrible.

-Sí, pero como yo insistí con que eso no era justo, se levantó y se paró al lado de la puerta con su poncho de frazada.

-*¿Qué poncho era ese?*

-Un poncho celeste y rojo que se había hecho el Cholo con una frazada. La cosa fue que se paró y leyó. Le temblaban las manos y transpiraba. A pesar del frío cruel de esos días, transpiraba.

-*Esto el Cholo me lo contó. Me contó el miedo y la angustia de esas primeras lecturas.*

-Leyó dos minutos y quedó cansado y sudoroso. Al otro día se repitió la historia. Él dijo: "¿Cómo, otra vez?" Le dije: "Sí Cholo, otra vez" y repetí el argumento. Esta vez no terminó sudando. Y así de allí en adelante hasta que aprendió. Pasaron tres años y un día en que el Cholo ya estaba en otra celda, con un muchacho de ciudad, de clase media, estudiante y lo veo leyendo en voz alta. Le digo: "¡Cholo, leyendo!" "Sí, me dice, le estoy leyendo a este pelotudo porque si no no lee nada" -*dice Liscano riendo.*

-*Otra cosa que me contó es de cuando le marcaban sus planas con rojo.*

-Los cuadernos del Cholo eran de impecable prolijidad. Forrados con naillon. Un día me dice: "Hermanito..."

-*Siempre te decía "hermanito".*

-Sí, es típico de los peludos el hermanito. Entonces: "hermanito: a mí no me gusta que me marques el cuaderno con colorado".

-*Él no se quejaba de las correcciones, sino del colorado.*

-Sí, le molestaba la birome colorada que le ensuciaba el cuaderno. No la usé más. Y cuando terminó el curso, que duró nueve meses, esa tarde hicimos un festejo. Estábamos contentos.

-*¿En qué consistió el festejo?*

-En que cuando terminó la clase no hicimos más nada. Tomamos mate, charlamos, nos reímos recordando episodios hasta que llegó el rancho.

-*El libro lo habían terminado.*

-Sí, teníamos el libro completo. Hasta la última hoja. "Ahora tenés que escribirle cartas a la Negrita", *le dije.*

-*¿Y el Cholo?*

-Le escribía, claro.

-*¿Cuándo fue que los separaron?*

-Cuando se dieron cuenta de que esa era una celda que funcionaba. Es decir cuando vieron o le pasaron la quiniela de que teníamos una buena convivencia. Ahí entró el malón y chau. El Cholo para afuera. Eso no podía quedar así, el Cholo aprendiendo a leer y escribir, haciendo sus barquitos, yo dándole una manito, los dos leyendo libros, jugando al ajedrez.

-*Llegan, entonces, y se llevan al Cholo.*

-Se lo llevan y no sabés para dónde. ¿Al calabozo, a la tortura, a otra celda? No sabés, nunca sabés.

-*No sabés ni a dónde ni por qué.*

-Nunca sabés. A mí me sancionaron. Para empezar me sacaron todos los libros y algo más. Ya ni me acuerdo.

-*¿Cómo se siente algo así, en momentos en que hasta lo más pequeño es importante?*

-Que te separen de un compañero con quien te relacionás bien es durísimo. Muy jodido. En este caso, además, me trajeron un colchón y una cantidad de bolsos de un preso, que estaba internado, con cáncer en el Hospital Militar.

-*No se puede negar que saben cómo golpear. Te ponen un moribundo en la celda.*

-Durante meses tuve los restos de ese compañero acompañándome. Era el padre de la hija de Jessie Macchi, quien murió sin usar su cama. El Cholo fue un tipo importante en mi vida. Y supongo que la inversa también se da, porque el Cholo fue siempre un tipo muy cariñoso conmigo.

-*¿Cómo fue que te dijo un día que al pasar se encontró contigo por la calle?*

-Empecemos porque yo estaba en casa y escucho que le están ha-

ciendo una entrevista en la radio. Lo oigo hablar y cuando acaba salgo. Voy por 18 cuando oigo una voz que viene de la cola del ómnibus que dice: "Si no me equivoco ese que se ve ahí es Carlitos Liscano". Hacía años que no lo veía, pero era la forma de hablar del Cholo. Era el Cholo y fue lindo encontrarnos. Hablamos, me contó cosas.

-¿Qué te contó?

-No, no. Cosas de su vida que no te voy a contar.

-Está bien. Decime algo. Me parece que el Cholo no es un peludo clásico.

-No es. El Cholo es abierto, es sociable, tiene sentido del humor. Si tú hubieras querido hacer lo que estás haciendo con otro peludo, habría sido imposible. Suponé que querés conocer la historia de UTAA. Ese otro peludo te va a decir dos frases y va a sentir que ya te contó todo. Dos frases y está.

-Para ti fue importante la convivencia con él.

-Sí, muy importante. Para empezar cuando él llegó trajo información. Hacía ya cuatro años que la mayoría estábamos presos y la desinformación era grande. A pesar de que cuando él entró al Penal hacía ya un año que estaba preso.

-En los cuarteles.

-Sí, en los cuarteles. De cualquier modo estaba mucho más al día que nosotros. Pero además él había estado en Argentina, en Chile, en Cuba, de vuelta en Argentina, en Uruguay.

-Toda la historia del MLN en Argentina es compleja. De ahí él tiene mucho para contar. Y una gran lucidez para ver las cosas.

-Sí, sí, fue así. Y, siguiendo con su carácter te señalo su solidaridad. El Cholo está siempre pronto para ayudar. En algunas cosas un poco primitivo y... en líneas generales, te diré que me hace acordar bastante a mi familia del campo -dice Liscano y queda pensativo. Hay algo fantástico en el Cholo que no deja de sorprenderme. Cuando llegó al Penal era un hombre con más de treinta años y mucha experiencia de la vida. Sin embargo en las horas de clase se sometía a las reglas que son las que se establecen en torno a un aprendizaje siempre con total humildad y con alegría. Para mí fue una experiencia importantísima porque yo veía los resultados. Te aseguro que no es poca cosa sentirse útil en la cárcel. El Cholo me hizo sentir útil. Y cuando me lo encuentro leyéndole a su compañero de celda no te digo qué alegría. Fue tan importante ver ahí, en los hechos, el resultado. Pienso que a partir del trabajo de ambos el Cholo le tomó el gusto a la lectura. Estando juntos todavía se leyó entero *Los miserables*, que teníamos en la celda. Y luego otras muchas cosas. Cosas que siempre nos daban tema. Es importante en la cárcel encontrar tema. En la cárcel uno tiene que armar un poquito de vida. Un poquito. Es como prender un fueguito aunque sepas que sólo te calentará un poco, un rato. No es la vida, no es, no. Pero la comunicación, el afecto es lo que te ayuda en la cárcel a pasar el tiempo, lo que te

permite sentir que la vida no es una herida absurda. Y para esto que te digo, no sólo servían los libros que leíamos. Me acuerdo de un día en que el Cholo hizo una redacción sobre algo del campo. Me la da a corregir, yo corrijo y él me dice: "Pero, decime, ¿por qué me corregiste la palabra clina, por qué pusiste crin?" "Mirá Cholo, puse crin porque la palabra es crin. Vos, si querés, podés decir clina, por supuesto, pero está bien que sepas que la palabra aceptada por la Academia es crin." Y bueno a partir de cosas como ésta se armaban conversaciones. Sobre las palabras, sobre el idioma y, por supuesto, sobre los caballos, las crines y de allí hacia lo que quieras.

-¿Terminado el curso de idioma, no se propusieron más nada?

-Sí, nos proponíamos seguir con matemáticas.

-¿Y qué pasó?

-En ese momento nos separaron.

-Sabían lo que hacían. ¿Sabés?, me quedé pensando en lo que contaste al comienzo sobre la conducta de los presos políticos con aquellos que iban llegando a la cárcel.

-Sí, eso fue bueno. Al principio el juego era que el tipo cuente lo que quiere cuando quiere.

-¿Cómo llegaron a formular esas reglas que indican que se han tenido en cuenta no sólo principios de generosidad y de respeto por el otro, sino también conocimientos de psicología?

-Esto viene del MLN. La cultura de las cárceles políticas de hombres, en Uruguay, la crearon los tupamaros en Punta Carretas. De eso no tengo dudas. Cuando Tito Martínez llega a la cárcel, se encuentra en el patio con Serrón. Serrón le dice: "Acá somos todos iguales".

-Quería decir que los cargos de afuera ahí no corrían.

-No corrían, Antelme cuenta en su libro las rivalidades atroces que se vivieron en las cárceles de Francia durante la ocupación. Eso, acá no ocurrió porque el principio de la inclusión era inviolable. Nadie quedaba afuera, ni los ortivas.

-¿Ortivas?

-Sí, sí, los batidores.

-¿Y qué razón había para incluir a los ortivas?

-Que si los empezás a empujar para afuera se los llevan los milicos. Se trata, en general, de un tipo que está deprimido, que no se siente conforme consigo mismo. Con nuestro sistema muchos terminaron saliendo de eso y se sintieron mejor, bien con nosotros.

-Me dijiste, en un momento, que el Cholo te recordaba tu familia del campo, que tenía ese mismo humor socarrón de tus tíos y tus primos.

-Sí, sí, es así. Te cuento una. Bentín andaba con un ojo que dos por tres se le infectaba, entonces el Cholo va y le dice: "Pero hacéte lo sacar, hermanito, que cualquier día se te infecta el otro". Bentín se lo sacó, se puso un regio ojo de cristal y nunca más sufrió de los ojos.

-¿Pero, es verdad eso?

-Creo que sí, no sé. El Cholo lo contaba así.

-*Bentín está desaparecido.*

-Sí, desapareció. Él era el maestro del Cholo. Bastante mayor que el Cholo y, como el Cholo, peludo.

-¿Vos creés que para el Cholo fue más importante que Sendic?

-No sé si más. Pero, sin duda, alguien muy importante en la vida del Cholo.

-*Vos, que pasaste diez años en la cárcel con el Cholo, tenés que tener otros cuentos que muestren ese aspecto que a mí me mostró poco.*

-Un día cayó en la cárcel el Correntino, quien había llegado de Argentina a las cañeras de Artigas donde trabajó años. Según parece el Correntino andaba rayado. El Cholo entonces me dice que va a tratar de agarrarlo, que quiere hablar con él, porque "Correntino de mierda, cómo va a andar rayado con lo linda que está la calle. ¿Cómo se va a rayar ahora?".

-*La calle estaba linda, sí, pero para la dictadura, para los milicos.*

-Y cuando lo encontró le dijo: "¿Qué derecho tenés vos a rayarte cuando la cosa está preciosa afuera?" El Cholo tenía un optimismo imbatible.

-*Ese optimismo desbordante desapareció. Y él lo sufre; añora los tiempos de la pasión y la esperanza.*

No me contaste ninguna de esas mentiras con las que el hombre del campo suele reírse del de la ciudad.

-Recuerdo una. Estábamos hablando del frío de la madrugada y de cómo se tomaba caña para combatirlo. "Uno de esos días en que el frío era tremendo -decía el Cholo, todo estaba blanco de hielo y yo saltando, tratando de moverme para sacarme el frío y agarro un palo que está ahí en un charco y me pongo a joder y golpear con el palo aquí y allá hasta que lo dejo ahí, al costado, y empiezo a trabajar. Había pasado una o dos horas y el sol ya calentaba cuando veo que el palo se mueve. Quedé mirando aquel misterio, pero claro, no era un palo, era una víbora que se estaba descongelando".

-¿Y vos?

-Yo le dije: "Sos un bayano mentiroso". Entonces se rió y dijo: "Te diste cuenta que era mentira".

-*Tal vez contento de que su profesor de Español no fuera idiota.*

-Tal vez.

-¿No te contó nunca de cuando estuvo en Cuba?

-¿Por qué me preguntás?

-*Para ver cuál era tu impresión sobre esa experiencia.*

-No recuerdo que hiciera críticas. Lo que sí recuerdo es que vivió extrañando Uruguay. Siempre deseando venirse. Hasta que tuvo un motivo: volver a la reunión de los dirigentes del MLN en Buenos Aires.

En este momento, hablando de Cuba me viene a la memoria uno de sus cuentos. Vos sabés que todos los peludos son abigeos. Acá en Uruguay, cuando acababa la zafra de caña y el hambre apretaba, el peludo, muchas veces salía, mataba una oveja y comía. Esto no se castigaba, salvo que te llevaras el cuero. Si lo dejabas ahí no pasaba nada. Sucede que el Cholo andaba en Cuba caminando con el negro Leal, no sé haciendo qué, cuando se enfrentan a una majada de ovejas. El Cholo lo cuenta. "Yo, que conocía a mi gente, lo miré al Negro, vi cómo, frente a esa majadita le brillaban los ojos y le dije: 'Prohibido tocar las ovejas'. El Negro me miró con aquellos ojos que rogaban y dijo: 'Cholo una abrazadita nomás', 'Bueno, le dije yo, una abrazadita y ta'. Allá salió el Negro disparando atrás de la majada y ya se revolcó con la oveja. Se abrazó y se revolcó. Y cuando volvió vino hablando de lo lindo que era sentir el vellón de las ovejitas contra el cuerpo." El Cholo contaba que para los peludos agarrar una oveja era cosa de segundos. Al tiempo que los tupas de la ciudad, que habían ido a dar al monte, podían pasar días atrás de una oveja sin conseguirla.

-Quiere decir que no se trataba de una habilidad del negro Leal sino de los peludos.

-Los peludos eran maestros en esto de agarrar ovejas. Pero el Negro, o el gaucho Benito -también lo llamaban gaucho Benito- era especial en todo lo que tenía que ver con el monte. Había un episodio por el que un compañero lo acusaba. Parece que andaban varios tupas en el monte y de pronto el Negro le dice al de al lado: "Agarrame esta bolsa". El otro la agarró, y el Negro, que andaba descalzo, se tira como una luz por una barranca. El compañero mira hacia el costado y ve a varios milicos apuntándolos. "Nos habían dejado pegados a todos -decía el compañero. Pero después me puse a pensar y me di cuenta de que el Negro era el único capaz de atravesar descalzo aquel pedregal, en bajada y lleno de espinas. Él supo, en un instante, que el único que podía escapar era él." Parece que los milicos tiraron a barrer pero no lo tocaron. Después de esto el negro Leal se vino caminando descalzo de Salto a Montevideo, donde se presentó en un local del 26 de marzo del que casi enseguida lo sacaron no sé para dónde. Y bueno, ¿qué más te cuento?

-El Cholo nunca me contó que tomaban caña mientras trabajaban. Tal vez pensó que esa no era cosa para poner en un libro. Contame vos.

-Los tipos que trabajan en la caña se levantan de noche, tres, cuatro de la mañana, se ponen calzoncillos largos porque la melaza les come toda la ropa. Calzoncillos que están todos enmelados del día anterior y congelados. Para enfrentar esto el peludo hace bromas, chistes y toma caña. Al salir ya llevan una damajuana de diez litros de caña que se toman en una jornada de trabajo.

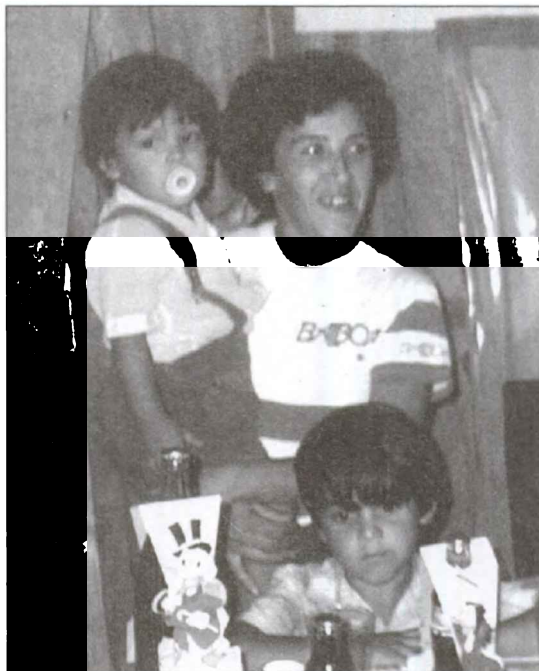
-¿Entre cuántos se la toman?

-Entre nueve o diez tipos.

El Cholo dice que él era de tomar poco, pero claro, también tomaba. Yo le pregunté: “¿Y cómo hacías, no te mamabas?” Dice que no porque empezás a sudar y sudar y sudar. Y eso es lo que te mantiene. Entre el frío, la ropa dura de mugre y la oscuridad de la madrugada si no te mamás no sé. Todos toman. Todos. Es hablando de este tema que él metió el cuento del palo que cuando el sol calentó era una víbora.



El Cholo y
María Elena.



La Negrita
con dos de
sus hijos.

Amores

-Cholo, ¿serías capaz de hablar de tus amores?

-¿De mis amores?

-Sí.

-¿Y para qué?

-¿Cómo para qué? ¿No estamos hablando de tu vida?

-Sí.

-¿Y tus amores no forman parte de tu vida?

-De la vida privada.

-Yo nunca dije que tu vida privada iría a quedar afuera.

El Cholo piensa un rato, revuelve el mate sin mirarlo, con ojos enojados mira para afuera, clava la bombilla con fuerza y arranca.

-Me enamoré cuando vivía en Constitución. Yo tenía diecinueve años. Fue enseguida de que se fundó el Sindicato único de El Espinillar. En ese momento Chela y yo nos enamoramos y al mismo tiempo nos hicimos socialistas.

-¿Qué los llevó al socialismo en una época en que, en el interior, casi no se conocía la palabra socialismo?

-Nos llevó Sendic.

-Él los convenció.

-No, él no dijo nada. Pero nosotros pensamos que si él era socialista sería porque eso era bueno, ¿no?

-La lógica es perfecta. ¿Eso era en el...?

-Cuarenta y dos.

-¡Cholo! En el 42 vos estabas naciendo.

-Es verdad, es verdad. Era el 62, entonces ahí me enamoré de Chela que era hija de un cortador de caña. Quedó embarazada. Había que asumir el compromiso.

-El compromiso era casarte.

-Yo la quería. Pero si no hubiera quedado embarazada habría esperado para casarme. Para empezar el padre no quería que se casara. Decía que yo era muy gurí.

-*Eras.*

-Sí, era pero quería casarme e insistía. Le menté a mi novia, le dije que tenía casa en Bella Unión. Y no tenía nada.

-*Qué difícil.*

-Sí, nos vinimos para Bella Unión y con la colecta que me hicieron en el sindicato tomé un cuarto en una pensión y todos los días salía de la pensión a cortar caña. Hasta que se me acabó la guita. Un día dije: "¿Y ahora qué hago? Guita no tengo más".

-*Estabas a un paso del abismo.*

-Estaba, pero apareció un vecino que había comprado una casilla en Bella Unión que, en el momento, no usaba porque seguía en Constitución y me la prestó.

-*Según decís te casaste enamorado. ¿Cómo sobrevino la separación?*

-Pasó algo que yo nunca hubiera podido prever. Con la cosa de las marchas las chiquillinas empezaron a ver a los peludos... no sé... como héroes. Y eso marcó un celo en la pareja. Me acuerdo de estar yo en alguna rueda charlando, llegar mi mujer, entregarme a mi hija con un movimiento brusco y decirme: "Aquí tenés a tu hija".

-*Como para recordarte que eras casado.*

-Sí. Que era casado y tenía una hija. Y eso estaba bien. Yo podía ocuparme de mi hija. Lo que no estaba bien era que ella pensara que yo me estaba alborotando con las gurisas, porque no era verdad.

-*¿No era?*

-No era, no. Ni se me ocurría. Yo estaba respondiendo a las preguntas que aquellas chiquillinas me hacían. Explicándoles cosas que ellas querían saber. Y cuando caí preso sentí mucho la separación de mi hija. Sobre todo porque ella tuvo que pasar de una familia a otra. Primero estuvo con la familia Almiratti, de ahí paso a la familia de Bidegain.

-*Bidegain el del cuartel de la Marina.*

-No, otro. Después pasó a una familia que vivía por Libertad, que quiso adoptarla. Ellos se proponían darles su nombre y borrar su pasado.

-*¿Y ahí qué pasó?*

-Mi hija no quiso.

-*¿Qué edad tenía?*

-Eso fue en el 75. La Negrita tenía 13 años.

-*¿Por qué había pasado de la familia Bidegain a esta otra familia?*

-Porque el esposo de la familia había caído preso. Entonces Marcela que era la esposa y los cuatro hijos se iban a Francia. La Negrita tiene muy lindo recuerdo de Marcela.

-*No fue fácil la infancia de la Negrita.*

-Estas idas y vueltas que sufrió marcaron mucho mi relación con ella. Era muy tierna cuando dejé de verla. Inútil decirte cuánto la quiero, pero toda esta historia puso dificultades en nuestra relación.

-¿Cómo era esta relación hasta el momento de la separación? Empezá por su nacimiento.

-Ella hoy me hace reproches porque yo le dije la verdad sobre el momento en que la vi por primera vez. La vi y me llevé una desilusión grandísima.

-Y se lo dijiste.

-Sí, no le iba a mentir.

-A veces es mejor mentir.

-Eso no va conmigo. Te cuento. Mi mujer estaba internada y yo andaba rondando la policlínica hasta que supe que había nacido y entré. Recuerdo a mi mujer, muy sonriente, diciéndome: "Es una nena". Y me recuerdo a mí mismo sin nada de sonrisa, porque yo quería un varón.

-¡Cholo! Esta confesión te hunde.

-Yo era así. Pero uno cambia. ¿Sabés que uno cambia? Yo quedé chocho con esa nena. Me parece verla, cuando volvía del trabajo de la caña, ella con el pelo suelto, corriendo para abrazarme.

-Los hijos se resenten cuando no se les da la bienvenida. Tú no se la diste, por eso pensé que era preferible que no le hubieras dicho que querías un varón. No necesitabas decírselo.

-Me recrimina eso y una palmada muy muy fuerte que la levantó del suelo.

-¿Qué había hecho?

-En casa, dentro de toda la pobreza, había algo que era sagrado, el medio litro de leche diario para la Negrita. Y qué te digo que un día pescó a esta bandida dándole a la perra la taza de leche que ella tenía que tomar. Nosotros, la madre y yo, empezamos a desconfiar de que ella tomara la leche. Lo hacía con demasiada rapidez. Entonces con disimulo salí afuera y la vi. Era verano, hacía ya bastante que había pasado la zafra. Nadie tenía trabajo. Pero su medio litro nunca faltó. Ella nunca olvidó esa fuertísima palmada. Se acuerda todavía. Está bien que yo tengo mano pesada. Pero pasaron los años y ella no olvida. En general me reprocha en broma, pero es igual, porque quiere decir que se acuerda. Ella no se olvida. No se olvida del golpe.

-¿Y vos?

-Yo no me olvido de la leche. Te cuento una anécdota de cuando era chica. La Negrita iba a la escuela 19 en la que una de las maestras era Xenia Itté, que luego fue compañera de Sendic. La mayoría de los niños de esa escuela eran niños que habían hecho las marchas. Entonces, jugar a que andaban marchando era cosa de todos los días. Un día, pasaba yo por la vereda de la escuela, cuando me veo a la Negrita que, parada sobre un banco, estaba discursando a los compañeros.

-¿Qué decía?

-Diría disparates: "Necesitamos tierras para jugar" y cosas así. Ya no me acuerdo bien. Sé que de rato en rato decía UTAA, UTAA. Esos eran... en aquella época, los juegos de los niños en Bella Unión.

-¿En términos generales qué dirías de ese primer matrimonio?

-Yo diría que nos llevábamos bien, que nos queríamos. Pero claro, la vida que impone la militancia, las separaciones no facilitan nada. Ella se enamoró de otro y yo quedé. Pero bueno, ya te lo conté. Quedé mal. Por un tiempo quedé muy mal. Porque, además, ¿cómo se concretó la ruptura?

-A través de una carta sin un encuentro, sin hablar frente a frente.

-Es como pelear con un fantasma, es algo que lo debe dejar a uno vacío, sin palabras.

-Pero el tiempo pasó.

-Y vino María Elena.

-Sí, pero entre Chela y María Elena deben haber habido otras.

-Sí, claro, ¿qué más sí no? Después que nos dejamos yo anduve boyando, picoteando, viviendo. Me había acostumbrado a estar tan solo que a veces me costaba tener una mujer. No me duraban.

-¿Por qué, qué hacías que no te duraban?

-Primero que siempre agarraba mujeres con hijos... y otra cosa es que no tenía un trabajo efectivo. Eso es jodido. Cuando estaba solo terminaba la zafra de caña y me iba al río.

-Te ibas y dejabas al amor por el camino.

-Ahí va. Tenía una carpa, faroles a gas, radio, televisión. Quería estar informado de todo lo que pasaba. Yo les decía a los compañeros pescadores: "Vamos a estar cómodos acá en el monte. Ya vivimos como bichos. No hay que exagerar". Y así los movía a comprar lo necesario.

-No te sería tan fácil eso.

-No, pero después que compraban se sentían mejor. No vayas a creer que soy un bohemio.

-Pero Cholo, ¿por qué tendría que creer eso?

-Porque no soy.

-De cualquier manera, ¿y qué, si fueras?

-A mí no me gustaría.

-Pasemos entonces, a María Elena.

-A María Elena la conocí en el año 67. Siempre que UTAA organizaba una marcha se formaba un comité de apoyo para cantidad de tareas relacionadas con la marcha. Ella era estudiante de medicina y acostumbraba a integrar ese comité.

-La viste y... ¿te gustó?, ¿te interesó?

-No, no. Yo estaba casado y no andaba en esas.

-Cholo ese argumento de que estabas casado, no. Los hombres, no porque estén casados dejan de andar en eso.

-Sí, pero no. Yo no. Con la Chela, la Negrita y la militancia ya tenía bastante. Pero, además, ella en un momento había caído por asuntos gremiales en Bella Unión y con ella iba su compañero, el que después fue su esposo. Ahí nos vimos, hablamos, pero sólo como amigos, como compañeros de militancia. Otra cosa no.

-¿Y cuándo fue que ella te vio encabezando una marcha con unos ojos que, según ella, parecían de fuego?

El Cholo se ríe un rato.

-Fue en la marcha del 68 que ella me fichó. No sé, eso de los ojos... ella dice. Pero no sé si seré yo medio gil o la mayoría de los hombres son así. Pero la mujer nos ficha y cuando uno quiere acordar ya está en un abrazo mortal.

-*Cholo, qué dramático. ¿Por qué mortal?*

-Es así nomás. Vos ni sabés cuando te están eligiendo. De repente te despertás y estás elegido. Es mortal porque ya no podés hacer nada.

-*Podés decir no.*

-No podés, porque antes de arrearte para su cueva la mujer te va como hipnotizando. Cuando caés lo único que querés es... es ...

-*Caer ¿no?*

-Ahí va.

-*Sin embargo pasaron muchos años antes de que algo se concretara.*

-Sí, ella me echó el ojo y me dejó en reserva durante veinte años. En ese tiempo se casó, se recibió, se metió en la Organización, fue presa, se fue a Suecia. En Suecia quedó paralítica, se operó. Volvió a caminar. Se fue a Nicaragua, adoptó un niño. Yo a mi vez me metí en la Orga, fui preso, me escapé, me separé, fui a Cuba. Volví a ir preso. No me pude escapar. Salí con todo el mundo el 10 de marzo. Ya en libertad en uno de esos días el Flaco Belletti me convida a visitar a María Elena. Le digo que bueno y nos vamos los dos a Nuevo París donde vivía con el Tabo y el esposo. Ella estaba en la cama, de nuevo muy embromada. En el momento en que Raúl va a Cuba para operarse, ella va también. Vuelve a caminar. Regresa a Uruguay, adopta a Raquelita, se separa del marido...

-*¿Y vos, a todo esto?*

-Yo estoy en Bella Unión, trabajando en la caña, después de tantos años estaba otra vez en la caña.

-*¿Feliz?*

-Ah sí, feliz. Yo soy feliz en la caña. Para mí no hay trabajo más lindo. Bien feliz. Pero he aquí que una noche estoy en mi casa cocinándome cuando empiezo a sentir que el corazón se me quiere saltar para afuera. Tic tac, tic tac, tic tac. Me tomé un vaso de vino y esperé al otro día para ir a la policlínica y de ahí al hospital. Del hospital salí con la seguridad de que tenía que venirme a Montevideo porque debía hacerme una cantidad de estudios que sólo podían hacerse en Montevideo. Me vine, hice unos cuantos. En un momento me metieron un Holster y cuando voy a buscar los resultados se habían perdido. Qué pesado todo eso. "Yo no me hago más nada, si me muero me muero, le dije a la amiga en cuya casa estaba. Tantos estudios me tienen pasado. Me voy para el norte." Y me iba nomás. Pero mi amiga le cuenta toda la historia de mi corazón a María Elena.

-María Elena que te tenía en reserva pidió para verte. ¿No acerté?

-Capaz que ni sabía que me tenía en reserva.

-Sabía sí.

-Vos sos mujer... sabrás. Tal como vos decís ella me llamó y dijo que quería verme. Voy a verla.

-Ahí te examinó exhaustivamente el corazón y te recetó...

-Esperá, esperá. No tan rápido. Ahí empezó una amistad que fue avanzando. Yo iba a visitarla a la Huerta Artigas donde ella tenía actividad. De a poco, o no tan de a poco, nos enganchamos. Yo volvía a Artigas y ella se vino a verme con el Tabo.

-El chico que ella adoptó en Nicaragua.

-Sí, el hijo. El Tabo tendría unos nueve años y ella quería que viera de cerca toda esa realidad de la que le había hablando muchas veces. Sendic, los peludos, UTAA. Vinieron y el Tabo le dijo: "Mirá, en la casa del Cholo tenés el hospital a dos cuadras. Podríamos venirnos a vivir acá".

-¿Pensás que lo hizo dándose cuenta, que tuvo la intención de que ustedes formaran una familia?

-No, no, creo que no. Que lo hizo con total inocencia. Le gustó el lugar. Era muy chico. Llevó meses arreglar todo pero finalmente consiguió que el CASMU la nombrara para atender en Bella Unión. Y bueno, hoy ella atiende a la gente de UTAA, gratis. Atiende también a la gente del CASMU.

-Y también a cualquiera que le golpee la puerta. Nadie tiene que decirme, lo vi cuando estuve en tu casa de Bella Unión hace unos meses.

-Sí, María Elena es así. Con ella compartimos una familia, y, lo que es muy importante: vemos el mundo desde la misma ventana. A los dos nos calientan y nos alegran las mismas cosas.

El Cholo habla sin mirar a María Elena, quien ceba mate, toma notas de algo que apareció de una revista médica y sonrío. Es evidente que está más en lo que dice el Cholo que en el artículo de la revista. Le pregunto si comparte lo que dice el Cholo y responde que sí con un movimiento de cabeza.

-¿Y cómo fue que el deslumbramiento que te produjeron los ojos del Cholo en aquel 1° de mayo de 1968 se transformó en amor?

María Elena con una expresión inesperadamente infantil empieza a moverse con cierto desorden entre sus recuerdos. Retrocede, avanza, saltea.

-Bueno yo lo vi en la marcha... en realidad cuando lo vi en la marcha él estaba casado... Luego yo me casé... no puedo decir que cuando lo vi con aquellos ojos... yo no puedo decir que... -dice y se detiene. Es evidente que está buscando un lugar discreto por donde entrar al tema. Segundos después sonrío en un gesto que muestra que encontró la manera.

-Yo, en la época de las marchas de UTAA era muy joven y miraba todo con gran interés pero desde afuera. Y lo que veía era que el Cholo ejercía sobre la gente un especial atractivo, dentro de los peludos era algo así como la referencia al líder.

-Sendic.

-Sí, claro, Sendic. No sé exactamente por qué. De pronto por la manera de expresar sus ideas, o por la manera de relacionarse. Tal vez también influiría esa posición del Cholo, generalmente junto a Sendic, como su secretario o su lugarteniente en los diversos hechos de la vida sindical. Eso se ve en las fotos. Si se trata de una marcha aparece Sendic al frente y por ahí cerca, al costado o dos pasos más atrás, el Cholo. Si hay una mateada, ahí está el Cholo junto a Sendic. Y siempre es así.

-Entonces...

-Entonces... es lo que dijo muy bien el Cholo. Pasaron veinte años y mucha, mucha vida, desde aquel primer deslumbramiento hasta el momento en que decidimos vivir juntos y más tarde casarnos.

-Tomada esa decisión cómo fue que resolvieron vivir en Artigas.

-Sí quería ser coherente con lo que siempre había pensado tenía que venirme yo a Artigas en lugar de que el Cholo fuese a Montevideo -dice María Elena. Pero, además yo me siento más útil acá que allá, un trabajador de la salud es útil en cualquier lado, pero es evidente que allá soy más útil que acá. Y la vida me demostró que sí. En Artigas sólo somos dos pediatras.¹³

-En un momento se vino el Cholo.

-Sí, en un momento quedó sin trabajo y, como ya estábamos arreglados vino de paseo a verme. Siempre pensando en que nos iríamos en cuanto yo terminara de hacer los trámites para irnos.

-Trámites relacionados con tu trabajo.

-Trámites en Salud Pública para conseguir el traslado. Eso me llevó meses. Más de seis. Y mientras los días pasaban el Cholo agarró un pico, rompió el hormigón que había al fondo de mi casa y allí armó una quintita -dice María Elena riendo-. Plantó perejil, cebolla de verdeo, acelga. Muchas cosas. El Cholo no puede estar sin meter la mano en la tierra.

Había oscurecido, el Cholo de pie esperaba que se hiciera un silencio para hablar.

-Cholo querés decir algo que María Elena no dijo, decilo.

-No hay caso, todas las mujeres son románticas y tú no escapás a la regla. Estoy nervioso no porque quiero hablar sino porque quiero irme.

-¿Por qué querés irte?

-Porque si no salimos ya nos vamos a perder al amigo que nos pasa a buscar para llevarnos a Artigas.

Son las ocho y media, tenemos que llegar a Nuevo París y tener todo pronto a las diez, en que pasa a buscarnos.

-Está bien. María Elena, ¿podrías mandarme una cartita contándome cómo se produjo la adopción de Raquelita? ¿Por qué te pido esto...?

-Ya lo sé, la adopción de Raquelita no es una adopción corriente. En cuanto llego te lo cuento en una carta.

Cinco días después llegó la carta

Querida María Esther: me alegró que me preguntaras cómo llegó a nuestra casa Raquelita.

La verdad que no fue nada planificado, la vida nos cruzó, ella con el mismo problema que yo al nacer (espinia bífida), pero sin familia, sin una mamá.

Yo no era la mejor opción para ella. Quizá hubiera sido mejor una mamá más joven, más sana. Pero fui la mamá posible.

Te cuento que cuando Raquel llegó a casa, con sus tres añitos y tantos problemas de salud, recuerdo que la miré y pensé no sé si podrás caminar, si podrás hacer pis sola (sin la sonda), si podrás hablar, ni sé si nos podrás entender. Pero sé que vamos a luchar contigo y te vamos a querer siempre.

El Tabo, mi otro hijo, que tiene hoy veintidós años, la quiso desde el primer momento. Y, cosa linda, nunca tuvo celos de ella. Es más, da la vida por ella. Hace tres años cuando comenzó con la insuficiencia renal él quería hacer los trámites para que lo estudiaran porque quería donarle un riñón. Por suerte y gracias a un buen tratamiento, está compensada y todavía no llegamos a la etapa de trasplante.

Cuando Raquelita vino a casa, casi enseguida, nos separamos de quien fue mi primer esposo. Durante unos años vivimos los tres solitos. Fui madre y padre. Cuando nos reencontramos con el Cholo y decidimos formar una familia, Raquel tenía seis años y el Cholo tenía un dicho que nunca traicionó: "El que quiere a la gallina tiene que querer a los pollitos". Y fue así, adora a los dos. Aunque es poco expresivo yo sé que los adora. Y ellos lo adoran a él. Para Raquel no hay persona más linda, más buena que su papá. Pasamos momentos muy difíciles con ella. Varias veces estuvo muy grave. Y ahí estuvimos con el Cholo y el Tabo luchando junto a ella. Cuando la operaron de la vejiga... cuando la operaron y pusieron una válvula en la cabecita, cuando hizo la insuficiencia renal, cuando hizo la insuficiencia respiratoria. Todo eso fue duro para ella y para nosotros y aunque hoy todavía no camina puedo decirte que, con sus dieciséis años, es una adolescente feliz. Cursa sexto año de escuela normal (perdió mucho con las internaciones), canta, ríe, habla de novios y tiene muchos sueños. Uno de sus sueños es pararse y dar pasitos con bastones. Desgraciadamente esto parece imposible según los grandes profesores. No va a poder. Pero ella quiere, y nosotros, con ejercicios, la estamos acompañando en su emprendimiento. En la lucha por la vida nos cruzamos con otros niños con capacidades diferentes. Hoy junto con otros padres trabajamos con un gru-

po de niños y estamos impulsando un centro comunitario de rehabilitación. En este camino nos hemos encontrado con gente que curra con estos niños, malas personas, indecentes, que ven en los niños diferentes una nueva forma de hacer plata. Por suerte son los menos. Y bueno, seguimos con Raquel y los otros niños en busca de su rehabilitación. Tanto ella como esos otros dan mucho cada día. Con su fuerza y sus enormes ganas de vivir nos enseñan algo todos los días, es hora de que les devolvamos algo de lo mucho que nos dan.

María Esther, quizás te aburrí, pero me preguntaste por qué Raquel y es difícil hablar poco de ella.

Un abrazo, besos

María Elena

El sí de una hija

En un rincón, de los más apartados del Cerro, se levanta el pequeño almacén de la Negrita. Allí, con una energía que no decae, la Negrita se mueve entre fideos, naranjas, querosén y vino, al tiempo que responde a la entrevista.

-Sí, mi padre siempre recuerda esa época en que él llegaba de la caña y yo corría a su encuentro con el pelo suelto y los brazos abiertos.

-Así me lo contó él: *el pelo suelto y los brazos abiertos. Quedó muy pensativo cuando me lo contó, como si, otra vez, te estuviera viendo.*

-Sí... yo siempre fui bastante padrera. Adoraba a mi padre. Tengo tan claro el recuerdo de esos encuentros en los atardeceres. Frente a mi casa había un campo grandote y él venía, casi siempre en bicicleta y yo corría a abrazarlo, a prenderme de él. Y... *-dice y queda en silencio.*

-¿De qué te acordaste?

-De cuando venían los millicos a buscarlo y se lo llevaban.

-¿Cómo venían? ¿Cómo los veías venir?

-Venían, en general dos, en camioneta y nos daban la citación para que vaya afuera, a la comisaría. Si estaba lo llevaban y muchas veces volvía recién al día siguiente o dos días más tarde.

-¿Recordás cómo volvía?

-Sí, claro. Me acuerdo de mí misma, que corría desesperada a abrazarlo, y me acuerdo de los moretones que traía cuando volvía. Siempre que lo llevaban al volver había que curarlo. Esa época fue brava para él, no sé si él se acuerda, pero yo me acuerdo bien, fue brava.

-Él se acuerda muy bien sí, hemos hablado de esos tiempos. Y de muchas otras cosas que tienen que ver con tu vida.

-¿Te habló de mi perra, a la que llamaban Negra, como a mí?

-Creo que no.

-Yo adoraba a esa perra. En un momento tuvo perritos y, para que yo no me fuera a quedar con alguno, los llevó a la salida de la escuela

para que los niños se los llevaran. Yo, sin saber de dónde habían salido los perritos tomé uno y me lo llevé a casa. Ese hecho fue motivo de risa durante mucho tiempo. Él los había llevado para que yo ni los viera y yo me traía uno de vuelta.

-Tu padre recuerda, y ríe mucho, del día en que pasó por la escuela y se encontró contigo, parada arriba de un banco, discursando. Cuenta que decías UTAA, UTAA. Ese es un recuerdo que él vive con alegría.

-Yo no me acuerdo de nada de eso, pero él sí se acuerda. Según él a mí me gustaba ese juego de hacer discursos. Y no era raro porque veía tanto a él como a mi madre hacer discursos.

-¿A tu madre también?

-Sí, incluso ella con más frecuencia que él.

-Eso es bastante lógico por la diferencia de educación que en ese momento había entre ambos.

-Sí, mi padre recién después de la cárcel supo leer y escribir bien. Mi madre había hecho la escuela, pero la cárcel también mejoró mucho sus conocimientos.

-En ese sentido tuviste mejor suerte.

-Sí, no fue necesaria la cárcel para que mejorara en ese aspecto. Yo terminé tercero.

-A pesar de los trastornos sufridos en tu infancia.

-Sí, a pesar de eso nunca dejé de asistir a clase.

-Hay un cuento que él hace sobre la leche que tú, en lugar de tomar le diste al perro. Él recuerda la fuertísima palmada que te dio a partir de ese hecho. Él cree que eso nunca se lo perdonaste. Es curioso ¿no? Que piense eso.

-¿Por qué cree que nunca lo perdoné?

-Porque, dice, que siempre lo recordás. Que aludís al hecho riendo, pero que en el fondo no lo perdonás.

-Pero cómo no lo voy a perdonar. Es verdad que siempre me acuerdo. Pero no le tengo rencor por eso. Esa fue la única vez que mi padre me levantó la mano. La única. Es, tal vez, por eso, que lo recuerdo. Pero, claro que no puedo reprochárselo. Mi leche era sagrada, era lo primero. Podían ellos no comer, pero faltar mi leche no. Y yo era mañosa, pasaba una hora para terminar aquella taza hasta que un día la cosa cambió, yo salía con la taza llena y a los cinco minutos volvía con la taza vacía. Empezaron a desconfiar y a vigilarme y vieron que no era yo sino la perra que se la tomaba. Me levantó de un saque. No me olvidó nunca. "El sacrificio que hacemos para comprarte la leche y vos la tirás", decía.

-“Ella lo dice en broma pero no se olvida”, dice tu padre.

La Negrita se ríe un rato.

-No me olvidó, no, pero eso no quiere decir que se lo reproche. Aunque a veces le digo "todavía me duele".

-*Cuándo fue que pasaste a vivir con otra familia.*

-Cuando nos vinimos a Montevideo y ellos entraron a la clandestinidad. Ahí fue. Yo tenía unos seis años. Recuerdo un día en que me llevaron a ver a mis padres a una chacra.

-*Sería la chacra de Playa Colorada.*

-Sí, ahí era.

-*Con quién estabas tú en ese momento.*

-Estaba con Azarela, la mujer de Almiratti y los cuatro hijos. La primera familia con quien estuve fue esta familia, la de Almiratti. Azarela y todos eran buenísimos, pero tengo malos recuerdos de ese tiempo. Por los milicos que llegaban a allanar y revolvían todo.

-*Buscaban armas.*

-Armas, papeles. Después, recuerdo cuando a él lo llevaron preso y cuando la llevaron a ella. A ella no la dejaban adentro, la llevaban y la soltaban. Ella iba y venía. Juancito en cambio, quedó. Ahí fue que yo empecé a pasarla mal. Porque cuando a ella la llevaban presa a mí me llevaban a dormir a otro lado. A veces me despertaba de mañana y no sabía en qué casa estaba.

-*En lo de Juan Almiratti estuviste un tiempo hasta...*

-Hasta que pasé a vivir con Marcela Bidegain.

-*Hermana del cura.*

-Sí, de dos curas, Jean Paul y José María, que más tarde dejaron de ejercer como curas.

-*Y qué pasaba con tu familia de Artigas, o de Salto...*

-De Salto. Ellos estaban muy mal económicamente y pensaban que para mí era mejor estar con una familia sin problemas. Pensaron en mi educación, en lugar de pensar que yo era una niña y precisaba a mi familia. Aunque no hubiera tenido para comer a mí me habría gustado estar con mi familia. Con mis abuelos y mis tíos.

-*Tus abuelos maternos.*

-Sí. Y los hermanos de mi madre. Pero, bueno, ellos hicieron lo que hicieron pensando en mí, en lo que era mejor para mí.

-*De lo de Almiratti, entonces, pasaste a lo de Bidegain.*

-A lo de Marcela Bidegain, que era profesora de francés. Los cuatro hijos y el marido de apellido Oliver, que era bancario. Con Marcela hice toda la escuela. Llegué cuando tenía ocho años y estuve hasta los trece. Con ellos viví una verdadera aventura. Un día llegaron los milicos, se metieron adentro y allí se quedaron una semana.

-*¿Haciendo qué?*

-Esperando que alguien cayera. Nadie podía salir. Nosotros faltamos a las clases. Yo hacía poco que había llegado a la casa cuando ocurrió esto.

-*¿Cómo se distribuían en la casa?*

-Ellos en el living, que era muy grande, y nosotros en el resto de la casa. Marcela siempre tratando de que todo transcurriera dentro de la

mayor tranquilidad. Llegó un momento en que los viveres se acabaron. Entonces nos dejaron salir a los niños para que fuéramos a comprar provisiones. Esto, Marcela lo aprovechó para mandar unos billetitos a los vecinos diciéndoles lo que estaba pasando.

-¿Vecinos tupamaros?

-No, no, era cualquier vecino, no eran tupamaros. Había que avisar para evitarles un disgusto. Porque, al que apareciera, seguramente se lo iban a llevar para interrogarlo, y etcétera. Marcela escribía los mensajes en unos papelitos chiquitos que nos metía en los zapatos.

-*Para ti todo eso habrá sido una aventura.*

-Sí, en algún sentido sí. Pero no sé qué habría pasado sin aquella conducta de Marcela para que no nos sintiéramos inseguros. A los pocos días de llegar se llevaron preso al marido de Marcela y al hermano, José María, que vivía en una casita en los fondos del jardín.

-¿Era todavía cura cuando lo llevaron o ya estaba fuera?

-Él todavía era cura. El otro hermano no. Ya había renunciado y se había casado.

-¿Cómo fue la convivencia con toda esa gente?

-Fue bien. En ningún momento hubo maltrato. La vida se desarrolló en un clima tranquilo.

-*Contame de tu relación con Marcela. Creo que te dejó muy lindos recuerdos.*

-Sí, ella fue una madre para mí. Desde que llegué, a los ocho, hasta que me fui, a los trece, me marcó todo. En esos años ella construyó una parte muy importante de la persona que soy ahora. Me enseñó a compartir, me enseñó el placer del trabajo bien hecho. Jamás hizo diferencias con sus hijos. Si me tenía que poner en penitencia o me tenía que mimar lo hacía de la misma manera que lo hacía con sus hijos. Además de todo esto, ella fue una mujer que se jugó mucho por mis viejos. Porque, cuando, después de fugarse de la cárcel, pasan a la clandestinidad, ella se expone, arriesga su libertad para que ellos puedan verme tal como lo pedían. En ese momento cualquier encuentro con tupamaros presentaba grandes peligros.

-¿Cómo fue que se desarrolló esa operación de conducirte hasta donde estaba tu madre o tu padre?

-Te cuento de cuando vi a mi padre. Marcela me lleva a un bar, donde encontramos a una señora que nos está esperando. Marcela me deja con ella y se va. Esta señora me lleva hasta otra, que está parada en una esquina y que después de taparme con un saco, de manera que yo no vea por donde voy me toma de la mano y me lleva unas cuantas cuadras hasta que entramos a un lugar donde después de subir una escalera, me saca el saco, abre una puerta y me enfrento a mi padre que me abraza. Por un rato no podíamos ni hablar por la sorpresa, pues no sabíamos que ese día íbamos a vernos.

-¿Ninguno de los dos sabían?

-Ni él ni yo. Él había pedido verme pero no sabía que me vería ese día. Bueno, ahí empezó una de las semanas más felices de mi infancia. Lo tenía las veinticuatro horas para mí. Pasé una semana abrazándolo y besándolo hasta que la semana fue acabándose y yo tuve que empezar a despedirme. Fue tristísimo. El último día fue tristísimo. Lloraba yo, lloraba mi padre y lloraba la compañera que compartía el lugar con mi padre. Esta compañera, que compartió esos días con nosotros, cada vez que me encuentra me recuerda aquel día. "Mirá Negrita, dice, nunca olvidaré el último día que pasaste con tu padre. Cada cinco minutos preguntabas si faltaba mucho. 'Falta mucho, papá, falta mucho.' Y tu papá: 'Faltan dos horas, Falta una hora y media... Faltan veinte minutos.'" Ella siempre me habla de lo triste que fue esa despedida. Y no exagera. Fue muy triste, muy triste. Yo tenía unos diez años y lo que quería, más que nada en el mundo, era estar con mis padres.

-Si tú tenías unos diez años quiere decir que tu padre estaría próximo a salir del país.

-Sí, un tiempo después de ese encuentro mi padre se fue para Cuba.

-A la vuelta de Cuba, y de Buenos Aires, que es a donde él va al salir de Cuba, volvés a verlo.

-Sí, ahí yo ya no estaba con Marcela. Estaba con otra familia en la ciudad de Libertad.

-Con una familia que quería adoptarte.

-Querían adoptarme y borrar mi pasado. Borrar a mis padres.

-¿Cómo respondías tú a eso?

-Haciéndoles la guerra.

-¿De qué manera?

-Me escapaba del liceo, les contestaba.

-¿Cómo te querían tanto si tú eras tan difícil?

-Ellos no me querían.

-¿Cómo que no te querían?

-No, ellos lo que querían, era tenerme para ellos. No pensaban si eso me haría feliz o desgraciada. Yo no les importaba. Pero aunque se esforzaron no pudieron. Ellos habían querido que yo condenara a mis padres. Si hay algo en lo que Marcela me ayudó fue a entenderlos. Entender qué hacían y por qué lo hacían. Ella nunca dijo: "Nosotros somos tus padres". No, "Tus padres son ellos" dijo una y otra vez. "Yo soy la compañera que hoy te cuida y te va a ayudar. Pero tus padres son ellos y no debés olvidarlos." En cambio, para esta familia de Libertad, yo debía borrar todo. Y eso era imposible. Yo ya tenía trece años y no quería ni podía querer algo así.

-Querían que también cambiaras el apellido.

-Quién te dijo.

-Tu padre.

-Sí, hasta el apellido querían borrar. Cuando yo voy al Prado a ver a mi padre es Marcela que va a casa de ellos a buscarme. Les dice

que llegó un tío de afuera para verme y me lleva. A ellos no podía decirles la verdad. Salimos de ahí y no me lleva directamente a ver a mi padre, sino que nos encontramos con otra persona, la cual me lleva al Prado. Y pasó algo rarísimo, porque estoy frente a él y no lo reconozco.

-¿Por qué no lo reconocés?

-Porque lo veo, ahí, contra un árbol, de lentes, de traje. Parecía un bancario. La persona que me lleva me lo muestra, a unos metros me dice: "¿Quién es aquél?". Pero yo no lo reconocía. Entre otras cosas porque no sabía que era a él a quien iba a ver y aquel hombre que veía no me recordaba a mi padre. Recién cuando estuve a dos pasos lo reconocí. Fue fantástico.

-Él dice que si te veía por la calle, capaz que no te reconocía.

-Claro, yo ya era una mujer. Había crecido, tenía cuerpo de mujer, ya no era la niña de ocho o nueve años que él había visto antes de irse. Pasamos un día maravilloso. Uno de esos días que no se olvidan. Ahí, debajo del viaducto mi padre se encontró, de casualidad, con un amigo suyo y su familia y todos nos fuimos para el Cerro. Fue muy emocionante. No parás de abrazarte y de tratar de recordar cosas que cuando ocurrieron quisiste contarle... pero, no sé, se te fueron de la memoria y sólo algunas vuelven. Pero te separás, decís adiós y al rato capaz que te empezás a acordar. "Ay, me olvidé de contarle de la vez que me saqué sobresaliente en tal escrito, o cualquier otra cosa." El día que pasamos en el Cerro papá me compró una de esas bolsas grandes de maíz tostado y ya de tardecita nos despedimos del amigo de papá y su familia y volvimos a un bar debajo del viaducto donde comimos pizza y tomamos Coca-Cola mientras esperábamos la hora para tomar el ómnibus que me llevaría a Libertad. Y, bueno, estábamos tan entretenidos el uno con el otro que cuando quisimos acordar el ómnibus ya había pasado. Papá entonces llamó un taxi, para tratar de alcanzarlo. Así, corriendo, llegamos hasta Santa Lucía. Ahí papá se bajó y se acercó a una garita de policía...

-¿A una garita?

-Sí, lo más tranquilo se bajó y les preguntó a los policías si había pasado el ómnibus que iba a Libertad. Los policías dijeron que no. Papá pagó el taxi y se paró conmigo, un poco más adelante a esperar. Lo peor era que en la garita había un cartel con todas las fotos de los tupamaros buscados. Pero los policías ni miraron. Primero que él estaba con su hija.

-Vestido como un hombre serio, un gerente de banco.

-Bueno, no tanto. Sólo bien vestido.

-Te fuiste sola.

-Sí, me fui sola. Y llegué como a la una de la madrugada. Cuando llegué ellos estaban levantados esperándome. "No sé qué familiar habrás ido a ver", decían. Y luego, al día siguiente dijeron que yo, soñan-

do, había nombrado a mi padre. Yo no creo, pero claro, no sé, puede ser. Ahí, ellos deciden no tenerme más.

-¿Cómo sentiste esa decisión?

-No me abatió. Yo siempre tenía mi bolso armado desde el momento que me había separado de mis padres.

-¿También cuando estuviste con Marcela?

-No, cuando estuve en lo de Marcela no. En lo de Marcela me sentía tranquila y segura. No precisaba esa especie de reaseguro que era para mí el bolso con mis cosas.

-Ellos deciden, entonces, que no te quieren más ahí.

-Sí, entonces llaman a Marcela para decírselo y se arma una gran discusión. Marcela les dice que ella me había entregado a ellos con la condición de que pudiera ver a mis padres.

-¿Estaban cerca de la Organización?

-No, no, para nada. Marcela les dijo que ellos habían prometido eso y no habían cumplido. Discutieron fuerte y ta, Marcela me vuelve a llevar. Me va a buscar y me lleva. Pero, en esos días, Marcela se iba para Francia. Intentó encontrar una familia donde dejarme, pero no había nada. Entonces habló con mi abuela quien le dijo que me mandarían que ellos se ocuparían. Y bueno, me meten en un ómnibus y me mandan a Constitución, en Salto.

-¿Cómo viviste ese cambio?

-Fue bárbaro. Yo, allá, estaba con mi gente. Sentía que formaba parte de ellos. Allí hice hasta tercero de liceo. Tenía unas tías cariñosas que me mostraban lo felices que estaban teniéndome con ellas.

-Esa era la familia del lado de tu madre. ¿Qué pasaba con tu abuela paterna?

-Mi abuela paterna se había separado de mi abuelo, tenía otra familia y vivía en otra ciudad. Yo, en ese momento, casi no la conocía, creo que no la había visto más de dos o tres veces en mi vida. Tenía poca relación con esa parte de la familia.

-Tengo la impresión de que tú no guardás ningún rencor a tu padre. ¿O me equivoco?

-No, no te equivocás. Siempre tuve cerca gente que me habló mucho sobre ellos, sobre lo que ellos hacían. Eso lo mamé durante toda mi infancia. No tengo rencor. Yo me sentía orgullosa de mis padres. A pesar de que muchas veces, sobre todo de noche, me ponía muy triste, y lloraba, o, también, por problemas en la escuela los precisaba y no los tenía.

-Tu padre sabe que lo querés pero no sabe si le guardás rencor. No sabe eso.

-No, no le guardo. Le guardo un poco a mi madre. Yo sufrí mucho el desprendimiento de mi madre.

-¿Más que el de él?

-Sí, más. A mamá de pronto, inconscientemente, le largo una frase que muestra que por ahí, no sé por dónde, hay pequeños rencores.

-¿Qué le reprochás?

-El desprendimiento.

-¿Por qué más que a él?

-No sé por qué. No sé, nunca me lo expliqué, pero lo senti más.

-Tal vez sería porque de tu padre estabas muy segura.

-¿Será eso?

-No sé, pero el apartamiento de ella podría confirmar tus inseguridades.

-Capaz que es así nomás.

-También podría ser algo que tiene que ver con la cultura. De las madres se esperan los mayores sacrificios, las más grandes renunciadas.

-No sé, no puedo saber, lo que sé es que a mi madre la marqué un poco más. Podría ser que tuvieras razón en esto último. A uno lo educan así respecto a la madre. A la madre se le pide y se le pide.

-¿Sabían en la escuela la situación de tus padres?

-Sabían que yo no era hija de Marcela. Los hijos de Marcela eran rubios y yo era bien morocha.

-¿Cuáles eran, concretamente, los hechos que te hacían sentir orgullosa?

-Los que mostraban a mis padres luchando para que los niños no pasaran hambre ni frío y para que tuvieran educación. Ellos mismos me explicaban por qué estaban presos cuando yo los visitaba en la cárcel.

-¿En qué cárcel los viste?

-A mi madre la vi mientras estuvo en el Cabildo y a mi padre lo vi en Punta Carretas. Después ellos se fugaron, es decir que los vi muy poco. Estaban clandestinos.

-Volvamos al momento en que tú te vas a Constitución. Ahí hacés tres años de liceo y, más o menos, a los dieciocho, te venís a trabajar a Montevideo.

-Sí, me vine a vivir a lo de mi tío Celso, encontré trabajo, trabajé. En un momento me independicé y me fui a una pensión donde vivían cuatro prostitutas de quienes también recibí enseñanzas.

-Contame eso.

-Eran mujeres que me llevaban unos quince años y que me hablaban. Cuando ellas se iban a trabajar yo llegaba a dormir, pero siempre que coincidíamos hablábamos mucho. A menudo me decían que esa vida que llevaban no era buena para mí. Me gustaría volver a verlas. Ahora deben tener cerca de sesenta años. Después hice pareja con quien conociste recién y tuve dos hijos.

-Uno de los cuales se casa el 22.

-Sí, papá viene para el casamiento.

-Te sentís bien con tu vida.

–Yo puedo decir que si bien mi vida no fue fácil, me sirvió para aprender. Aprendí mucho, cosas buenas que trato de inculcarles a mis hijos.

–*Contanos de eso que sentís que aprendiste e intentás transmitir.*

–Y... la humildad, por ejemplo. Trato de enseñarles a ser humildes, lo cual no significa agachar la cabeza para todo, pero sí ser humilde en la relación con el vecino, con los amigos, con los compañeros de trabajo, de militancia. Creo que es necesario escuchar. Rechazo mucho la soberbia del que por una u otra razón no escucha a los otros, se siente por encima. Creo que siempre se debe escuchar y tratar de ser solidario. Estas dos cosas son, para mí, las más importantes, las que yo trato siempre de inculcarles. Yo aprendí mucho de la gente que me rodeó y de mis padres. De mi padre sobre todo. Mi viejo es muy humilde y da lo que no tiene. Y yo... –es feo decirlo– pero somos iguales. Hay algo sobre lo que no me preguntaste y yo te quiero contar. Se trata de cuando mis viejos decidieron qué hacer conmigo durante su militancia. Es una historia que yo escuché más de una vez y quiero contarte. Ellos llegaron de Bella Unión a Montevideo conmigo –que tenía seis años– para integrarse a la militancia. Habían venido a Montevideo para eso. No podían ni siquiera imaginarse abandonar la lucha. Pero estaba yo. Yo no podía andar corriendo los peligros que ellos estaban dispuestos a correr. Según dice mi madre pasaron la noche entera tratando de resolver qué harían.

–*¿Cuáles eran los planteos?*

–Si entraba uno a la militancia y el otro quedaba conmigo. Y si entraba uno solo, cuál de los dos. Hasta que finalmente resolvieron que debían entrar los dos a la lucha. Lógicamente les importaba mucho separarse de mí. Pero también querían que yo tuviera otro futuro, y por eso decidieron continuar.

–*Cómo te dijeron que tendrían que separarse.*

–De eso no me acuerdo. Lo que sé es que ahí yo empecé a rodar. Y que salvo algunos períodos eso no fue fácil. Lo curioso es que a mi padre nunca le toqué el tema. A mamá en cambio sí, alguna vez le reproché eso que llamé el desprendimiento.

–*¿Y qué pasó cuando llegó marzo del 85?*

–Qué alegría ¿no? Mi tío fue a buscar a mi mamá y yo fui a buscar a mi papá. La cárcel, la separación habían terminado.

–*También tu infancia.*

–Sí yo ya no era una niña, era una mujer que, a su vez, había formado una familia.

El Cholo tiene hoy 62 años y, por supuesto, sigue viviendo en su amada Bella Unión con María Elena su mujer y los dos hijos de ésta, Tabo, que nació en Nicaragua y Raquelita cuya adopción María Elena cuenta en una carta que aparece en este libro.

Obligado a dejar el corte de caña por su corazón, hoy debilitado, la tierra sigue aportándole la alegría del trabajo realizado con placer. Hace una semana me trajo rabanitos y espinacas que en un florero alegraron mi living hasta que, desplazado mi afán decorativo por mis necesidades alimentarias, tuve que trasladar las espinacas y los rabanitos a la cocina.

Hoy el Cholo ha dejado atrás la pasión que lo incendiaba a los veinte y los treinta. Y aunque aceptó que las esperanzas que lo movieron ayer perdieron su verde centelleante, sigue convencido de que es necesario continuar la pelea por un mundo más justo con las armas de que hoy dispone. El fracaso, que en el pasado lo castigó a él y a muchos uruguayos, no destruyó sus fuerzas sino que agudizó sus sentidos para distinguir qué se puede, cuándo se puede, de qué manera se puede. Él sabe bien que "al que está en la casa y no en el lugar de trabajo es bravo moverlo". Sabe que "quien está trabajando tendrá que ir casa por casa para convencer a los desocupados de asistir a tal asamblea porque allí se plantearán problemas que lo afectan". Sabe que "es muy reducido el poder de convocatoria que tiene el sindicato cuando a la desocupación se añade la extrema pobreza".

Actualmente está junto a María Elena cuando ésta hace sus denuncias sobre desnutrición en Artigas. La sostiene y la alimenta con su amor cuando desde las tiendas del egoísmo y la indiferencia intentan atacarla y destruirla. Junto a ella lleva adelante un proyecto en que se entremezclan el conocimiento de cada uno—tierra él, medicina ella— y la capacidad de ambos para ejercer la solidaridad que es expresión de su amor por el ser humano.

No sé si el lector que ha llegado hasta aquí coincidirá conmigo. Pero yo creo no exagerar si digo que el Cholo pertenece a la categoría de los llamados imprescindibles.

Notas

1. La Unión de Trabajadores de Azucareros de Artigas (UTAA) fue creada en setiembre de 1961 a partir del trabajo sindical de Raúl Sendic y de un grupo de trabajadores entre los cuales se contaban Julio Vique, a quien llamaban "Cachorrinho", el "Manchado" Severiano Peralta y el "Lagartija" Jorgelino Dutra.
2. Washington Rodríguez Belletti fue fundador de la Juventud Comunista. En 1962 dejó el Partido Comunista pero siguió trabajando en el Cerro, donde llevaba diez años de militancia. En 1963 Sendic lo invita a ir al norte a la zona de las azucareras. Allí milita hasta 1972, cuando cae preso.
3. Juan Bentín era un cañero de Bella Unión en quien Raúl Sendic confiaba especialmente. Perdió un ojo en un enfrentamiento. Después de 1972 actuó en Buenos Aires, de donde solía volver al norte, a sus pagos, disfrazado de viejo pordiosero. En esas circunstancias pedía en las comisarías para dormir. A mitad de la década del setenta, desapareció en Buenos Aires.
4. En agosto de 1963, el Coordinador –que agrupaba a militantes de distintas organizaciones y partidos de izquierda como organismo de autodefensa– realizó una expropiación de armas en el club Tiro Suizo, de Colonia. El accidente de uno de los vehículos utilizados tuvo como consecuencia la detención de algunos participantes y la identificación de otros por la policía. Raúl Sendic debió pasar a la clandestinidad.
5. Camilo Torres (1929-1966) se ordenó sacerdote católico, siempre vinculado a la realidad social y a la situación de pobreza de la población colombiana. Su formación como sociólogo le permitió acercarse al mundo socialista y al movimiento obrero. Se vinculó al Ejército de Liberación Nacional de Colombia, donde tuvo una destacada actuación política. Cayó muerto en su primer combate, el 15 de febrero de 1966, meses después de haber renunciado al sacerdocio.
6. Nelson Santana, Ataliva Castillo y Julio Vique eran dirigentes de UTAA que habían llegado a Montevideo con la Segunda marcha. En el tiroteo que se produjo durante el asalto Vique fue herido. "Desde el balcón, Sendic siguió paso a paso todo el desastre. Guillermo Chifflet cuenta que Sendic le confió, mucho después, que él había participado en el tiroteo disparando su arma desde el balcón, pero que los policías ni siquiera se dieron cuenta" (en *Sendic*, Samuel Blixen, Ediciones Trilce, Montevideo, 2000).
7. Medidas Prontas de Seguridad: facultad del Poder Ejecutivo –ante situaciones graves o imprevistas de conmoción social– de suspender ciertas garantías individuales y ciudadanas (derecho de reunión, de expresión, de asociación, toque de queda, detención sin participación judicial). Fueron aplicadas prácticamente sin interrupción durante todo el gobierno de Jorge Pacheco Areco (1967-1972).
8. En el segundo aniversario de la muerte del Che Guevara, el MLN Tupamaros realizó un operativo militar con la participación de más de cincuenta guerrilleros. Se controló la ciudad de Pando (ocupación de la comisaría, cuartel de bomberos, central de teléfonos) y se desvalijaron tres bancos. En un tiroteo con la policía en las calles de Pando fue herido de muerte Carlos Burguenio, un vecino de la ciudad. Al retirarse los tupamaros en varios automóviles se produjo un cerco donde fueron detenidos cerca de veinte guerrilleros. Tres de ellos, Jorge Salerno, Ricardo Zabalza y Alfredo Cultelli fueron ejecutados a sangre fría por las fuerzas policiales.

9. El Abuso era el nombre en clave de la fuga de 106 presos políticos y 6 presos sociales realizada el 6 de setiembre de 1971 de la cárcel de Punta Carretas por un túnel de 40 metros de largo.
10. Se refiere a Gabriel Schroeder, comando tupamaro asesinado por la policía el 14 de abril de 1972 junto a otros tres guerrilleros. Era el responsable de la evacuación de los fugados durante El Abuso.
11. Se alude aquí a lo ocurrido en la zona llamada Caraguatá. Allí, un peón llamado Pascasio Báez fue testigo involuntario de la existencia de una taticera. Apresado por el grupo que la ocupaba, fue ejecutado por orden de Piriz Budes, quien tomó esa resolución sin tener en cuenta la opinión de quienes compartían con él el Ejecutivo Nacional de los tupamaros que, en ese momento, estaba instrumentando la salida de Pascasio Báez para Chile. Poco tiempo después de este episodio Piriz Budes salió del país. Antes de salir comunicó a la policía todo lo que ésta quiso saber sobre el Movimiento de Liberación Nacional.
12. En esos años el MLN integraba, junto al Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) de Argentina, al Movimientos de Izquierda Revolucionaria (MIR) de Chile y al Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Bolivia la Junta de Coordinación Revolucionaria. Es en el marco de esa coordinación que se dan los hechos que se relatan.
13. La doctora María Elena Curbelo recibió en el año 2004, dos reconocimientos por su labor social y su trabajo médico en los barrios más pobres de Bella Unión, el premio de la Sociedad Uruguaya de Pediatría, y un reconocimiento de la Convención Médica Nacional.

**Se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 2004,
en Talleres Don Bosco, Canelones 2130, Montevideo, Uruguay.
Depósito Legal N° 332 203 Comisión del Papel
Edición amparada al Decreto 218/96**



"Yo soy un peludo y me voy a Bella Unión", decía Walter González, el Cholo, poco antes de salir del Penal de Libertad donde estuvo recluido durante diez años. Apenas dos meses después de su liberación ya estaba allí, trabajando en los cañaverales, como lo había hecho desde su adolescencia. En medio quedaba una vida de lucha: una infancia de duras condiciones económicas y afectivas, el temprano aprendizaje del oficio en El Espinillar, la represión patronal y policial de los tiempos iniciales del sindicato de UTAA (Unión de Trabajadores Azucareros de Artigas), las marchas por la tierra, el encuentro con Sendic y la militancia en el MLN, el exilio en Cuba y Argentina, la cárcel donde aprendió a escribir.

En estas conversaciones con María Esther Gilio el Cholo vence su natural resistencia a hablar sobre sí mismo y rescata así sus experiencias de luchador social. Con el tono característico del hombre de la frontera, reivindica su arraigo en el mundo de Bella Unión, donde todavía hoy, junto a su compañera la pediatra Elena Curbelo, sigue trabajando a favor de la infancia carenciada.

El libro –que recoge un tramo imprescindible de la historia de los trabajadores del interior uruguayo– es también un testimonio conmovedor de una vida signada por la dignidad y el compromiso inalterable de luchar contra la injusticia.



MARÍA ESTHER GILIO, nacida en Montevideo, es abogada desde 1957 y periodista a partir de 1966 cuando comenzó a escribir en *Marcha*. Exiliada en Argentina desde 1973 a 1985, pasó en Brasil los dos primeros años de la dictadura argentina. De sólido prestigio como entrevistadora, ha colaborado en publicaciones de Chile, Venezuela, Brasil, España, México, Francia e Italia. Durante su exilio en Argentina trabajó en *Crisis*, *La Opinión*, *Humor*, *El Periodista*, *El Porteño*, *Argumento Político* y *Plural*. Actualmente colabora en *Brecha* y en *Página 12* de Argentina.

Ha publicado, entre otros, los siguientes libros: *Protagonistas y Sobrevivientes* (1969), *La guerrilla tupamara* (1970, Premio Casa de las Américas), *Personas y personajes* (1973), *Diálogo con Wilson Ferreira Aldunate* (1984), *Emergentes* (1986), *Terra da Felicidade* (1996), *Construcción de la noche. La vida de Juan Carlos Onetti* (junto a Carlos María Domínguez, 1993).

TRILCE

